



DÍA 7

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 7

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Si no lo hace, los zombis se comerán su cerebro.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

DÍA 7

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIECISÉIS

17. DIECISIETE

18. DIECIOCHO
19. DIECINUEVE
20. VEINTE
21. VEINTIUNO
22. VEINTIDÓS
23. VEINTITRÉS
24. VEINTICUATRO
25. VEINTICINCO
26. VEINTISÉIS
27. VEINTISIETE
28. VEINTIOCHO
29. VEINTINUEVE
30. TREINTA
31. TREINTA Y UNO
32. TREINTA Y DOS

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo

Lee *Día 0* gratis ahora.

Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 7

Lo siguiente sucede el Viernes, 1 de Agosto en Dinamarca.

UNO

—Inténtalo de nuevo, Dan.

Dan está mirando los copos de nieve que caen del cielo oscuro, cubriendo lentamente la entrada. Son sólo las cuatro de la tarde, pero el sol ya se ha puesto. Las casas de los vecinos están adornadas con luces de Navidad, iluminando la calle. En algún lugar, suena una radio. Dan no puede esperar para abrir sus regalos. Sólo faltan unas pocas horas más, y entonces...

—¿Dan?

Dan se da vuelta y ve a Papá junto al capó abierto del coche, con las mangas arremangadas y las manos negras de aceite.

—¿Eh?

—¿Podrías girar la llave una vez más, por favor?

—Claro, Papá.

Abre la puerta del lado del conductor y se inclina, encuentra la llave y la gira. El coche emite una serie de toses secas.

—Maldita sea —murmura Papá—. Tampoco funcionó esta vez.

Dan se acerca al frente del coche. Mirando hacia el motor, no tiene idea de qué es qué.

—¿Cuándo llega Jennie a casa, Papá?

—Debería estar aquí en cualquier momento —dice Papá, inclinándose con la linterna—. Pásame la llave inglesa, ¿quieres?

—¿La grande?

—No, la más pequeña.

Dan toma la llave inglesa de la caja de herramientas y se la pasa a Papá.

Dan está emocionado por la idea de que Jennie se una a ellos para Navidad. Desde que se fue al internado, no la ha visto mucho. Se envían mensajes de vez en cuando, pero parece que está

demasiado ocupada con todos sus nuevos amigos. Incluso tiene novio ahora. Tommy o Thomas o algo así. Él se unirá a ellos. Dan está un poco nervioso por conocerlo.

—Ajá, creo que finalmente encontré el problema —dice Papá, sacando un trozo de cable defectuoso—. Tendré que reemplazar esto.

Dan está a punto de responder, cuando escucha un coche detenerse junto a la acera. Es un taxi. El corazón de Dan da un salto.

—¡Jennie! —dice—. ¡Jennie está aquí!

—Oh, eso es genial —dice Papá, esforzándose por alcanzar algo dentro del motor.

Dan sale a la entrada para recibir a Jennie, pero cuando se abre la puerta trasera, se detiene. No hay nadie en el taxi. El asiento trasero está vacío.

—¡Feliz Navidad, chicos!

La voz de Jennie proviene de algún lugar cercano. Pero débil. Como un eco que sopla en el viento.

Dan frunce el ceño y mira a su alrededor. —¿Jennie?

Un sonido detrás lo hace volverse. La puerta principal está abierta. Mamá debería estar allí, con su delantal, mirando con una gran sonrisa.

Pero el umbral está vacío.

—¡Bienvenida a casa, cariño!

La voz de Mamá también es un eco distante.

Dan empieza a sentir algo inquietante. Algo no está bien aquí.

—¿Papá? —dice, volviéndose hacia el coche. El capó sigue abierto, las herramientas y la linterna todavía están allí. Pero ahora Papá también se ha ido. —¿Papá? Dan se da la vuelta. —¿Mamá? ¿Jennie? ¿Dónde están? ¿Hola?

Ninguna respuesta.

Está completamente solo en la entrada. La nieve sigue cayendo en silencio.

—¿Dan?

La voz de Papá. Es sólo un susurro en el oído de Dan. Mira a su alrededor, confundido. El miedo empieza a invadirlo. —¿Dónde estás, Papá?

—Está bien, Dan.

—¿Qué pasó?

—Sabes lo que pasó.

—No —dice Dan, sacudiendo la cabeza, mientras una terrible realización empieza a aparecer en él. Es demasiado terrible para asimilarlo—. No quiero que te vayas, Papá. No tú también.

—Está bien —le dice la voz de Papá nuevamente—. Tuve que irme. Lo sabes.

—No, Papá. No puedes simplemente desaparecer así. ¡No puedes! —Dan empieza a llorar—. ¡Nunca te dejaré ir. Nunca! —Mira a su alrededor, sollozando—. ¿Papá? ¿Sigues aquí?

—Puedes venir a buscarme si quieres. No es demasiado tarde.

La voz de Papá está ahora aún más lejos, apenas audible.

—¡Lo haré! ¡Voy a ir a buscarte, Papá!

—De acuerdo —dice Papá, y Dan puede escuchar cómo sonrío en su voz, que en el momento lo calma—. Nos veremos entonces.

—¡Te encontraré, Papá. Lo prometo!

Entonces, de repente, hay otro sonido en el oído de Dan. Es un gruñido profundo y ominoso. Como un lobo enfurecido a punto de atacar.

Dan se gira rápidamente para ver qué hace el sonido, y...

DOS

Iver mira hacia arriba y ve la trampilla en el techo sobre la mesa del comedor.

«Podría esconderme en el ático», piensa, luego, cuando Fred pateo la puerta nuevamente, haciendo que la estantería casi se caiga, piensa: «No, me quedaré atrapado allí».

Decide en su lugar intentar un truco que vio una vez en una película. Salta sobre la mesa, abre la trampilla, y luego, en lugar de subir al ático, salta de nuevo y corre hacia la puerta, apretándose en la esquina justo cuando Fred golpea la puerta otra vez y finalmente inclina la estantería con un estruendo.

—¡Maldito mocoso! —gruñe Fred a través de la apertura, empujando la puerta para ensanchar la brecha, la estantería está deslizándose muy lentamente por el suelo, debido a su peso—. ¡Mira lo que le has hecho a mi casa!

Entonces, con la puerta abierta a la mitad, Fred entra en la sala, la escopeta escaneando en todas direcciones.

Iver aguanta la respiración y se queda absolutamente quieto. Si Fred se da vuelta, lo verá, y no habrá tiempo para que Iver reaccione antes de que el viejo le vuele los sesos.

Pero Fred no se da vuelta. Pasa sobre la estantería y mira de un lado a otro, su respiración agitada. —¿Dónde estás, pedazo de mierda? —susurra ásperamente.

Los zombies están tanteando las ventanas, atrayendo la atención de Fred, enmascarando el sonido del pulso de Iver, que late tan violentamente que debe ser audible. Luego Iver ve que Fred nota la trampilla que aún se balancea suavemente.

—Oh, mocoso —croá—. Te tengo ahora...

Baja de la estantería, tosiendo con esfuerzo mientras se tambalea hacia la mesa y sube.

Iver mira desde detrás de la puerta entreabierta. Ve al viejo levantarse y asomar la cabeza en la abertura. Mira alrededor del ático.

—¡Sé que estás aquí! ¡Se acabó! ¡Sal de una vez! Si me haces subir a buscarte, te juro que te arrepentirás.

Iver sale de detrás de la puerta. Por un breve segundo, considera correr de nuevo por el pasillo. Pero ¿de qué le servirá seguir escondiéndose? Todavía no hay forma de salir de la casa.

«Necesito quitarle el arma. Esta podría ser mi mejor oportunidad...»

Así que salta sobre la estantería y corre hacia la mesa, donde Fred todavía está con la cabeza en la apertura del ático.

Iver accidentalmente patea un libro, y Fred escucha el ruido. Mira hacia abajo, ve a Iver acercándose, y su expresión cambia de sorpresa a furia. Baja la escopeta, que estaba apuntando hacia el ático, pero el cañón golpea la trampilla y le da a Iver el segundo que necesita para llegar a la mesa. Agarra el tobillo izquierdo de Fred con ambas manos y lo tira con fuerza.

Fred ruge mientras su pierna es tirada. Cae sobre la mesa con un estruendo, la escopeta se dispara con un estruendo aún más fuerte.

Iver siente los perdigones pasar sobre su cabeza por segunda vez, y se oye el sonido de vidrios rotos en algún lugar detrás de él, pero no pierde tiempo preocupándose por ello.

«¡Consigue la escopeta! ¡Consigue la escopeta!», le grita su mente, y se lanza hacia el arma que Fred todavía agarra con una mano, aunque la caída le ha dejado sin aire y está jadeando, rechinando los dientes.

—¡Suelta! —resuella, golpeando a Iver con la otra mano.

Iver tira de la escopeta con todas sus fuerzas una y otra vez, pero Fred se aferra a ella como un perro con un hueso. No es hasta que es arrastrado al suelo que se ve obligado a soltarla, e Iver retrocede, mirando de Fred a la escopeta en sus propias manos. Intenta girarla y apuntarla al viejo. Nunca ha sostenido un arma real antes, así que simplemente imita lo que ha visto en las películas, y de alguna manera se siente bien cuando su dedo encuentra el gatillo.

Fred se pone de pie con un gemido de ira y esfuerzo, apoyándose en la mesa y mirando a Iver, con los ojos vidriosos, la cara roja por la fiebre, un hilo de saliva colgando de su labio inferior.

—Maldito pedazo de mierda —gruñe—. Has arruinado todo...

—Mantente alejado —dice Iver, aunque Fred se está acercando—. Sólo quiero salir de aquí.

Fred dice algo, pero la atención de Iver es captada por un movimiento detrás del viejo. Las luces son bajas en la sala, y porque ha estado ocupado peleando con Fred, no es hasta ahora que Iver nota la ventana rota y los zombies que se cuelan a través de ella.

Un tipo delgado ya ha entrado y se está poniendo de pie, dirigiéndose de inmediato hacia Fred. Otros dos están empujando para pasar por la abertura también, uno de ellos es la chica que murió

hace unos minutos en la entrada.

—¡Cuidado! —grita Iver.

Fred se da vuelta y deja escapar un rugido de sorpresa. No hay tiempo para apartarse, así que simplemente se recuesta contra la mesa, tratando desesperadamente de hacerse a un lado.

El zombie extiende los brazos e Iver se prepara mentalmente para ver a Fred siendo devorado vivo.

Entonces, para su total sorpresa, el zombie esquiva a Fred y se dirige directamente hacia Iver.

Fred lo mira con incredulidad, reflejando el mismo nivel de asombro que Iver siente.

«Está infectado», un pensamiento cruza por su mente. «Ya no les interesa».

—Soy... soy inmune —dice Fred, llegando a una conclusión diferente a la de Iver, y suelta una risa corta y aguda antes de empezar a toser.

Iver retrocede, su espalda está tratando de encontrar la pared, mientras el muerto acelera, casi resbalando sobre los libros en el suelo.

Iver levanta la escopeta, apunta, cierra los ojos y aprieta el gatillo.

Nada sucede.

—¡Mierda! —grita, mirando el arma—. ¿Qué pasa?

—¡Idiota! —grita Fred en un tono de burla divertida—. ¡Está vacía!

Iver se agacha y se mueve hacia un lado en el último momento posible, el zombie choca contra la pared. Iver da la vuelta a la escopeta y la usa en su lugar como un bate, golpeando al zombie, conectando con su pómulo y enviándolo al suelo.

La chica, que ya también es un zombie, y otros dos ya han entrado por la ventana, los tres se dirigen hacia él, pasando ansiosamente junto a Fred, como si él no estuviera allí, dirigiéndose hacia Iver, como misiles teledirigidos lentos.

—¡Atrápenlo! —Fred los anima—. ¡Maten a ese mocoso!

Iver corre hacia la puerta, pero el zombie que acaba de derribar se está levantando de nuevo y bloquea el camino.

En su lugar, corre en la otra dirección, colocando la mesa del comedor entre él y los zombies. La chica, que va delante, choca con la mesa, luego comienza a rodearla.

Fred se ve mal ahora, tambaleándose, parpadeando lentamente, y necesita apoyarse en la mesa.

Iver retrocede, mirando hacia la ventana rota. Más zombies están entrando a la fuerza.

«No voy a salir por ahí...»

Mira hacia la puerta en su lugar. Alcanzarla significaría correr en zigzag entre los cuatro zombies que se le acercan ahora.

Ni por ahí tampoco...

Iver mira hacia su última vía de escape. La trampilla en el techo todavía está abierta. Antes de poder pensar, Iver salta sobre la mesa, lanza la escopeta por la trampilla, luego salta él mismo. Se esfuerza por levantar su propio peso, pateando con ambas piernas en el aire para ganar impulso.

Su pie derecho golpea algo, y una mano agarra su zapato izquierdo.

—¡No! —grita, agitándose violentamente, casi perdiendo el agarre. Luego el zapato se desliza e Iver se levanta con un último esfuerzo.

Se da la vuelta y se tumba boca arriba, jadeando y resoplando. Desde abajo proviene el coro de gemidos y el sonido de la mesa siendo empujada de un lado a otro mientras los zombies intentan en vano alcanzar la trampilla.

«Lo logré», piensa Iver, cerrando los ojos por un segundo. «Estoy a salvo...»

TRES

Dan se sienta con un sobresalto, volviendo abruptamente a un estado de vigilia, el medio sueño, que también es medio recuerdo, está desmoronándose y disolviéndose como humo a su alrededor.

Está en una colina al amanecer, la hierba a su alrededor está mojada por el rocío y una niebla blanca flota a su alrededor.

A su derecha está William, que parece que también acaba de despertar, pero ahora está sentado erguido, mirando a su alrededor, confundido y alerta.

A unos metros de distancia, casi perdido en la niebla, está el contorno de Ozzy, mirando algo que Dan no puede ver. Su cola está baja y los pelos de su espalda están erizados. Está gruñendo desde lo profundo de su garganta.

—Ozzy huele algo —dice William, levantándose de un salto—. Es mejor que nos pongamos en marcha.

Dan intenta levantarse también, pero su pierna izquierda está dormida por haber estado tumbado en el suelo. También está helado, lo cual no había notado hasta ahora, sus extremidades rígidas y reacias a moverse. Recoge su mochila y la vara y cojea detrás de William, que ya se dirige colina abajo.

—¡Ozzy! —llama en un susurro fuerte—. ¡Vamos, a mi lado!

El perro deja de gruñir y se une a ellos, pero sigue mirando hacia atrás.

—¿Crees que era un zombie? —pregunta Dan.

—Podría haber sido —dice William—. También podría haber sido un animal de algún tipo. Prefiero no saberlo. De cualquier manera, fue bueno que nos fuéramos de allí.

Caminan en silencio a través del aire neblinoso y el césped húmedo. Ozzy patrulla al frente, corriendo de un lado a otro para asegurarse de que lo sigan.

El cerebro de Dan finalmente se está despertando adecuadamente. Recuerda el sueño que estaba teniendo justo antes de que Ozzy lo despertara. Era sobre su padre. Estaban en casa. Todo había vuelto a la normalidad. Casi.

«Nunca te dejaré ir, Papá».

Eso es lo que Dan dijo en el sueño. Mientras las palabras resuenan en su mente, de alguna manera refuerzan el hecho de que su familia se ha ido, de una manera que no había comprendido antes, y todo lo que puede hacer es no empezar a llorar.

No quiere llorar. No frente a William. No frente a nadie, de hecho. Necesita mantenerlo dentro, embotellar sus emociones hasta que esto termine.

Porque podría haber una pequeña posibilidad de que todo este lío se pueda arreglar. Y si es así, Dan necesita mantener la compostura y hacer lo que sea necesario. Necesita mantenerse fuerte. Necesita mantener su enfoque. Miles de millones de vidas podrían depender de ello. Miles de millones de familias podrían ser salvadas.

¿Y si no pueden? ¿Si esta loca misión en la que se ha embarcado no funciona, y el hecho de haber convencido a William de unirse, resulta ser en vano? ¿Si la maldición o lo que sea que está animando a todos los muertos no puede ser revertida? ¿O si la señora en la casa de Holger ni siquiera quiere intentarlo?

Entonces Dan se permitirá llorar. Pero sólo entonces.

Respira profundamente. No tiene idea de si podrá lograrlo. En este momento, sólo llegar a Dinamarca parece una montaña imposible de escalar.

Pero luego recuerda el rostro de Jennie. Y el de Thomas. Luego el de Mamá. El de Dorte. El de Nasira. Y finalmente el de Papá.

Todas esas personas se han ido por culpa de esta cosa. Ninguno de ellos tuvo una oportunidad. Pero aún están aquí, de alguna manera, dentro de la mente de Dan. Puede verlos claramente, escuchar sus voces. Y se siente muy conectado con cada uno de ellos.

«Así es como lo haré», se dice a sí mismo, inhalando de nuevo y esta vez exhalando desde el fondo de su estómago, dejando salir parte del miedo y la tristeza junto con el aire. «Lo haré porque se lo debo a todos ellos».

De repente no se siente solo. No es sólo porque William esté caminando junto a él. También es porque ninguna de las personas que conoció realmente se ha ido. No mientras Dan siga respirando. Lo que significa que aún hay esperanza. Por pequeña que sea.

Eso es lo que el sueño estaba destinado a decirle. Por eso le dijo a su papá que nunca lo dejará ir.

Dan llena sus pulmones una vez más, sintiendo, para su sorpresa, una pizca de coraje. «Veré cómo hacer esto. Incluso si no funciona. Incluso si muero intentándolo. Porque al menos así tendremos una oportunidad».

CUATRO

Iver se incorpora y mira hacia abajo, hacia la trampilla.

Siete, no, ocho zombies lo miran desde abajo con sus ojos muertos y blancos, extendiendo hacia él sus manos ensangrentadas.

Han logrado empujar la mesa lo suficiente hacia un lado como para que, si alguno de ellos tuviera la improbable idea de subirse a ella, aun así no podrían alcanzar la apertura.

Iver ve a Fred, que está tendido en el suelo, acurrucado, sin moverse y, al parecer, sin respirar tampoco.

Aún más muertos se están uniendo a la diversión mientras logran trepar por la ventana rota.

Iver nota que el brazo izquierdo de Fred empieza a sacudirse, y luego el viejo abre los ojos. Por un momento, Iver cree que está recuperando la conciencia, pero luego Fred levanta la cara hacia él, revelando sus ojos vacíos y dientes amarillentos mientras se levanta y se une al resto de los muertos vivientes en el intento infructuoso de alcanzar a Iver.

Desvía la mirada y respira hondo, concentrándose en cambio en el ático.

Es muy viejo y polvoriento, el suelo está hecho de tablas rugosas, y la parte inferior de las tejas del techo sirve de cielo raso. No hay ventanas aquí arriba, lo que significa que también está muy oscuro. Iver puede distinguir un montón de cajas de cartón y bolsas de plástico, todas cubiertas de polvo y telarañas.

Hay algo más también. Una caja roja grande que de alguna manera no encaja con el resto de las cosas. Está completamente limpia y, evidentemente, ha sido puesta aquí muy recientemente.

Por alguna razón, Iver siente la necesidad de descubrir qué hay dentro, así que se acerca y revisa. Ve un montón de cartuchos de bala muy similares a los que Agnete guardaba.

Fred, maldito bastardo. Probablemente las puso aquí en caso de que alguien intentara entrar a robarlas.

Iver toma uno y esfuerza la vista para leer el texto.

—Tamaño 7 —murmura—. Doce calibres.

Al escucharse decirlo en voz alta, se da cuenta de que no tiene idea de si las balas encajan en el arma. Sólo hay una forma de averiguarlo.

Iver abre el paquete y saca dos cartuchos. Vio a Fred recargar la escopeta y recuerda cómo parecía casi partirla por la mitad. Iver tantea durante un minuto, luego encuentra una pequeña manilla que necesita ser empujada, y luego el arma se abre ante él de manera voluntaria.

Coloca los cartuchos. Se deslizan sin problema. Vuelve a encajar el cañón en su lugar.

—Parece estar bien —murmura—. Será mejor que lleve las balas.

Deja la escopeta y busca algo más para llevar las cajas, encontrando una bolsa de plástico. Está llena de adornos navideños, que Fred no usará ahora. Iver la vacía y en su lugar la llena con las cajas de balas.

Debajo de él, los muertos siguen gimiendo y tambaleándose de un lado a otro, empujando la mesa y las sillas. Iver hace todo lo posible por ignorar los sonidos.

—Está bien —dice, mirando a su alrededor—. Ahora, ¿cómo vuelvo?

Sus ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, y puede ver grietas en el techo donde las tejas se abren unos milímetros, dejando entrar franjas de luz estelar.

Se acerca a la más cercana y siente la parte inferior de la teja. Puede moverse un poco de un lado a otro, pero está encajada y no se puede quitar.

Iver toma la escopeta, la gira y usa la culata para golpear la teja. Se mueve un poco. Iver la golpea más fuerte. Luego aún más fuerte. Y finalmente, la teja se rompe por la mitad. Deja el arma a un lado y saca los pedazos, revelando el cielo de la madrugada.

Con una teja menos, Iver ahora puede aflojar las adyacentes sin tener que romperlas. Saca cuatro en total. El agujero ahora es lo suficientemente grande como para que pueda pasar por él.

Primero, sin embargo, asoma la cabeza y examina el techo. Está mojado por el rocío, lo que significa que estará resbaladizo. No es muy empinado, sin embargo, y puede que logre llegar al techo del garaje sin resbalar y deslizarse hacia abajo. Desde el garaje, podrá saltar al suelo.

El único problema es que puede oír a los zombies alrededor de la casa, tanteando las ventanas, aunque no puede verlos desde aquí, su mejor estimación es que hay al menos diez de ellos, probablemente más.

«En cuanto baje al garaje, me detectarán y se agruparán... lo que significa que necesito moverme rápido».

Iver vuelve a meter la cabeza adentro. Por alguna razón, siente que necesita revisar a los zombies en la sala una última vez, así que lo hace.

Fred se ha unido a ellos ahora, tambaleándose, tratando de alcanzar la trampilla abierta.

—Perdón por esto —le dice Iver a Fred, sintiéndose un poco tonto, ya que el viejo obviamente no puede entenderlo. Aun así, continúa—: Gracias por el arma y las balas.

Luego toma una respiración profunda, recoge la escopeta y la bolsa, y los ata juntos con un cable de extensión antes de ponerlos en el techo. Asegura el otro extremo del cable al listón, para que la bolsa y el arma no se deslicen por el techo.

Luego, sale él mismo.

CINCO

Han caminado durante quizás una hora sin decir mucho. El paisaje no ha cambiado; sigue siendo una extensión interminable de colinas y arbustos, aunque las cosas se han vuelto más visibles a medida que la niebla se ha evaporado un poco y el sol comienza a salir.

Es Ozzy quien rompe el silencio.

De repente gruñe desde algún lugar al frente.

—¿Qué pasa, chico? —llama William.

Ozzy emite un sólo ladrido bajo, como si respondiera a la pregunta. Dan puede distinguir la silueta del perro más adelante; está parado inmóvil, con la cola rígida, mirando hacia la niebla.

—¿Quién está ahí? —una voz aguda responde—. ¿Hay alguien ahí? ¡Por favor, necesito ayuda!

Es una mujer, puede decir Dan, y está hablando en noruego. Está a punto de llamarla, cuando William lo agarra del brazo y le susurra: —No lo hagas.

Dan lo mira. —¿Qué?

—No le respondas.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos idea de quién es.

William lo lleva a un acantilado que sobresale del suelo. Suelta a Dan y sube a la roca, escaneando los alrededores.

Ozzy gruñe de nuevo.

—Ozzy, a mi lado, ahora —dice William, cargando el rifle.

—¿Quién está ahí? —la mujer vuelve a gritar—. ¡Por favor, respóndanme! ¿Hola?

Ozzy regresa sigilosamente, lanzando miradas vigilantes en la dirección de la voz de la mujer. Salta al acantilado, posicionándose junto a William.

—¿Hola? —sigue llamando la mujer—. ¿Hay alguien? ¿Quién está ahí?

Dan la ve salir de la niebla. Camina sin mirar dónde pisa, en cambio, gira la cabeza de un lado a otro, obviamente tratando de no ser sorprendida por nadie. Está vestida con lo que a Dan le parece ropa interior con un abrigo encima. Como si hubiera salido de casa a toda prisa. Es mayor de lo que pensaba, tal vez de la edad de su madre. En su mano lleva un gran cuchillo de cocina. Lo sostiene como se sostendría una vela, y Dan se da cuenta de inmediato de que la mujer no es precisamente una experta en combate con cuchillos.

Ozzy gruñe desde lo más profundo de su garganta, y la mujer gira la cabeza en dirección al sonido. Sus ojos se abren al ver a William de pie en lo alto del acantilado.

—No se acerque más —le dice William, levantando el rifle. No lo apunta exactamente hacia ella, más bien se lo muestra.

La mujer sacude la cabeza. —No lo haré. Sólo necesito ayuda. Por favor. Mi esposo... él... él ha sido... y ahora él... está tratando de...

Un ruido que Dan no percibe hace que la mujer gire y mire hacia la niebla.

Mira a su alrededor durante unos segundos, respirando rápidamente. Luego, satisfecha de que no hay nadie, vuelve a mirar a William. —Yo... necesito su ayuda, por favor.

—Entiendo eso —dice William, con la voz extrañamente tensa, lo cual es bastante inusual en él—. Pero no estoy seguro de que podamos ayudarla.

—Por favor —sigue diciendo la mujer, todavía sosteniendo el cuchillo frente a su pecho en esa posición incómoda—. Todos en el pueblo están... están infectados... Apenas logré escapar... y mi esposo... mi Erik... oh, Dios... —La mujer empieza a sollozar.

Dan oye a William respirar profundamente, como si tratara de tranquilizarse. Algo en la mujer obviamente le está causando un gran estrés, lo cual es extraño para Dan, ya que ella no parece, en absoluto, propensa a atacarlos. Sin embargo, William actúa como si la situación pudiera salirse de control en cualquier momento.

—Intentó... mordirme —dice la mujer entre sollozos—. Apenas logré escapar... He estado caminando por aquí durante... no sé cuánto tiempo...

—Lo siento —dice William—. Pero...

—Nos despertamos, y... y alguien estaba en la casa... Erik fue a revisar, y él... oí que gritaba... —La historia de la mujer se vuelve cada vez más difícil de seguir a medida que su voz se quiebra en sollozos y suspiros cada vez más fuertes.

—Escuche —interrumpe William—. Lo siento, de verdad lo siento. Pero desde aquí puedo ver que está bastante arañada. Me temo que eso significa que no podemos hacer nada por usted.

La mujer baja la mirada brevemente, y es ahora que Dan nota las líneas delgadas y oscuras en el muslo pálido de la mujer. Finalmente se da cuenta de por qué William está tan tenso.

La mujer tira de su abrigo, tratando de cubrir las marcas. —Eso... eso no es nada —dice, sorbiendo—. Es sólo... me topé con un arbusto...

—No, no lo hizo —dice William—. Esas son marcas de uñas.

—Estoy bien —dice la mujer, su llanto cesando con sorprendente rapidez—. No estoy infectada.

—Lo siento —dice William—. Pero necesito que siga caminando.

La mujer lo mira con furia, luego se acerca más, levantando las manos en un gesto de súplica. —¡Tienen que ayudarme! ¡Por favor!

—No, no tengo que hacerlo —dice William, levantando el rifle a su hombro—. Y si no se aleja, tendré que usar esto. Realmente no quiero hacerlo, así que por favor no me obligue.

La mujer está a punto de decir algo más, cuando hay otro sonido, esta vez, Dan también lo escucha.

Ella gira, moviendo el cuchillo hacia todos lados, justo cuando otra figura aparece tambaleándose.

—¡Oh, Dios! —grita la mujer, retrocediendo—. ¡Erik! ¡Oh, Dios, Erik!

El hombre sólo lleva puestos unos calzoncillos. Alguna vez fueron blancos, pero ahora están empapados de sangre gracias al enorme agujero en su abdomen, revelando sus intestinos. Sin embargo, no parece molesto por ello, y simplemente se dirige directamente hacia la mujer, que sigue gritando y retrocediendo. Cuando se da vuelta para correr, resbala en la hierba mojada, casi apuñalándose con el cuchillo al caer.

William salta del acantilado y agarra a Dan por el brazo. —¡Vamos! ¡Vámonos de aquí!

—Espera —dice Dan, tirando del brazo de William—. ¡Tenemos que ayudarla!

—¡No podemos! Ella ya está infect—

—No, no lo está —dice Dan, señalando a la mujer, que está luchando por levantarse—. ¡Si lo estuviera, él no iría tras ella!

William lanza una mirada al hombre justo cuando alcanza a la mujer y la agarra del abrigo mientras ella se levanta e intenta correr.

—Maldita sea, tienes razón —dice William, levantando el rifle.

La mujer está gritando y luchando por liberarse. Su marido muerto la sujeta por el abrigo, tratando de atraerla hacia él, pero ella forcejea y empuja, intentando salir del abrigo.

—Maldita sea, no puedo disparar —dice William, bajando el rifle de nuevo. En su lugar, señala y grita: —¡Ozzy, ataca!

Ozzy, que obviamente sólo estaba esperando ser llamado, se lanza hacia adelante, cerrando la distancia en tres grandes saltos, antes de derribar al muerto con la fuerza de un jugador de rugby.

El zombie es arrojado al suelo, pero increíblemente logra aferrarse a la manga del abrigo, arrastrando a la mujer con él. Ozzy se clava en su hombro, sacudiendo la cabeza de un lado a otro mientras gruñe. Si el hombre estuviera vivo, estaría gritando de dolor. En cambio, sólo intenta sentarse, ignorando completamente al pastor alemán que lo está destrozando, mientras extiende la mano hacia la mujer, que ha caído de lado. Ella intenta arrastrarse, pero su brazo izquierdo sigue atrapado en el abrigo.

William interviene y pateo al hombre con fuerza bajo la mandíbula, enviándolo de espaldas al suelo. —¡Aléjate de él! —le grita a la mujer—inneceariamente, ya que ella obviamente está tratando de hacerlo, pero el hombre muerto sigue aferrado obstinadamente a la manga del abrigo, y debido a la forma incómoda en que está tendida la mujer, no puede liberarse.

Cuando el hombre vuelve a incorporarse, William voltea el rifle y usa la culata como un pistón, golpeando al hombre en la cabeza, enviándolo de nuevo al suelo. Se levanta de nuevo de inmediato, sólo para recibir otro golpe de William.

Esto probablemente podría haber continuado durante varios segundos... Ozzy gruñendo y desgarrando, la mujer gritando, William golpeando y el hombre muerto tratando de alcanzar a la mujer, si Dan no hubiera intervenido y agarrado a la mujer por el brazo, ayudándola a salir del abrigo.

Cuando ella se aleja rodando, el hombre muerto inmediatamente dirige su atención a William, quien está de pie sobre él y es ahora la presa más cercana.

Pero William parece estar preparado; voltea el rifle, apunta el cañón directamente a la boca del hombre, y luego aprieta el gatillo.

SEIS

Iver logra deslizarse lentamente por las resbaladizas tejas del techo, aferrándose al cable de extensión. Una vez que llega al techo del garaje, rápidamente desata la bolsa y el rifle. Corre hacia el borde del techo y está a punto de saltar, cuando un zombie aparece tambaleándose alrededor de la esquina.

—Mierda —murmura, corriendo hacia el otro extremo, el que da a la entrada. Aquí ya hay tres zombies reunidos abajo.

Iver mira de nuevo al techo. El cable de extensión sigue ahí, y podría trepar de vuelta al agujero, pero ¿de qué serviría?

Deja la bolsa y el rifle y vuelve al extremo trasero del garaje. Mira hacia abajo y ve a otros cuatro zombies de pie allí, rascando la pared, mirándolo con sus ojos muertos.

Iver se pasa las manos por el cabello, respirando profundamente, al darse cuenta de que está atrapado.

Su única opción para bajar del techo es saltar, y eso significaría saltar directamente a los brazos de los zombies. Podría tomar un impulso, por supuesto, y simplemente saltar sobre ellos. Después de todo, están de pie contra la pared, así que podría adelatarcéles fácilmente. Y él es mucho más rápido que ellos, así que probablemente tendría tiempo de levantarse y correr antes de que pudieran siquiera darse la vuelta.

Pero saltar tan lejos parece arriesgado. El garaje es bastante alto, tal vez de tres o cuatro metros. Y aunque el suelo está cubierto de césped y arbustos de flores, que lo hace suave, también es muy irregular, y podría torcerse un tobillo con mucha facilidad.

Sólo la idea de aterrizar detrás de los zombies y no poder levantarse nuevamente es suficiente para hacer que su sangre se enfríe.

También significaría que tendría que dejar el arma y la munición atrás. O podría lanzarlas primero, y luego esperar tener tiempo para recogerlas de nuevo.

Ninguna de esas opciones le parece buena a Iver.

¿Podría dispararles?

La idea no es muy atractiva, pero es una opción que debe considerar. Sin embargo, a la luz del amanecer, ya puede ver muchas casas y muchos muertos vivientes. Disparar sólo atraerá a más de ellos. Así que eso también está descartado.

Necesito a alguien que los distraiga.

Su mano va a su bolsillo, pero lo encuentra vacío. Le toma unos segundos recordar que Fred le quitó el teléfono.

—¡Maldito sea!

Iver comienza a caminar de un lado a otro. Es un hábito que ha tenido desde la infancia; siempre que se siente estresado y necesita pensar, camina sin cesar.

No puede arriesgarse a saltar. No puede llamar a Chris para pedir ayuda. Ni siquiera puede gritarle a nadie, ya que el vecino más cercano está muy lejos. Y aunque alguien lo escuchara, ¿quién dejaría su casa cuando la isla está infestada de zombies?

A Iver empieza a quedarle claro lo mala que es realmente la situación. No está en peligro en este momento, pero tampoco puede escapar.

Los zombies que rodean el garaje no parecen tener intención de irse pronto, y él no lleva comida ni agua. Su boca ya está seca. Una vez que salga el sol en un par de horas, no tendrá sombra, y comenzará a sudar demasiado.

¿Cuánto tiempo puedes estar sin agua? ¿Qué era lo que nos decían en el curso?

Iver no puede recordarlo palabra por palabra, pero era algo sobre el número tres. Cómo el cuerpo humano puede estar tres semanas sin comida, tres días sin agua y tres minutos sin oxígeno.

Suena correcto. Hay aire de sobra, lo que significa que moriré de sed. Y me llevará tres días hacerlo.

El pensamiento le provoca otro escalofrío.

Tranquilo, todavía hay muchas cosas que pueden suceder. Tal vez los zombies se vayan a otro lado. O tal vez Chris decida ir a buscarme.

Sin embargo, ninguna de esas cosas parece probable. Iver está bastante convencido de que los zombies no necesitan realmente ver a una persona viva para saber que están allí; ¿por qué se agruparían alrededor de una casa con las ventanas tapiadas? No, los zombies pueden percibir a

los vivos. Son atraídos por la presa más cercana. Lo que significa que los que rodean el garaje probablemente se quedarán aquí mientras Iver lo haga.

¿Y Chris dejaría la casa para ir a buscarlo? ¿Por qué haría eso? Si no puede contactarlo por teléfono, naturalmente asumirá que Iver no lo logró.

La idea de que Adam despierte por la mañana y que Iver no esté allí es sorprendentemente horrible. Sabe lógicamente que Agnete está allí y que cuidará del niño. Pero de alguna manera, Iver siente que el pequeño está más ligado a él. Después de todo, él fue quien lo sacó a salvo del ferry.

Iver decide tratar de calmar su mente. Clarificar su cabeza podría permitir que una idea surja. Así que se sienta sobre la bolsa de municiones, respira profundamente y cierra los ojos.

Y luego, sin pensarlo realmente, Iver comienza a rezar.

—Querido Padre celestial, acércate a nosotros mientras te buscamos en el silencio de nuestros corazones. Concédenos la fortaleza de tu Espíritu, la fuerza para esperar pacientemente tu ayuda en nuestras vidas...

No ha rezado desde que era muy pequeño y visitaba a su abuela, que hace mucho tiempo murió, pero en vida era una devota cristiana.

—Ayúdanos a aferrarnos a todo lo que es bueno. Ayúdanos a sentir, cada uno de nosotros, que somos tus hijos y que podamos regocijarnos en tu cuidado paternal. Que se haga tu voluntad más y más plenamente en nosotros y a nuestro alrededor...

Iver nunca incorporó realmente ninguna noción de fe y se considera ateo, lo que hace aún más sorprendente encontrar cuán fluidamente le vienen las palabras, como si las hubiera recitado por última vez ayer.

—Que se haga tu voluntad para que podamos ser liberados cada vez más y tu luz pueda amanecer donde aún hay oscuridad. Amén.

Toma otra respiración profunda, luego abre los ojos. Y lo que ve lo hace jadear.

Allí, en la tenue madrugada, un par de luces delanteras se acercan en esta dirección.

SIETE

El disparo resuena en el aire de la mañana, lanzando varios ecos antes de desvanecerse.

El hombre se hunde en el suelo y se queda allí. Dan alcanza a ver su rostro, al que ahora le falta la mayor parte de la parte inferior.

Ozzy suelta su mordida y retrocede, jadeando.

William baja el rifle.

—Erik —llora la mujer, aferrándose al brazo de Dan—. Oh, Erik...

Rompe a sollozar y Dan hace lo mejor que puede para sostenerla mientras sus piernas se debilitan. Se siente extremadamente incómodo sosteniendo a la mujer casi desnuda. Afortunadamente, William acude en su ayuda, recogiendo el abrigo y echándoselo sobre los hombros.

—Está bien —murmura—. Ya ha terminado.

Las palabras no parecen consolar a la mujer, que solloza incontrolablemente.

Ozzy gruñe. Está mirando hacia la niebla.

—Tenemos que irnos —dice William, dirigiéndose a Dan.

—¿Y ella? No podemos dejarla aquí.

William agarra a la mujer por el brazo. —Escucha. Vienen más. Tenemos que salir de aquí.

—Oh, Erik —solloza la mujer, mirando justo por encima de William hacia su esposo muerto.

—¡Oye! —dice William de nuevo, sacudiéndola—. ¡Reacciona!

La mujer parpadea y deja de llorar, enfocando sus ojos en William. —¿Q... qué?

—¿Quieres vivir?

La mujer frunce el ceño como si la pregunta no tuviera sentido. —Yo... no lo sé...

—Bueno, si decides que sí, ven con nosotros. Si no, está bien también. Pero nos vamos ahora.

—William no espera a que la mujer tome una decisión, simplemente la suelta y comienza a

caminar rápidamente, haciendo una seña a Dan—. Vamos. Ozzy.

Ozzy obedece de inmediato, pero Dan duda por un segundo, mirando a la mujer. —Por favor, ven con nosotros.

—Yo... no puedo... —susurra la mujer, con el rostro comenzando a descomponerse de nuevo—. Erik...

—No lo mires —dice Dan, dando un paso al costado para bloquear su vista.

—¡Dan! —grita William—. ¡Vamos!

—Por favor, ven con nosotros —le dice Dan a la mujer una última vez antes de dejarla para correr tras William.

OCHO

Iver salta de pie y levanta ambos brazos. Recuerda instintivamente de su entrenamiento como socorrista, cómo agitarse con ambos brazos, que es la señal internacional de ayuda.

No está seguro de si el conductor del coche realmente puede verlo desde allí, pero no tiene otra forma de llamar su atención. Aparte de disparar la escopeta, pero eso podría interpretarse como un signo de hostilidad en lugar de una súplica de ayuda.

A medida que el coche se acerca a la casa, también reduce la velocidad hasta detenerse por completo. Está lo suficientemente lejos como para que los zombies no le presten atención, sino que sigan rascando las paredes del garaje, tratando de alcanzar a Iver.

La ventana del lado del conductor se baja, y una cara se asoma. Es un hombre de unos cuarenta y tantos, grande y corpulento, gordo en realidad, y calvo. Su expresión es grave mientras mira a los zombies y luego a Iver. —¿Necesitas ayuda, amigo?

Su voz es profunda y ronca. Habla danés.

Iver asiente. —Me vendría bien una mano, sí. Gracias por detenerte.

—No hay problema. Acabamos de llegar. —El hombre hace un gesto con su grueso pulgar hacia el asiento trasero, Iver puede notar que hay alguien sentado allí—. Navegamos desde el continente. Esperábamos que esos malditos muertos no hubieran llegado hasta aquí todavía. —Mira a los zombies y frunce el ceño—. Parece que no tuvimos suerte.

Iver extiende los brazos—. Aparentemente, pueden cruzar el agua. Así fue como llegaron aquí.

—Pues, maldita sea —gruñe el hombre, golpeando el volante—. ¿No es eso maravilloso?

La persona en el asiento trasero dice algo, haciendo que él mire hacia atrás.

—Lo sé —murmura—. Ya es tarde. —Mira de nuevo a Iver—. Entonces, escucha, amigo; necesitamos un lugar seguro donde quedarnos. Parece que tu casa fue invadida...

—Esta no es mi casa —dice Iver—. Ni siquiera vivo en esta isla; vine desde un ferry.

El hombre levanta las cejas. —Oh, ¿el que se hundió? Vi eso en las noticias.

—Sí. Vine con un par de personas más. Están allí, en la casa de al lado —Iver señala—. Me quedé atrapado cuando estaba buscando armas.

El hombre en el coche está a punto de decir algo más, cuando la persona en el asiento trasero vuelve a hablar. El tipo mira en dirección a la casa de Agnete, luego le pregunta a Iver: —¿Tienen espacio para dos más allá?

Iver se encoge de hombros. —Estoy seguro de que podemos hacerlo funcionar. —No está realmente seguro de lo que Chris dirá sobre traer a dos personas adicionales, pero ahora mismo no tiene otra opción, ciertamente no quiere arriesgarse a lo que podría ser su única oportunidad de bajar de allí de manera segura.

La persona en el asiento trasero vuelve a hablar.

El hombre al volante asiente, luego dice: —Está bien, entonces, si te ayudo, todos volvemos a tu casa... o a la casa de quien sea.

—Claro.

—Me parece bien. Espera un minuto. —A la persona en el asiento trasero, el hombre dice: —No te preocupes, tendré cuidado.

Luego sale del coche, dejando el motor encendido mientras camina hacia la parte trasera. Es aún más grande de lo que Iver pensaba; no solo alto y corpulento, sino que también tiene una barriga enorme. Del maletero saca una pala, luego se dirige hacia los zombies.

Por un segundo tonto, Iver se imagina al tipo comenzando a cavar un agujero en el suelo, pero en su lugar, sostiene la pala como un bate de béisbol. Iver puede ver que no es la primera vez que usa la herramienta de jardinería para ese propósito exacto; la hoja está ligeramente doblada y cubierta de algo oscuro que sospecha es sangre seca.

—¡Oigan, ustedes! —grita el hombre—. ¡Miren aquí!

Iver echa un vistazo a los zombies. Ninguno de ellos parece siquiera registrar el llamado del hombre.

—Creo que necesitas retroceder —continúa—. Estás demasiado cerca para que pueda atraerlos hacia mí.

—Oh —dice Iver, retrocediendo hacia el centro del techo del garaje. Pierde de vista a los zombies, pero eso sólo dura un par de segundos; pronto reaparecen cuando abandonan sus esfuerzos por alcanzar a Iver y, en cambio, se tambalean hacia el tipo que sostiene la pala.

Los ojos del tipo están fijos en el zombie más cercano con la intensidad de un domador de leones que acaba de entrar en la jaula. Cambia su peso de un lado a otro, murmurando para sí

mismo: —Vamos. Vamos.

Tan pronto como el zombie llega a una distancia alcanzable, el tipo avanza y balancea la pala. La hoja de la pala conecta directamente con la sien del muerto y lo envía al suelo. Debajo del fuerte sonido del golpe, Iver capta un ruido más sutil, crujiente, como si alguien hubiera puesto un coco dentro de una funda de almohada y luego lo pisaría.

«Eso fue su cráneo rompiéndose», le informa un pensamiento en la cabeza de Iver.

Incluso cuando la náusea sube por su garganta, el hombre golpea al segundo zombie, repitiendo el movimiento perfectamente y produciendo un sonido igualmente estremecedor mientras el zombie se hunde en el suelo.

Ese tipo es una bestia. Los derriba de un solo golpe.

Iver no puede evitar quedarse mirando mientras el tipo se enfrenta al tercer zombie. Esta vez, su sincronización se desvía un poco, y la hoja baja demasiado, golpeando la mandíbula del zombie en su lugar. El crujido está allí de todos modos, ya que la mayoría de los dientes del zombie son expulsados de su boca y salen volando por el aire. La mandíbula también está visiblemente rota y reubicada en un lado de la cara, donde cuelga desde una posición que parece muy dolorosa, como una bolsa llena de grava.

—Maldita sea —gruñe el tipo, retrocediendo y levantando la pala para intentarlo de nuevo.

—Oh, Dios —murmura Iver y finalmente logra apartar la mirada justo cuando suena otro golpe crujiente.

—¡Leif! —llama una voz de mujer, con una nota de pánico—. ¡Cuidado! ¡Viene uno por detrás!

Iver mira hacia el coche y ve a la mujer gritando desde la ventana del asiento trasero mientras señala frenéticamente.

Otra mujer, obviamente muerta, se tambalea más allá de los faros del coche y se dirige directamente hacia el hombre, que está ocupado derribando a un joven. Luego el hombre gira rápidamente y se enfrenta a la mujer justo cuando ella extiende los brazos para agarrarlo.

—Maldita sea —gruñe, jadeando audiblemente por el esfuerzo ahora—. Siguen viniendo...

La mujer vuelve a gritar para advertirle, ya que tres zombies más se acercan a él desde diferentes ángulos.

El hombre se pone a trabajar. Para este momento, ya está rodeado de cuerpos. Justo cuando está a punto de golpear al siguiente zombie, la mujer que acaba de derribar lo agarra por el tobillo e intenta llevarse su pierna a la boca. El hombre grita y la pateo bajo la barbilla, haciendo que su cabeza se eche hacia atrás con un crujido violento. Sorprendentemente, eso no la mata, y

mientras su cabeza se balancea hacia adelante nuevamente, obviamente con el cuello roto, todavía sigue aferrada y tratando de morder al hombre. Él arranca su pierna de un tirón y se da vuelta justo a tiempo para usar la pala y empujar al otro zombie. Luego, se vuelve y aplasta la cabeza de la zombie contra el suelo, deteniéndola efectivamente.

La mujer en el coche vuelve a gritar, advirtiéndole al hombre sobre un zombie que se acerca por detrás. Pero ni la mujer ni el hombre notan al niño que está rodeando la esquina. Es un niño, no mucho mayor de seis o siete años, y se mueve rápidamente, caminando a lo largo de la pared, dirigiéndose hacia el hombre.

—¡Cuidado! —grita Iver, pero su voz queda ahogada por otro golpe aplastante de la pala.

El niño está ahora al alcance del hombre, y no hay tiempo para advertirle, así que Iver simplemente lanza la bolsa de municiones. Esta golpea la parte trasera de la cabeza del niño y lo hace caer al suelo.

El hombre gira rápidamente, nota el peligro y con un brutal y decisivo golpe de la pala, separa la cabeza del niño de su cuerpo justo cuando este estaba a punto de levantarse nuevamente.

El hombre lanza una mirada a Iver, e Iver puede ver cómo su rostro está rojo y brillante por el sudor. —¡Deberías saltar cuando tengas la oportunidad, amigo! —jadea, luego se vuelve hacia el próximo zombie, balanceando la pala.

Iver se da cuenta de que ha estado parado allí, mirando la escena abajo durante ¿qué—veinte segundos? Se siente como veinte minutos. Corre hacia el extremo más alejado del garaje y mira hacia abajo. No hay zombies aquí. Se agacha, salta y aterriza en el suelo.

Inmediatamente, hay un gruñido detrás de él, e Iver gira la cabeza para ver a dos muertos vivientes que están rodeando la esquina del garaje. No pierde tiempo en enfrentarse a ellos, sino que simplemente corre hacia la bolsa. Una anciana viene directamente hacia él, e Iver instintivamente golpea su pecho con la culata del rifle, haciéndola retroceder. Luego agarra la bolsa justo cuando otro zombie se lanza hacia él desde la derecha, fallando por apenas unos centímetros.

—¡Vámonos! —grita el hombre, derribando a otro zombie antes de dirigirse hacia el coche.

Iver no necesita más invitaciones, sino que corre tras el hombre, esquivando a dos zombies más que tratan de atraparlo.

¿De dónde están saliendo todos? ¿Hemos atraído a todos los muertos de la isla?

El hombre se mete detrás del volante, y la puerta trasera se abre justo cuando Iver llega. Lanza la bolsa y el rifle adentro, luego salta él mismo y cierra la puerta de un golpe.

—Santo cielo —jadea el hombre desde el asiento delantero—. Eso estuvo demasiado cerca...

—Gracias —dice Iver, tragando grueso—. No sabes lo agradecido que estoy...

Se interrumpe a sí mismo cuando gira la cabeza para mirar a la mujer a su lado y ve el cuchillo que está apuntando a su garganta. Es más joven de lo que pensaba, aunque juzgando por su rostro, ha envejecido considerablemente en los últimos días. Su piel es pálida y pecosa y su cabello es rojo fuego, recogido en una cola de caballo apretada. Sus ojos son de un azul helado.

—¿Qué... qué estás haciendo? —pregunta Iver.

—¿Tienes alguna herida? —pregunta ella en respuesta.

Iver sacude la cabeza. —No, estoy bien.

—¿Estás seguro? Todo lo que se necesita es un pequeño rasguño.

Finalmente, Iver se da cuenta de lo que ella quiere decir. Mira hacia abajo a sus manos, dándoles la vuelta. —Mira, no hay nada. Te lo dije, estoy bien.

El hombre se vuelve en su asiento para mirar a Iver. —A mí me parece que está bien, Linda. No creo que lo hayan tocado.

—Podría haber tenido un rasguño antes de que llegáramos —dice la mujer, Linda, inmediatamente. —No podemos correr riesgos.

—Mira, de verdad, te lo diría si estuviera infectado —dice Iver—. Pero no lo estoy. Honestamente.

Mira de uno al otro. Hay un momento de silencio dentro del coche. Desde afuera, se oye el raspar de uñas, empujones, y gemidos de los muertos vivos.

—Ya confiamos en una persona que nos dio su palabra —dice Linda fríamente—. No cometeré ese error de nuevo.

—Está bien, bueno... ¿qué quieres que haga?

—Desnúdate.

Iver levanta las cejas. —¿Hablas en serio?

Ni un rastro de sonrisa en el rostro de la mujer. —¿Te parece que bromeo?

Iver suspira, luego se quita la camisa. —Ahí está.

La mujer echa un vistazo a su torso desnudo brevemente, luego vuelve a mirarlo a la cara. No baja el cuchillo ni un centímetro. —Todo.

—¿Todo? ¿También los pantalones?

—Me refiero a todo.

Iver se ríe con incredulidad y mira a Leif, pero él sólo se encoge de hombros. —Supongo que es lo justo, amigo.

Iver lo piensa por un momento. Curiosamente, a pesar de que hace un segundo estaba huyendo de los zombies, evitando por poco ser devorado vivo, la perspectiva de desnudarse completamente frente a dos extraños es casi peor. Aunque entiende lógicamente por qué lo están obligando a hacerlo, aún se siente como un abuso.

La imagen de Adam aparece en su mente. —Entonces, si hago esto, ¿prometes llevarme a casa?

—Claro —dice Leif.

—Si estás limpio —corrige Linda, sin apartar los ojos de Iver.

—¿Y si no lo estoy?

Ella no dice nada, sólo asiente casi imperceptiblemente hacia la puerta, e Iver capta la idea.

Si tengo el más mínimo rasguño, me echarán de nuevo ahí afuera...

Toma una respiración profunda, luego se agacha y comienza a desatarse el zapato.

NUEVE

—Joder. Por un momento estuve seguro de que tendría que dispararle.

Dan mira a William, que se pasa una mano por el cabello.

—Quiero decir, disparar a zombies ya es bastante malo, pero matar a alguien que todavía está vivo... —sacude la cabeza.

—Menos mal que no lo hiciste. Al final no estaba infectada.

—Lo sé.

Dan echa un vistazo hacia atrás, sin ver nada más que el paisaje montañoso y la niebla.

—No va a venir —le dice William.

—Probablemente tienes razón —murmura Dan mientras siguen caminando.

Ya han estado caminando unos veinte minutos desde que dejaron a la mujer atrás.

—Oh, se me olvidó decirte —dice William—. Llamé a mi madre ayer.

—¿Tu madre está en Holanda, verdad?

—Ya no. Estaba en un avión rumbo a África.

—¿África?

William asiente.

—El gobierno está transportando a tanta gente como sea posible fuera de Europa. Dijo que habían montado una especie de campamentos cerca de una base militar en Argelia. Está en el desierto, así que supongo que es bastante seguro y fácil de defender.

Dan se muerde el labio.

—Me alegra que finalmente estén tomando las cosas en serio. ¿Quién sabe? Podrían salvar a mucha gente.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? —William se encoge de hombros—. Quiero decir, a menos que maten a todos los zombies en la faz del planeta o encontremos una manera de detener la

propagación, es una batalla perdida; estarán luchando contra muertos durante años. Incluso una base militar se quedará sin municiones en algún momento.

Dan lo considera por un momento.

—Más razón para que hagamos esto.

William parece estar a punto de responder, cuando Ozzy de repente echa un vistazo atrás y da un breve y significativo ladrido.

Dan y William se giran.

—Vaya —dice William, bajando de nuevo el rifle—. Estaba seguro de que te habíamos perdido.

Dan siente alivio al ver a la mujer saliendo de la niebla, aún envuelta en el abrigo, con el cabello mojado.

Ella los mira con una expresión vaga.

—Seguí sus huellas.

Dan mira hacia abajo y se da cuenta de que han dejado un rastro a través del rocío húmedo.

—Qué bien —dice William—. Puedes venir con nosotros.

La mujer asiente en silencio y se une a ellos mientras siguen caminando. Un minuto de incómodo silencio sigue, ya que ni William ni Dan saben qué decir o dónde mirar. La mujer camina entre ellos, mirando hacia abajo a sus pies descalzos.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —pregunta William.

La mujer lo mira.

—Åsaa.

—Es un nombre bonito. Yo soy William y él es Dan.

Ella mira de William a Dan, y luego de nuevo.

—¿Son ustedes daneses?

—¿Qué nos delató? —pregunta William—. ¿Nuestro gran sentido del humor?

—No —dice la mujer con sinceridad—. Fueron sus acentos.

—Me lo imaginaba —murmura William—. Estaba siendo sarcástico.

—Ah —dice la mujer, parpadeando—. Escuché que hablaban de un campamento militar...

Dan y William intercambian una mirada.

—¿Sí? —dice William, mientras la mujer parece olvidar cómo terminar la frase.

—También hay uno en Finlandia —dice Åsaa.

—¿En serio?

—Sí. Nos llevarán allí. Los militares. Dijeron que los barcos saldrían de Bergen esta mañana. Se suponía que íbamos a ir, Erik y yo, íbamos a... íbamos a... —Las palabras se desvanecen mientras los ojos de la mujer se pierden en la distancia.

—¿Bergen? —dice William—. ¿Hay un puerto en Bergen?

La mujer lo mira como si hubiera olvidado que él estaba allí. Luego asiente.

—¿A cuántos kilómetros está Bergen?

La mujer se encoge de hombros.

—Supongo que unos cuarenta kilómetros.

William mira a Dan.

—Cuarenta kilómetros hasta el puerto más cercano. Probablemente podamos encontrar un barco allí que nos lleve de vuelta a Dinamarca.

—¿Dinamarca? —pregunta la mujer, su voz se eleva ligeramente alarmada—. ¿Por qué querrían ir a Dinamarca? Ahí es donde todo empezó. Dijeron que el país está completamente inundado de gente infectada. Realmente no creo que deban ir allí. Deberían venir a Finlandia.

—¿Es allí donde vas? —pregunta William.

La mujer se encoge de hombros.

—No sé a dónde más ir. Todos aquí... están todos... ya sabes...

—Nos encantaría ir —dice Dan, sonriendo débilmente—. Pero tenemos que volver a Dinamarca.

William añade:

—Es una larga historia.

La mujer los mira por un momento. Parece que quiere decir algo, pero aparentemente decide no hacerlo, porque simplemente se encoge de hombros de nuevo, como diciendo: “Como quieran”.

—Entonces, ¿cómo llegamos a Bergen? —pregunta William.

—¿Tienes un teléfono? Podemos encontrar un mapa.

—No, mi teléfono está muerto.

—Oh. Bueno, entonces simplemente seguimos la carretera.

—¿Qué carretera?

—La autopista. ¿No es hacia donde vamos? —Ella señala hacia adelante—. Debería estar justo detrás de esas colinas.

William se detiene, luego mira de las colinas a Dan.

—¿Qué dices? Quería evitar las carreteras porque sería demasiado peligroso, pero si vamos a Bergen, tendremos que tomar una carretera tarde o temprano.

Dan asiente.

—Estoy de acuerdo. Además, podríamos encontrar un vehículo. Quiero decir, caminar cuarenta kilómetros nos tomaría al menos un día.

—Pensaba lo mismo —dice William, mientras comienza a caminar hacia las colinas—. Muy bien, tomaremos la autopista.

DIEZ

—¿Satisfecha?

Iver se siente inmensamente incómodo. Sus mejillas están ardiendo. No sabe dónde poner las manos.

Está sentado desnudo en el asiento trasero. Leif y Linda han cambiado de lugar, lo que significa que a su lado está Leif, quien acaba de inspeccionarlo a regañadientes a instancias de Linda, quien al menos tiene la cortesía de no girarse en el asiento del pasajero, pero aún está observando a Iver en el espejo.

—Creo que estamos bien —murmura Leif—. Puedes ponerte la ropa de nuevo.

—Gracias, yo...

—Espera, ¿revisaste su espalda?

—Lo hice —dice Leif—. Lo revisé por completo, Linda.

—¿Las plantas de sus pies?

—Bueno, no, pero...

—Revisa las plantas de sus pies. Te dije que conocí a un tipo que murió porque pisó un clavo o algo así, y fue suficiente para infectarlo.

Leif suspira y mira a Iver de una manera que dice: “Lo siento, amigo, pero tenemos que hacerlo”.

«¿Haces todo lo que ella te dice?». Piensa Iver, pero sabiamente no dice nada. En su lugar, levanta el pie y deja que Leif lo revise. Luego el otro.

—¿Ves algo? —pregunta Linda.

—No, está bien.

—Está bien. Pero lo vigileremos. Si comienza a tener fiebre, lo dejaremos.

—Jesús —dice Iver, poniéndose los calzoncillos—. Sabes que puedo entenderte, ¿verdad?

Linda lo mira en el espejo. Sus ojos azul cielo son estrechos y felinos. Sería hermosa si no fuera por la fea expresión de sospecha.

—Entonces entiendes por qué no podemos llevarte si estás infectado.

—No lo estoy.

Leif se sube al asiento delantero. Es tan grande que necesita pasar de lado por los asientos, y el coche se balancea cuando cae en el asiento del conductor.

—Está bien, salgamos de aquí antes de que estos imbéciles arruinen completamente la pintura de mi coche —pone el coche en marcha y se dirige por la carretera.

Iver está ocupado poniéndose la ropa.

—¿Es ese el lugar? —pregunta Linda, señalando hacia adelante.

Iver mira.

—Sí, ahí es donde nos estamos quedando.

—¿Cuántos de ustedes hay?

—Cuatro. Y un niño pequeño.

—¿Tienen provisiones? ¿Y armas?

—Tenemos algo de comida. No estamos muy bien con las armas, por eso tuve que conseguir esto... —Su mano va al asiento junto a él por la escopeta, pero no encuentra nada. Mira a Linda.

—La estoy guardando por ahora —dice ella con calma.

Iver frunce el ceño.

—Entonces, no sólo querías revisar si tenía rasguños... también estabas en busca de armas.

Linda no responde.

Leif detiene el coche frente al camino de entrada de Agnete.

—No parece que haya muertos por aquí. Pero probablemente los atraeremos pronto.

—Déjame entrar primero —dice Iver, levantando la bolsa de municiones.

—Espera —dice Linda—. Creo que es mejor que Leif entre contigo.

—Está bien, sólo les diré a los demás que vienen.

—Sí, eso no va a funcionar —dice Linda, mirando a Leif—. Entra y verifica que todo esté bien.

Luego me llamas.

Leif mira a Iver y luego la mira de vuelta a ella.

—¿Por qué no estaría todo bien?

Linda se encoge de hombros.

—Simplemente no podemos arriesgarnos. Podría ser una trampa.

—¿Una trampa? —exclama Iver.

Linda no le presta atención.

—Quiero decir, acabamos de conocer al tipo. Por lo que sabemos, ni siquiera es su casa.

—Sí, pero parece honesto —dice Leif—. Además, lo salvamos de ese tejado.

—Exactamente. ¿No actuarías con mucha honestidad si quisieras que alguien te salvara la vida?

Leif está a punto de decir algo, cuando Linda se inclina hacia adelante.

—Mira, ya lo discutimos. Así es como lo hacemos.

Leif se rasca la barbilla y luego asiente.

—Está bien. Iré con él.

—Eres paranoica —murmura Iver a Linda.

—Las personas paranoicas viven más tiempo —dice Linda sin mirarlo—. Será mejor que vayan, antes de que aparezcan zombies.

ONCE

Llegan a la carretera en menos de media hora.

William esperaba ver uno o dos coches abandonados al borde del camino. En cambio, lo que ve al mirar desde la cima de la colina, se parece más a un gigantesco aparcamiento.

La carretera está completamente atascada con vehículos de todo tipo, colocados parachoques contra parachoques, todos pareciendo ansiosos por ponerse en marcha.

Pero la fila no se mueve, y él puede notar por la quietud de la mañana que ninguno de los motores está encendido. También hay bastantes puertas de coche abiertas, como si los conductores no se hubieran molestado en cerrarlas cuando salieron. La fila de coches se extiende tanto como William es capaz de seguir la carretera antes de que desaparezca entre las colinas.

—Parece que no fuimos los únicos que nos dirigíamos a Bergen —murmura.

—Claro que no —dice Åsaa—. Todos recibimos el mensaje ayer. Sobre los barcos que saldrían hacia Finlandia. Estaba en todas las noticias y en Facebook. Era de lo único que se hablaba.

—Pero todos se fueron —dice Dan, sacudiendo la cabeza lentamente—. Todos simplemente salieron de sus coches y se fueron.

William asiente.

—O se cansaron de esperar y decidieron caminar, o algo los hizo salir.

Pasan unos segundos de inquietante silencio entre ellos. William nota cómo sus compañeros lanzan miradas nerviosas alrededor. Al parecer, incluso Ozzy está captando la atmósfera inquietante, o tal vez sólo está ansioso por seguir adelante, porque gime suavemente.

—Bueno, podemos olvidarnos de conseguir un aventón —dice Dan—. Ambos carriles están completamente bloqueados. Incluso el carril de emergencia.

—No voy a caminar cuarenta jodidos kilómetros —murmura William mientras escanea la carretera—. Tiene que haber alguna manera de que podamos conducir... —Mira a Åsaa—.

¿Conoces alguna otra carretera que lleve a Bergen desde aquí?

Ella se encoge de hombros.

—La más cercana está a ocho kilómetros hacia el este.

—Esa también probablemente estará llena —interviene Dan.

—Tienes razón —dice William, mordiéndose el labio—. Tenemos que pensar de manera diferente aquí. ¿Qué carretera no se le ocurrió tomar a nadie más? Åsaa, eres nuestra guía local. ¿Algo te viene a la mente? ¿Algo en absoluto? Como un camino de tierra o algo así. No tiene ni siquiera que ser una carretera propiamente dicha, sólo algo lo suficientemente ancho para que un coche pueda pasar.

Åsaa señala al otro lado de la carretera.

—Bueno, hay un sendero para caminatas en esa colina. He caminado por él con... con Erik un par de veces...

—¿Podría pasar un coche por ahí? —pregunta William rápidamente, antes de que Åsaa pueda hundirse de nuevo en recuerdos dolorosos—. ¿Es lo suficientemente ancho?

—Yo... Supongo que sí. En teoría, al menos. Pero es muy empinado. Ciertamente no está pensado para coches.

—Bien —William asiente, sintiéndose animado—. Eso significa que nadie más pensaría en tomarlo.

—Ni siquiera creo que podamos subir un coche allí —dice Åsaa.

—¿Qué tal allí abajo? —pregunta William, señalando—. Parece que la ladera no es tan empinada. Creo que podríamos hacerlo.

Comienza a caminar por la carretera, con Ozzy a su lado. Dan y Åsaa lo siguen.

—¿Estás seguro de que podemos subir la ladera con un coche? —pregunta Dan—. Me parece bastante empinada para un coche.

—Depende del tipo de coche del que estemos hablando —dice William—. Vaya, hay muchos Teslas aquí en Noruega. Considerando cuánto petróleo tienen, realmente les gustan los coches eléctricos.

Åsaa apenas parece notar el comentario.

Entonces William lo ve. Se detiene y señala.

—¡Ahí! ¡Ese!

—¿Cuál? —pregunta Dan, entrecerrando los ojos.

—El BMW —dice William.

Dan todavía parece confundido.

—El SUV —añade William.

Dan sacude la cabeza.

—Esas son sólo letras para mí.

William suspira.

—Es el grande blanco.

—Ah. ¿Crees que ese podría subir la ladera?

—Lo sé. Básicamente es un jeep familiar.

Åsaa jadea.

—¡Mira! ¡Viene un hombre!

William sigue su mirada. A casi kilómetro y medio por la carretera puede ver a un tipo caminando entre los coches. Viene hacia ellos. El paso torcido sugiere que está herido o muerto. Ninguna de las dos opciones es atractiva.

—Hay más de uno —comenta Dan.

William mira más allá y puede distinguir al menos cinco figuras adicionales, todas viniendo hacia aquí.

—Será mejor que nos apresuremos —dice—. Estarán aquí en cinco minutos. ¡Vamos!

Corre colina abajo, Ozzy está justo a sus talones, la bolsa rebotando en su espalda.

No pierde tiempo mirando atrás para ver si los demás lo siguen; en cambio, se concentra en no tropezar y caer, ya que rodar por la empinada ladera probablemente significaría rodar hasta el fondo.

Ozzy, con la ventaja de tener cuatro patas, rápidamente toma la delantera y llega a la carretera en cuestión de segundos.

William lo alcanza medio minuto después. Al pisar el concreto, lanza una mirada en dirección a los que se acercan, pero aún no los puede ver. Detrás de él puede escuchar a Dan y Åsaa alcanzándolo. Ozzy lo mira con expectación, esperando lo que sucederá a continuación.

William corre hacia el SUV, que está estacionado en un ángulo torcido con ambas llantas delanteras en el borde de la carretera, casi como si el conductor quisiera salir del camino para escapar de la fila, pero luego cambió de opinión en el último segundo.

—Por favor, que no esté cerrado con llave —murmura William mientras se dirige a la puerta trasera, quitándose la bolsa. Justo cuando agarra la manilla, Ozzy ladra hacia él, fuerte y repentinamente, lo suficiente para hacer que William salte.

—¡Jesucristo, amigo! ¡Me has asustado!

Ozzy lo mira con desdén, gruñendo amenazadoramente, erizado como un puercoespín.

—¿Qué pasa? —dice William, frunciendo el ceño y mirando a su alrededor rápidamente—. Está bien; no hay nadie aquí. Sólo vamos a dar un paseo.

Su mano aún está sobre la manilla y está a punto de tirar de ella cuando ve un movimiento a través de la ventana polarizada. Un rostro de niña lo está mirando, mordiendo y embadurnando la ventana con saliva y sangre.

—¡Oh, mierda! —exclama William y suelta la manilla como si de repente se estuviera quemando. Retrocede justo cuando Dan lo alcanza.

—No lo hagas —dice William, agarrándolo del brazo—. Alguien ya está dentro...

—Oh, no —suspira Dan, recuperando el aliento.

Åsaa los alcanza y se detiene a unos pasos de distancia.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Hay una niña adentro —dice William, limpiándose el sudor de la frente. La mañana de repente se ha vuelto cálida; la niebla casi ha desaparecido y el sol está subiendo en el cielo. Ozzy sigue gruñendo y ladrando—. Tenemos que lidiar con ella antes de poder tomar el coche.

—¿No podemos simplemente tomar otro? —pregunta Åsaa.

—No, te dije que necesitamos este —dice William, señalando el BMW—. Es el único que pude distinguir desde allá arriba que nos llevará fuera de la carretera. ¡Ozzy, cállate! ¡Ya lo entendimos!

—No está sola —dice Dan, mientras Ozzy recurre a un gemido ansioso y comienza a merodear alrededor del SUV.

William se gira hacia el coche y ve otros dos rostros ahora: un chico mayor y otro más joven se han apretado junto a la niña.

Probablemente sus hermanos. Joder, sólo son niños...

—¿Por qué los padres los dejaron aquí? —susurra Åsaa, con horror en la voz. Sus labios comienzan a temblar y sacude la cabeza—. Esos pobres, pobres niños...

—No entres en histeria ahora —dice William con brusquedad, sintiendo cómo aumentan sus niveles de estrés—. Necesitamos pensar en una solución, y rápido. Antes de que aparezcan los otros malditos muertos.

—¿No puedes simplemente dispararles a través de la ventana? —sugiere Dan, asintiendo hacia el rifle en la mano de William.

Él niega con la cabeza.

—Es una mala idea. Romperemos la ventana, y podríamos necesitarla para protección más tarde. Además, no quiero tener rastros de unos malditos sesos por todo el interior...

—Oh, Dios mío —jadea Åsaa, llevándose una mano a la boca y girándose.

William se da cuenta de inmediato de que cometió un error al pintar esa imagen. Pero está cada vez más nervioso por minuto, y cuando está nervioso tiende a decir cualquier estupidez que se le ocurra.

—Necesitamos abrir la puerta y dejarlos salir —dice William—. Es la mejor manera de deshacerse de ellos.

—¿Qué? —exclama Åsaa, retrocediendo—. ¡No, espera!

—Está bien —dice William, levantando la mano—. No lo haré todavía. No antes de que ustedes estén a una distancia segura.

—¿Y tú? —pregunta Dan, pareciendo no estar particularmente entusiasmado con la idea.

—Ozzy y yo nos ocuparemos de ellos —le dice William—. Sólo suban al techo de otro coche, uno lo suficientemente alto como para que no puedan alcanzarlos.

—Pero... —Åsaa está a punto de objetar cuando William la interrumpe.

—Es sólo una precaución. Una vez que salgan, les dispararé.

—Ten cuidado de no dispararle a Ozzy —dice Dan—. Y no dispares a las llantas tampoco.

—Tienes razón, buena idea. Primero los atraeré lejos del coche. Bien, todos a sus posiciones. ¡Muévanse, muévanse!

Dan y Åsaa intercambian una breve, pero incierta mirada, luego Dan corre hacia la furgoneta más cercana y sube al capó. Se inclina y ayuda a Åsaa a subir. Ella todavía lleva sólo el abrigo sobre la ropa interior, y mientras levanta la pierna para subirse al techo del coche, William vislumbra sus bragas. Son rosas. Siente un inesperado sobresalto de excitación, luego inmediatamente se siente culpable y aparta la mirada.

Se gira hacia el BMW y los tres niños están empujándose y peleando entre ellos para intentar alcanzarlo.

Liberar a tres zombies de repente parece una muy mala idea. Algo así como abrir la jaula de los tigres en un zoológico. Pero sabe que se mueven bastante lento, y debería poder eliminarlos antes de que las cosas se pongan peligrosas.

Además, ahora no hay tiempo para dudar.

Así que, William camina rápidamente alrededor del coche, agarra la manilla de la puerta y la abre. Los gemidos y gruñidos de los niños se vuelven más fuertes mientras luchan por darse la vuelta y alcanzarlo.

Una vez que el primero, el niño más joven, logra salir por la puerta abierta y caer sobre el asfalto, William ya está a varios metros más adelante por la carretera.

—Ozzy, al pie —dice, colocando el rifle contra su hombro mientras el pastor alemán se coloca a su lado, gimiendo y gruñendo a los niños que ya han salido todos del SUV y se están poniendo de pie. Inmediatamente, comienzan a tambalearse en su dirección.

Maldita sea, piensa William, cerrando un ojo. Son aún más jóvenes de lo que pensaba.

Sólo el chico mayor está en su adolescencia, los otros no deben tener más de seis y ocho años. Pensar de que probablemente estaban vivos hace apenas unas horas, sentados en el asiento trasero, discutiendo, bromeando, jugando en sus iPads, con sus padres en el frente, tratando de llevarlos a un lugar seguro.

Y ahora.

Ahora están todos muertos.

Y probablemente se mataron entre ellos.

William siente un nudo en la garganta y su dedo, que está sobre el gatillo, sorprendentemente se resiste a apretarlo.

«Vamos. Hazlo. Ya no son niños. Les estás haciendo un favor».

Ozzy comienza a ladrar. El niño más joven está a sólo diez pasos de distancia ahora.

William apunta a su cabeza. Luego aprieta el gatillo.

El disparo suena mucho más fuerte de lo que esperaba; probablemente, piensa distraídamente, porque el sonido rebota en la fila de coches y golpea directamente sus tímpanos.

La bala falla su objetivo, enterrándose en cambio en el hombro de la niña que camina detrás del niño, girándola a mitad de camino, pero sin causarle ninguna preocupación real, ya que simplemente sigue avanzando.

—Mierda —murmura William, luchando por recargar el rifle.

No había considerado fallar ningún tiro; simplemente dio por hecho que sólo necesitaría tres disparos para acabar con los niños. Resulta que disparar a la cabeza en la vida real es mucho más difícil de lo que los videojuegos hacen parecer.

Retrocede varios metros, ordenando a Ozzy que lo siga, notando cómo apenas puede oír su propia voz. Apunta de nuevo, pero esta vez se arrodilla, apoyando el codo en la rodilla. Hace que sea mucho más fácil mantener el rifle estable .

Apunta de nuevo a la cabeza del niño, murmurando para sí mismo.

—Vamos... puedes hacerlo...

Entonces la voz de Dan corta el zumbido en sus oídos. William se da cuenta de que Dan ha estado llamándolo desde que disparó el rifle, pero William no pudo escucharlo hasta ahora.

Se levanta y ve a Dan y Åsaa, ambos todavía parados en el techo de la furgoneta, ambos saltando y agitando los brazos.

—¿Qué? —grita William.

Dan mueve los labios, pero William no puede entenderlo. Supone que están molestos porque falló el primer disparo.

—¡No se preocupen! ¡Los tendré esta vez...!

Luego, justo cuando se arrodilla, ve un movimiento en el espejo retrovisor del coche más cercano.

Justo detrás de él hay dos zombies.

DOCE

Iver sale del coche y mira a su alrededor. Todavía no hay zombies en este lado de la casa, pero sabe que es sólo cuestión de segundos antes de que aparezcan.

Antes de que se fuera, Chris le instruyó que lo llamara cuando regresara, para que pudiera alejar a los zombies de la puerta principal. Pero como Iver no tiene su teléfono, tendrá que arriesgarse.

Corre hacia la puerta, llevando la bolsa, y golpea la madera con suficiente fuerza como para estar seguro de que Chris lo escuchará.

Leif se le une, sosteniendo la pala y lanzando miradas vigilantes en todas direcciones.

—¿Por qué no trajiste la pistola? —pregunta Iver.

Leif se encoge de hombros.

—No me gustan las armas de fuego.

Entonces, se oye la voz de Chris desde el otro lado de la puerta:

—Iver, ¿eres tú?

—¡Sí! Abre la puerta.

—¿Quién está contigo?

—Alguien que conocí. También hay una mujer en el coche. Les dije que podían venir. Por favor, déjanos entrar, y te lo explicaré.

Agarra la manilla, pero la puerta sigue cerrada con llave.

—¡Chris! —grita—. ¡Maldita sea, abre la puerta!

No hay vidrio en la puerta, por lo que no puede ver a Chris. Pero puede imaginarlo fácilmente parado justo al otro lado, frunciendo el ceño y reflexionando.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunta Chris.

—Perdí mi teléfono. Fred se lo llevó. Escucha, está bien; estas personas me ayudaron. Estaba atrapado en la casa de Fred, yo estaba... Te lo explicaré después, sólo abre la puerta, Chris. Los zombies estarán aquí en cualquier...

El coche toca la bocina.

—Los veo —dice Leif, aparentemente respondiendo a la advertencia de Linda, mientras se da la vuelta y camina hacia una anciana que viene por la esquina. Balancea la pala y la derriba de espaldas. El siguiente la sigue de cerca.

—¡Abre, Chris! —grita Iver, golpeando la puerta de nuevo—. ¡Ya vienen!

—¿Te están amenazando para que los traigas aquí?

—¿Qué? ¡No!

Leif derriba a otro zombie con un fuerte golpe de la pala, y tres más aparecen.

—¡Por el amor de Dios, Chris! —grita Iver—. Si no abres, tendremos que volver al coche y...

La cerradura gira y la puerta se abre.

—Entra —dice Chris, agarrando a Iver por la muñeca. Lo jala hacia adentro y está a punto de cerrar la puerta de golpe, ignorando a Iver, que le dice que espere un minuto.

Entonces, de repente, Linda aparece en la puerta, apuntando con la escopeta a Chris.

—No tan rápido.

Chris se congela. Está sosteniendo su propio rifle, pero está apuntando hacia abajo. Por medio segundo, Iver puede sentir que Chris está considerando si podrá levantarlo y disparar antes de que la mujer pueda apretar el gatillo.

—Por favor, no hagas nada estúpido —dice Linda, interpretando también a Chris—. Sé cómo usar esto.

Iver contiene la respiración. Desde el camino de entrada, todavía puede escuchar a Leif luchando contra los zombies.

—Retrocede, por favor —dice Linda, moviendo el cañón.

Iver retrocede, y dos segundos después, Chris lo sigue, sin darle la espalda a Linda.

—¡Leif! —llama Linda, manteniendo la vista fija en Chris mientras cruza el umbral—. ¡Vamos!

Leif aparece detrás de ella, jadeando y gruñendo.

—Ya era hora —murmura, cerrando la puerta detrás de él—. Había demasiados ahí fuera...

Se detiene al notar que Linda apunta con la escopeta a Chris. Por un momento, los cuatro se miran, parados en el pequeño vestíbulo de entrada de Agnete.

—¿Qué está pasando exactamente aquí? —pregunta Leif, limpiándose el sudor de la frente. Todavía sostiene la pala ensangrentada. Iver puede oler el fétido olor metálico que emana de la hoja.

—Exactamente lo que te dije que pasaría —dice Linda en un tono frío—. Intentaron engañarnos. Intentaron dejarnos fuera.

—No hicimos nada de eso —responde Chris—. Sólo no quería que alguno de esos malditos muertos entrara aquí.

—Oh, por favor —dice Linda, esbozando una sonrisa irónica—. No me mientas. Te escuché hablando con él a través de la puerta. —Asiente hacia Iver.

Iver todavía está asombrado de cómo Linda logró acercarse sin que la notaran. Apenas la había escuchado tocar la bocina del coche veinte segundos antes, y luego, de repente, estaba allí. Obviamente, planeó el truco de antemano.

Chris no se altera.

—Bueno, ¿dejarías entrar a dos desconocidos?

—Por supuesto que no —le dice ella—. Por eso tuvimos que hacerlo de la manera en que lo hicimos.

—Felicidades por lograrlo —dice Chris—. Si no te importa, estoy muy cansado y me gustaría dormir un poco.

Sin esperar permiso, Chris simplemente se da la vuelta y entra en la sala de estar.

Linda mira a Leif, luego a Iver. Finalmente, baja el arma y le da un asentimiento a Leif. Ambos siguen a Chris a la sala de estar.

Iver se queda allí un segundo más. Está asombrado de cómo Chris simplemente aceptó a los intrusos. Pero, por otro lado, ¿qué podía hacer?

Bueno, supongo que nuestro grupo acaba de crecer...

TRECE

—¡Mierda!

William no pierde tiempo en girarse, simplemente lanza el extremo trasero del rifle hacia arriba y hacia atrás, conectando con la mandíbula del zombie más cercano, un tipo joven y delgado con un gran tatuaje que cubre su cuello. El joven estaba a punto de hundir sus dientes en el hombro de William.

La cabeza del tipo se echa hacia atrás y tropieza hacia un lado, chocando contra el otro muerto, un hombre de mediana edad con sobrepeso y con un uniforme de conductor de autobús desgarrado, lo cual es muy afortunado, porque le da a William justo el tiempo suficiente para apartarse. Se vuelve hacia los emboscadores y apunta el rifle hacia ellos, pero justo cuando está a punto de disparar, Ozzy salta frente a él, atacando al conductor del autobús.

Temiendo dispararle a Ozzy, William usa el rifle como un bate y golpea al tipo del tatuaje en el costado de la cabeza, derribándolo al suelo. Luego se da la vuelta hacia los niños y grita sorprendido al ver que el niño más joven está justo frente a él. El niño se lanza hacia él antes de que William tenga tiempo de apuntar y disparar. En cambio, logra levantar el rifle como una barrera, impidiendo que el niño lo alcance manteniéndolo a distancia. El niño lo agarra y muerde, sin prestar mucha atención al rifle presionado contra su pecho, simplemente intentando atravesarlo. Sin embargo, William es más fuerte y logra empujar al niño hacia atrás unos pasos.

Entonces, de repente, el niño cambia de táctica, muestra los dientes y va por la mano izquierda de William. William retira la mano una fracción de segundo antes de que el niño pueda morderlo.

William pateo al niño con fuerza en el estómago, esperando que salga volando hacia atrás. Pero de alguna manera, probablemente porque el niño no responde al dolor y no le quedan reflejos, simplemente se dobla como un saco de arena, colapsando frente a William.

La niña llega a él a continuación, rodeando de inmediato a su hermano, que ya está tratando de levantarse. William usa el breve tiempo para apuntar y disparar el rifle desde la altura de la cadera, lo cual resulta ser mucho más difícil que en las películas.

El rifle retrocede justo cuando el disparo suena, desequilibrando a William y haciéndolo girar a medio camino, casi resbalando de sus manos. La bala atraviesa la garganta de la niña, abriendo un agujero lo suficientemente grande como para que William, durante un terrible segundo, pueda ver a través de él. Sin embargo, en cuanto a detener a la niña, tiene poco efecto, sólo le causa un leve retraso mientras tambalea para recuperar el equilibrio, luego vuelve hacia él, justo cuando el niño más joven se levanta y su hermano mayor se une a la diversión.

—¡Ozzy! —ruge William, dándose cuenta finalmente de que es una batalla perdida, y corre hacia el coche más cercano—. ¡Vamos! ¡Aquí!

Ozzy todavía está luchando contra los emboscadores, habiendo derribado a uno de ellos y desgarrando la pierna del otro. Sólo lo suelta a regañadientes cuando William lo llama y corre tras él.

William abre de un tirón la puerta del coche y se lanza dentro. Ozzy salta tras él y William cierra la puerta de golpe justo segundos antes de que la niña llegue al coche y comience a tocar la ventana. Sus hermanos pronto se le unen, y William los observa, mientras se empujan entre ellos para acercarse más a él.

Ozzy se ha ido al asiento trasero y les está ladrando.

—Está bien, amigo —jadea William, limpiándose el sudor de la frente—. Ya estamos a salvo.

Apenas ha pronunciado las palabras cuando se escucha un gruñido del otro lado del coche, y el tipo del tatuaje asoma la cabeza y los brazos por la ventana abierta del pasajero.

—¡Oh, joder! —grita William, luchando por girar el rifle mientras el tipo intenta alcanzarlo. El tipo se inclina y agarra la camiseta de William, intentando acercarlo, justo cuando William aprieta el gatillo.

No pasa nada.

—¡Mierda!

William empuja el rifle hacia el tipo, golpeándolo en el ojo con el cañón, causando que el globo ocular estalle con un sonido húmedo, como si alguien pisara una uva. Sin embargo, esto no disuade al tipo en lo más mínimo, pero le da a William un par de segundos, que es todo lo que necesita para girarse en el asiento, levantar ambas piernas y comenzar a patear al tipo con las suelas de sus zapatos.

Varios de los golpes conectan, y la cabeza del tipo se balancea de un lado a otro. William puede escuchar los dientes crujir y sonar dentro de su boca, y el ojo reventado gotea por la mejilla del tipo y sobre el asiento, mientras William pateo cada vez con más frenesí.

Finalmente, el tipo es forzado hacia atrás lo suficiente como para que William pueda alcanzar su bolsillo, sacar una bala y recargar el rifle. Apunta y se asegura de colocar el extremo trasero contra su hombro esta vez, apoyando su espalda contra la puerta.

Aprieta el gatillo justo cuando el tipo se reagrupa y se lanza hacia adelante nuevamente. El disparo es absolutamente ensordecedor, martillando dolorosamente contra sus tímpanos, pero William apenas lo nota. La parte superior del cráneo del tipo se abre como una lata, mientras la bala extrae una parte de su cerebro del tamaño de un puño.

El hombre colapsa con el torso todavía dentro del coche. Inmediatamente, el conductor del autobús aparece desde atrás e intenta entrar a través de la ventana, pero el tipo del tatuaje bloquea la mayor parte de la ventana abierta, y el conductor del autobús sólo logra meter un brazo en el coche, con sus dedos gordos agarrando el aire.

Ozzy está ladrando ferozmente, pero William sólo puede escucharlo como un leve murmullo; su audición ha sido reemplazada por un agudo tono estridente resonando dentro de su cráneo.

Siente que alguien choca contra la puerta detrás de él y se gira para ver a los tres niños que todavía intentan entrar, para este punto, sus dedos han engrasado bastante la ventana, y sólo puede distinguir sus rostros como círculos pálidos y borrosos, con sus bocas abiertas formando oscuros "O".

William mira por las otras ventanas y ve a más muertos rodeando el coche. De hecho, hay varias docenas de ellos, y parece que vienen más cada segundo.

Mierda... Estoy jodidamente acabado...

Su mano va al encendido. Pero no hay llave.

Ozzy sigue ladrando desde el asiento trasero, y ahora también comienza a saltar de un lado a otro. William finalmente mira hacia atrás para decirle que se calme. Ve por qué Ozzy está actuando de manera tan alocada, y su corazón se detiene.

Una mujer muerta, que aparentemente estaba escondida en el maletero del coche, está avanzando torpemente hacia el asiento trasero, ignorando al perro que ladra, con los ojos fijos en William...

CATORCE

Dan sólo puede mirar con horror desde lo alto de la furgoneta mientras el grupo de zombies se acerca a William por detrás, abriéndose camino entre los coches estacionados.

Por primera vez, Ozzy no capta la amenaza inminente de inmediato, probablemente porque está ocupado ladrando a los tres niños muertos justo frente a ellos, o tal vez porque sus oídos todavía están zumbando por el disparo del rifle.

Cuando William finalmente ve a los zombies, es casi demasiado tarde. Dan puede ver que reacciona instintivamente, lanzando el extremo del rifle sobre su hombro y conectando con la barbilla del tipo que estaba a punto de morderlo.

Mientras el tipo es lanzado hacia atrás, otro inmediatamente da un paso al lado, y esta vez, no hay tiempo para que William balancee el rifle.

Por suerte, sin embargo, Ozzy ha captado la amenaza y se lanza sobre el muerto, derribándolo al suelo, dándole a William tiempo para prepararse y golpear al niño, que ahora está a una distancia peligrosa.

—Son demasiados —dice Dan, mirando a los zombies que aparecen repentinamente desde todas las direcciones. Es casi como si estuvieran escondidos entre los coches. O tal vez dentro de ellos. Lo cual, por lo que Dan sabe, no es tan improbable. Quizás fue el disparo lo que los llamó a todos—. Necesitamos ayudarlo...

Está a punto de saltar de la furgoneta cuando Åsaa lo agarra por el brazo, clavando sus uñas en su piel.

—¡Espera! —grita ella.

Dan asume que no quiere que la deje sola en la furgoneta y está a punto de decirle que tiene que ir, que no puede simplemente mirar mientras matan a William, pero luego sigue su mirada y ve a la señora gorda justo debajo, rasgando sus cordones.

—Mierda —murmura Dan y retrocede—. ¿De dónde salió?

—Están por todas partes —dice Åsaa, con la voz temblorosa—. Cometimos un gran error al bajar aquí...

Dan mira sobre la fila de coches y se da cuenta de que tiene razón en ambas afirmaciones. Docenas y docenas de muertos vienen en esta dirección como hormigas atraídas por un cono de helado que alguien dejó caer en la acera.

William está luchando por su vida, usando el rifle no como un arma de fuego, sino como un bate de béisbol, derribando a los zombies a diestra y siniestra, Ozzy está mordiendo y atacando junto a él. Juntos, apenas logran mantener unos pocos centímetros de espacio entre ellos y los muertos.

Pero es una batalla perdida.

Dan puede verlo.

A menos que haga algo, William no lo logrará.

Mira hacia abajo a la señora gorda, que ahora ha sido acompañada por una mujer más joven y mucho más delgada. Luego mira al siguiente coche. Es una ranchera, no tan alta como la furgoneta, pero aún lo suficientemente alta como para que los zombies probablemente no puedan alcanzarlo desde allí.

Mira a Åsaa.

—Tenemos que salir de aquí. Tenemos que intentar llegar al coche blanco.

—¿Qué? —exclama ella—. ¿Cómo?

—Tendremos que saltar.

—No, no puedo.

—Tienes que hacerlo —repite Dan—. O quedarás atrapada. Vamos.

Åsaa está a punto de objetar, y también lo está la mente de Dan, por lo que simplemente actúa antes de que cualquiera de ellos pueda disuadirlo. Da un paso atrás, luego se lanza hacia adelante y salta por el aire. Aterrizo en el techo de la ranchera y casi se tambalea hacia el otro lado, pero logra detenerse justo a tiempo y recuperar el equilibrio.

Mira de nuevo hacia Åsaa, que lo mira como si acabara de saltar por encima del Puente Golden Gate.

—Ahora te toca a ti —dice, extendiendo los brazos—. Vamos. Me aseguraré de que no caigas.

Siendo él y Åsaa casi de la misma altura, Dan no se siente en absoluto seguro de que realmente pueda evitar que caiga si se resbala, pero la mira con toda la certeza que puede reunir. Y parece

suficiente para convencerla, aunque claramente no le gusta en absoluto lo que está a punto de hacer.

Toma el mayor impulso que puede, luego salta sobre la ranchera. Dan la atrapa a medias, ambos luchando por mantener el equilibrio por un segundo.

—Muy bien —jadea, una vez que dejan de tambalearse—. Hasta ahora, todo bien. Sólo faltan dos más.

—No podemos —dice Åsaa, mirando a los zombies que intentan alcanzar sus pies; ahora son cinco, y más se unen todo el tiempo.

—Claro que podemos —dice Dan—. Ya lo hicimos una vez. Vamos.

Baja al capó del coche, usando su longitud como una pista de despegue muy corta para saltar. Vuela por el aire y aterriza en la parte trasera del siguiente coche, subiendo rápidamente al techo y fuera del alcance de los muertos.

Mira hacia atrás, haciendo señas a Åsaa.

—Vamos, te toca. ¡Rápido!

Åsaa baja al capó del coche. Pero a diferencia de Dan, no salta de inmediato, lo que da a los zombies la oportunidad de alcanzarla.

Åsaa grita cuando sus dedos raspan contra sus piernas desnudas.

—¡Salta! ¡Ahora! —grita Dan.

Åsaa salta.

No gana suficiente altura.

Aterriza con un solo pie en el coche. El otro se desliza hacia abajo. Grita y se aferra al maletero como un ratón que se ahoga. Los zombies se acercan a ella de inmediato.

Dan se inclina, la agarra del abrigo y la levanta en el último segundo posible. Ella escapa de las ansiosas manos muertas por sólo unos milímetros.

Se aferra a Dan y comienza a llorar.

—No puedo hacerlo... No puedo hacerlo...

Dan mira por encima de su hombro a William y Ozzy, que todavía están luchando contra los zombies. Se han alejado de la carretera, como si William estuviera tratando de huir de regreso a la ladera, pero los zombies lo están cortando desde todas las direcciones ahora, y no tiene más remedio que seguirlos golpeando, y derribándolos. La mayoría de ellos se vuelven a levantar, sin embargo.

Dan mira hacia el BMW. Es el siguiente coche. Y la puerta trasera sigue abierta. Casi puede saltar directamente desde aquí.

—Escúchame —dice, empujando suavemente a Åsaa—. Escucha. Está bien. Quédate aquí; yo iré por el coche.

Ella lo mira como si le costara entender el significado de las palabras, sus ojos desbordándose de lágrimas de miedo.

—Sólo quédate aquí, y mantente alejada de sus manos, ¿de acuerdo? —dice Dan.

Åsaa asiente, mirando a los zombies que intentan alcanzarlos desde ambos lados del coche.

Dan se vuelve hacia el BMW. Mira la puerta abierta y respira hondo. No hay zombies bloqueando su camino. Pero tendrá que ser rápido; tan pronto como haga el salto, se volverán hacia él.

Su tobillo, que se torció en el sótano, tratando de escapar de Jennie, ha estado mejorando cada día. Apenas le duele ahora. Pero el salto que está a punto de hacer podría volver a torcerlo, tal vez incluso peor que la primera vez. Tal vez se lastime lo suficiente como para no poder caminar. Tal vez...

«Deja de pensar en eso», se dice firmemente.

Mira hacia William y Ozzy, que están metiéndose en un coche al azar para buscar refugio, lo que inmediatamente le recuerda lo que está en juego.

Toma otra respiración profunda, luego salta.

QUINCE

—¡Joder!

William se apresura a recargar el rifle, mientras al mismo tiempo se empuja hacia atrás, tratando de crear distancia con la mujer que ha logrado escalar el asiento trasero y ahora extiende sus brazos entre los asientos delanteros para intentar agarrarlo. Pero hay muy poco espacio para moverse dentro del coche, y William sólo logra presionar su espalda contra el volante, haciendo que la bocina suene estridentemente.

Ozzy muerde el cuello del abrigo de la mujer, está usando un abrigo de piel que parece caro, probablemente decidió llevárselo si no iba a regresar a casa pronto, sólo que es una pena que esté rasgado por un lado, donde alguien se dedicó a devorar su vientre. Ozzy la tira de lado para que sus uñas pintadas no puedan alcanzar a William, y él gana unos segundos para meter otro cartucho en la recámara y cargar el rifle.

Justo cuando gira el cañón, se oye un desgarró cuando el abrigo cede, William no escucha el sonido, pero ve cómo ella se precipita hacia adelante al quedar de repente libre de la restricción, y grita mientras se echa más hacia atrás, quedando a medio camino bajo el volante, su espalda está doblándose en un ángulo doloroso con las piernas extendidas sobre la palanca de cambios.

La mujer se abalanza sobre sus pantalones, arañándolos con ansia, como un perro que huele un hueso enterrado, y William siente un pánico repentino al notar sus uñas a través de la tela.

Un pensamiento, sorprendentemente claro, atraviesa su mente: «Menos mal que no llevé pantalones cortos, o estaría muerto ahora».

Entonces, retira el rifle, metiendo el cañón torpemente entre él y la mujer. Lo apunta hacia su boca y aprieta el gatillo.

El disparo es menos ensordecedor esta vez, probablemente porque William ya está casi sordo, pero el efecto ciertamente está allí.

La cabeza de la mujer básicamente se parte en dos, la mitad superior inclinándose hacia un lado como si alguien hubiera cortado un huevo cocido y lo hubiera abierto para llegar al interior caliente. Lo que hay dentro del cráneo de la mujer no es tan apetitoso, sin embargo; se esparce por todo el techo, pareciendo a William algún tipo de papilla gris y grumosa.

El resto de la mujer se inclina débilmente hacia un lado y desaparece, misericordiosamente, de la vista detrás del asiento.

William se queda allí tumbado durante varios segundos, sin escuchar nada, pero sintiendo cómo su corazón late con fuerza en su pecho y cómo el aire entra y sale de su boca con dificultad. Hay un agujero en el techo del tamaño de una manzana y con la forma de una media luna, mostrando un pequeño contorno del cielo azul arriba, y William no puede apartar la vista de él.

Ozzy asoma la cabeza y lo mira con preocupación.

—Estoy bien, amigo —dice William, con su propia voz resonando como un eco lejano—. Gracias por salvarme el culo. Dame... dame un segundo para recuperarme un poco...

William vuelve a mirar el agujero en el techo una vez más. Hay algo muy reconfortante en mirarlo. Desde donde está, es prácticamente lo único que no está cubierto de sesos o sangre.

Aunque William apenas puede oír, su sentido del olfato funciona perfectamente, y el dulce y pútrido hedor del cerebro de la mujer le recuerda a ciruelas que se han echado a perder tras haber estado al sol. La náusea sube por su garganta.

Puede sentir el coche balanceándose suavemente mientras los muertos afuera lo empujan y sacuden, y se acuerda de la ventana abierta.

«Tengo que levantarme. Tengo que irme. No puedo quedarme aquí».

Por alguna razón, su cuerpo no reacciona. William no puede hacer que coopere. Debería estar asustado. La situación sigue siendo muy peligrosa. Pero no siente nada, excepto una inquietante necesidad de simplemente quedarse ahí tumbado y no pensar en nada.

«Estoy en shock», se da cuenta con un desconcertante desapego. Eso no es bueno. Será mejor que me mueva ahora mismo, o puede que nunca me levante.

Intenta moverse de nuevo, y esta vez, su cuerpo le responde, aunque se siente torpe, como si la conexión entre voluntad y acción aún fuera frágil. Le toma un par de minutos, pero logra subir al asiento. Se deja caer con un suspiro, y Ozzy inmediatamente comienza a lamerle la oreja, como si lo estuviera premiando.

—Gracias, amigo —murmura William, moviendo la mandíbula para recuperar la audición. Hace un chasquido, y en realidad ayuda un poco. Ahora puede captar los gemidos de los zombies

afuera.

Y hablando de eso... ahora hay tantos que William apenas puede ver a través de ellos. Al menos cincuenta, pero probablemente más cerca de cien. Verlos agrupados alrededor del coche le recuerda aquella vez que vio a los Foo Fighters tocar en el Festival de Roskilde.

—Joder, amigo —murmura William—. Nos hemos metido en un buen lío...

Vuelve a revisar el encendido, sin encontrar todavía la llave.

—Maldita sea... si pudiera encender el coche, podríamos salir de aquí conduciendo...

Mira de reojo la ventana abierta. El tipo del tatuaje sigue colgando allí, bloqueando la abertura. El conductor del autobús ha sido empujado a un lado y ahora otros dos zombies están intentando colarse. A William le parece una caricatura donde varias personas intentan pasar por una puerta al mismo tiempo y se quedan atascadas. Excepto que aquí no hay ningún efecto cómico.

Entrarán tarde o temprano... y no se detendrán hasta que eso suceda...

DIECISÉIS

Dan aterrizo sobre el asfalto, amortiguando la caída al agarrarse de la puerta abierta. Aun así, un dolor agudo le recorre el tobillo, haciéndolo fruncir el ceño.

Sin embargo, no parece que algo se haya roto o cedido, lo cual es bueno. Dan no tiene mucho tiempo para pensar en ello de todos modos; los zombies que rodeaban el coche del que acaba de saltar, ahora se dirigen hacia él.

Se lanza dentro del BMW y cierra la puerta de golpe.

Los sonidos disminuyen de inmediato, y también nota cómo la atmósfera es diferente dentro del coche; es más fresca, pero también hay un olor fétido en el aire, como si algo podrido hubiera estado por allí. Lo cual no está tan lejos de la verdad, ya que los tres niños muertos estuvieron atrapados aquí hace sólo unos minutos.

Dan mira hacia afuera y hacia arriba, hacia Åsaa, que lo observa con ansiedad. Él le hace un gesto de aprobación con el pulgar, y ella asiente.

Dan mira el tablero. Nunca ha estado dentro de un coche tan nuevo, grande o caro; su padre era contador y ganaba un salario decente, pero nunca podría haberse permitido un coche así.

Dan tampoco ha conducido realmente un coche, algo que recién se le ocurre ahora, excepto por esa única vez no hace mucho, cuando su padre lo dejó conducir por la cuadra, mientras lo instruía desde el asiento del pasajero.

—Supongo que aprenderé haciéndolo —se dice a sí mismo y busca el encendido mientras los zombies afuera comienzan a manosear las ventanas.

No puede encontrar ni la llave ni el encendido; en su lugar, hay un botón que dice START. Lo presiona. El tablero se ilumina, pero no pasa nada.

—¡Mierda!

Mira de nuevo hacia Åsaa, levantando las manos, diciendo en silencio: «¿Cómo lo enciendo?»

Åsaa parece captar la pregunta, pero sólo se encoge de hombros y sacude la cabeza.

Dan se muerde el labio. Busca algo que pueda ayudarlo; un manual o algo así. Su mirada se fija en un teléfono móvil que se quedó en el asiento del pasajero. Lo recoge y activa la pantalla. Muestra una foto de una mujer rubia de pie en lo que parece ser Disney World. Junto a ella, abrazados, están tres niños. Dan los reconoce y siente un nudo en la garganta. Por alguna razón, el rostro de Jennie aparece en su mente, y tiene que apartarlo con delicadeza.

Ahora no. Concéntrate en lo que estás haciendo.

Afortunadamente, no se necesita una contraseña para acceder al teléfono, y Dan abre el navegador. La página principal es de un medio de noticias noruego, y los titulares le gritan cosas que ya sabe.

Se detiene un segundo, recordando qué marca le dijo William que era el coche. Luego busca “Cómo encender un BMW X5”.

Un breve video de YouTube le dice qué hacer: pisa el freno, luego presiona el botón de Start.

Dan deja el teléfono y sigue la instrucción. El motor cobra vida de inmediato. Es sorprendentemente silencioso y produce una vibración muy sutil en el asiento.

Le hace otro gesto de aprobación a Åsaa, luego pone la mano en el volante, murmurando para sí mismo:

—Muy bien, puedes hacerlo. Recuerda lo que papá te enseñó.

Dan pone el BMW en reversa, y un monitor le da una vista en vivo desde una cámara en algún lugar en la parte trasera del coche. Los zombies están rodeando completamente el coche ahora, y tan pronto como lo pone en movimiento, comienza a empujarlos a un lado. Algunos de ellos tropiezan y quedan atrapados debajo del coche; Dan puede escucharlos golpeando contra los bajos, e incluso algunos son arrastrados bajo las llantas y siendo atropellados, haciendo que el BMW se balancee suavemente.

Dan hace todo lo posible por ignorarlos, se concentra en cambio, en dar la vuelta al BMW. Para hacerlo, necesita conducir más hacia el borde de la carretera, donde la hierba es alta. Se preocupa por un momento de que el coche se quede atascado, pero William tenía razón: no tiene ningún problema en conducir sobre el terreno irregular.

Sería un gran desafío conducir el coche incluso sin las personas muertas rodeándolo, bloqueando constantemente su vista. Pero Dan logra acercarse lo más posible a William; sin embargo, no puede llegar hasta él, ya que el coche en el que William buscó refugio está en el carril opuesto, lo que significa que hay un carril entre ellos. Y los coches en ese carril están estacionados parachoques con parachoques.

Se detiene y mira hacia el coche de William. Puede verlo saludando brevemente antes de que el grupo de zombies que rodean ambos coches les corten la vista.

Dan baja la ventana media pulgada. Los muertos afuera inmediatamente empujan sus dedos grises a través de la grieta, y sus voces quejumbrosas llenan los oídos de Dan.

—¡William! —grita—. ¿Puedes oírme?

Espera una respuesta, escuchando con atención. Luego, sobre el coro de voces de zombies, escucha a William gritar:

—¡Apenas te oigo!

Dan se muerde el labio. Esto no va a funcionar. Si van a idear un plan para que William pase de su coche al BMW, necesitan poder comunicarse.

Dan mira el teléfono en el asiento junto a él. William también tiene un teléfono, pero Dan no tiene su número.

Grita por la ventana:

—¿Cuál es tu número?

Estira el cuello y ve a William mirándolo. Dan levanta el teléfono. William levanta las cejas. Luego levanta dos dedos. Al principio, Dan lo toma como un signo de paz, pero luego William levanta cuatro dedos.

—Oh —dice Dan—. ¡Espera!

Teclea 24.

William señala el resto del número con los dedos. Como Dan lo pierde de vista cada cierto momento, se equivoca un par de veces. Pero finalmente, lo logra. Hace la llamada y William contesta de inmediato.

—Johnny's Taller Auto Reparaciones, ¿en qué puedo ayudarte?

Es un chiste tan malo e inesperado que Dan no puede evitar soltar una risa.

—Me alegra que hayas llegado a salvo.

—Sí, bueno, no celebremos demasiado pronto. Oye, no sabía que tenías licencia de conducir.

—No la tengo.

—Bueno, entonces tienes un natural.

—¿Cómo te sacamos de ahí?

William suspira.

—Realmente no lo sé, amigo. Simplemente no lo sé. No pinta bien.

De repente, hay algo en la voz de William que a Dan no le gusta nada. Ha visto a William enojado y molesto, incluso triste, pero nunca había captado ese tono de voz antes. Suena como si

William estuviera a punto de perder la esperanza.

—Está bien, sólo necesitamos resolverlo —dice Dan.

—Sí, bueno, hay como seis metros entre nosotros, y esos seis metros están llenos de zombies. No veo cómo vamos a lograrlo.

Dan siente que su ritmo cardíaco aumenta.

—Pensemos un momento. Hay tres opciones según lo veo. O te traemos aquí. O llevamos el coche hacia ti. O nos deshacemos de los zombies. ¿Verdad? ¿Ves alguna otra manera de hacerlo?

—Creo que eso lo cubre.

—Bien. Entonces, ¿podemos traerte aquí?

—No, a menos que de repente me crezcan un par de alas.

—¿La llave no está en el coche?

—No.

—¿Y no puedes abrirte paso a tiros?

—Eso no funcionaría; hay demasiados.

—¿Qué tal dispararles desde el coche?

—Sólo me quedan veintidós balas. Ya las conté.

—Veintidós no está mal —dice Dan—. Al menos reduciría la multitud.

—No, no lo haría —dice William, su voz volviéndose aún más desanimada—. Incluso si todas fueran disparos perfectos a la cabeza, veintidós serían como una gota en el océano. Quiero decir, ¿has mirado afuera? Hay al menos doscientos de ellos ahora.

Dan se muerde el labio.

—¿Qué hay de Ozzy?

—¿Qué hay de él?

—¿Puede hacer algo para ayudar? Él es inmune, ¿no?

—Sí, pero no lo veo matando doscientos zombies. Le tomaría como una semana.

—¡Espera! —Dan chasquea los dedos—. ¿No podrías, como... disfrazarte? Tal vez si no pueden verte, o... no lo sé... si piensan que ya estás infectado, te dejarán en paz.

Hay una breve pausa.

—Pensé en eso. En *The Walking Dead*, hacen esto de frotarse con los jugos de un zombie muerto y luego los otros zombies no pueden olerlos o algo así. Pueden caminar entre ellos sin ser atacados.

Dan siente una chispa de esperanza.

—¿Crees que podría funcionar?

—No lo sé, depende de si se guían por el olfato o por otra cosa.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿no crees? —Dan mira hacia el coche de William—. El tipo muerto en la ventana, ¿no podrías usarlo?

—Si empiezo a jugar con él, corro el riesgo de que los demás logren entrar. Ahora mismo, él es lo único que los mantiene fuera.

—Está bien, pero...

—Tengo a alguien más, sin embargo.

—¿En serio?

Luego hay otra breve pausa.

—Hay una mujer aquí. Supongo que era la dueña del coche. Ya estaba aquí. Le disparé.

—¡Eso es perfecto! Inténtalo, William.

Esta vez hay una pausa más larga.

—No estoy seguro de poder hacerlo.

—¿Por qué no? ¿No puedes llegar a ella?

—Sí, pero... entiendes de lo que estamos hablando, ¿verdad? ¿Frotarme con los jugos de un cadáver medio podrido? No es precisamente algo atractivo.

—Lo sé, pero tienes que...

—Y ni siquiera creo que se guíen por el sentido del olfato de todos modos.

—¿Por qué no?

—Porque es mucho más probable que se guíen por otro tipo de sentido, como un sexto sentido. Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas? ¿Cómo nos habrían encontrado en la casa de Holger? No me digas que podían olerlos desde kilómetros de distancia dentro de una casa construida con ladrillos. No hay depredadores en el mundo que puedan captar un olor así. Y, sin embargo, vinieron desde la ciudad y se dirigieron directamente hacia nosotros.

Dan lo piensa y se da cuenta de que William tiene razón y que Dan ya lo sabía. Sólo estaba buscando desesperadamente alguna solución.

—Está bien, entonces no hay forma de sacarte de allí —continúa—. ¿Podemos llevar el coche hacia ti, entonces?

—Tampoco veo que eso ocurra.

—Si pudiera cruzar el carril del medio...

—Sí, pero se extiende por kilómetros en cada dirección. Y aunque encontraras un hueco por el que colarte y acercaras el coche al mío, ¿cómo lo haríamos?

—Aparcaríamos los coches justo uno junto al otro y tú pasarías por las ventanas.

—Amigo, escucha lo que estás diciendo. Pasarías horas trayendo el coche aquí y estacionándolo justo en la posición correcta, y aunque lograras hacer todo eso, no hay forma de que pueda pasar de este coche al tuyo sin que me alcancen y me arañen.

Dan comienza a sentir que se le seca la boca.

—Está bien, entonces queda una opción: nos deshacemos de los zombies.

William resopla.

—¿Vas a encontrar una ametralladora y hacerte el Rambo con ellos?

—Podría... podría incendiarlos a todos.

—¿Usando qué?

—Podría conducir hasta Bergen y encontrar gasolina.

—Eso no va a funcionar. Sólo me cocinarías vivo aquí.

—¿Qué tal atraerlos lejos?

—Tendrías que acercarte más a ellos de lo que estoy yo, y eso no se puede hacer.

—Está bien. Está bien, entonces... entonces... —Dan trata con todas sus fuerzas de encontrar algo que decir, pero las palabras se le escapan.

—Dan, escucha —dice William, y ahí está ese tono de voz otra vez—. Ya lo pensé en mi cabeza...

—No —dice Dan con fiereza, de repente rechinando los dientes, mirando fijamente hacia William—. No vas a hacerlo. No te vas a rendir. ¿Me oyes? Te vamos a sacar de ahí.

Vislumbra a William sacudiendo la cabeza.

—A menos que logre encender esto y salir de aquí por mi cuenta, no hay manera —dice—. De todos modos, no hay nada más que puedas hacer. Creo que deberías irte.

—No...

—Conduce hasta Bergen y encuentra un barco que te lleve a Dinamarca.

—¿Y tú qué? —La voz de Dan tiembla ahora—. ¿Vas a sentarte ahí y esperar a morir de sed?

—Eventualmente, tal vez. Primero intentaré encender el coche, pero no tengo muchas esperanzas. Estos coches más nuevos no se pueden hacer arrancar como lo hacía Bruce Willis en los años ochenta. Pero lo intentaré, lo prometo. Todavía tengo batería en mi teléfono, así que probablemente pueda buscarlo en Google.

—Sí, haz eso —le insta Dan—. Intenta encenderlo. Yo esperaré.

—Podrían ser horas.

—No me voy a ir.

—Creo que deberías irte.

—¡No me voy a ir!

William suspira.

—Sí, lo harás. ¿Y sabes por qué? Porque es lo correcto.

—No, no lo es.

—Sí lo es. Vas a salvar el mundo, ¿recuerdas? Eso es mucho más importante que salvarme a mí.

Dan siente ganas de llorar. Ya dejó a William atrás una vez, pero esta vez será de verdad. Y lo dejará con la certeza de que William morirá.

—Escucha, ahora tengo tu número —continúa William—. Si logro encender esto, te llamaré.

—¿Y si... y si ya me fui a Dinamarca para entonces?

—Entonces supongo que intentaré alcanzarte. Pero estos son grandes "sis", Dan. No cuentes con nada de eso. Sólo concéntrate en volver a esa casa. Termina con esto para que no haya sido en vano.

Dan se sorprende al escuchar la voz de William temblar. Lo mira, pero cuando lo vislumbra, William ha girado la cara.

—Prométeme eso, ¿de acuerdo? Prométeme que llegarás hasta el final.

Dan abre la boca, dudando, pensando que no puede prometer eso, que si lo hiciera, estaría aceptando el hecho de que William no vendrá, y no hay manera de que acepte eso.

—Lo prometo —susurra.

DIECISIETE

Iver es despertado de un muy buen sueño profundo y sin sueños.

Al principio, no recuerda nada. Está tan cansado y sólo quiere seguir durmiendo. Pero algo le dice que necesita despertarse.

Abre los ojos lentamente y con dificultad, encontrándose en un sofá en una habitación desconocida. La luz del sol entra a raudales por las ventanas.

¿Dónde estoy?

Por un momento, está seguro de que estuvo bebiendo anoche.

Luego, todo vuelve a él.

El ferry.

Los muertos vivientes.

La casa de Agnete.

Se incorpora, sintiéndose mareado, y luego se dirige a la ventana y mira hacia afuera. Está en el segundo piso y la vista sobre la isla es bastante impresionante. El pueblo a lo lejos, con todas las pequeñas y pintorescas casas y calles estrechas; las colinas verdes y los arbustos de escaramujo a lo largo del camino de grava que conduce a la casa de Agnete; sin mencionar el agua azul en el horizonte, brillando bajo el sol de la mañana.

Lo único que arruina la imagen son las figuras tambaleantes, sus movimientos rígidos y antinaturales, sus ropas mojadas y andrajosas, sus expresiones vacías. También puede ver humo elevándose de algo que arde en algún lugar, y varias de las casas tienen ventanas tapiadas con muertos parados justo afuera, tratando de entrar.

Al menos no somos los únicos sobrevivientes en la isla.

El pensamiento lo hace recordar a Adam.

Cuando Iver finalmente regresó a la casa anoche, Agnete y el niño pequeño estaban durmiendo. Chris se fue directamente a la cama y Charlotte se quedó despierta, vigilando. Linda y Leif se quedaron abajo.

Iver va al pasillo y encuentra las otras dos puertas del piso de arriba abiertas, tanto la de la habitación del niño como la del dormitorio de Agnete. Las revisa y las encuentra vacías.

Desde abajo, puede escuchar a alguien hablando.

Baja la escalera y encuentra a todos reunidos alrededor de la mesa del comedor de Agnete. La atmósfera aquí es bastante diferente a la de arriba, debido a que todas las ventanas están tapiadas y las lámparas proporcionan una iluminación artificial.

Agnete está alimentando a Adam, y los demás parecen haber terminado de comer ya, a juzgar por los platos vacíos.

Linda y Leif están sentados uno junto al otro, frente a Chris y Charlotte, como una incómoda cita de pareja dispareja que ninguno disfruta.

El único que habla es la radio, la misma voz masculina de ayer.

—¿Podemos apagar esa mierda?— dice Linda, asintiendo hacia la radio en la encimera.

—Necesitamos estar informados— dice Chris.

—Bueno, realmente no nos dice nada que no sepamos ya.

—Podría hacerlo —responde Chris tranquilamente, sin moverse.

—Entonces la volveremos a encender más tarde —replica Linda, levantándose y caminando hacia la radio. La apaga con un suspiro de alivio, murmurando mientras se sienta de nuevo—: Eso me estaba poniendo los nervios de punta.

Chris, que puede alcanzar la radio desde donde está sentado, estira un brazo y, sin quitar los ojos de Linda, la vuelve a encender.

—Aquí no das las órdenes, le dice a Linda, que lo mira con furia desde el otro lado de la mesa—. Pero llegaremos a un compromiso —Luego baja el volumen—. ¿Qué tal así?

Leif y Charlotte intercambian una mirada, luego miran a Linda, esperando su reacción. Incluso Agnete percibe que se avecina una discusión y deja de darle la papilla a Adam, haciendo que él estire la mano para alcanzar la cuchara.

Linda se masajea el interior de la mejilla con la lengua.— Está bien.

—Está bien— repite Chris. Sonríe y mira a los demás—. ¿Ven? Ya estamos aprendiendo a llevarnos bien aquí. Ahora, ¿podemos hablar?

—Aún estamos esperando a Iver —interviene Agnete.

Iver se aclara la garganta y da un paso más cerca.— Estoy aquí.

—Oh, mira quién finalmente está descansado —comenta Chris, volviéndose para mirarlo—. ¿Estabas cansado después de tu pequeña misión anoche?

Iver lo ignora y se dirige a Agnete— ¿Durmió bien?

Ella lo mira y sonríe.

—Durmió como un tronco. Y no ha dejado de comer desde que se despertó.

—Bueno, es bueno que tenga apetito —dice Iver, acariciando la cabeza de Adam y sintiéndose de inmediato incómodo al notar las miradas de los demás sobre él.

—¿Es tuyo? —pregunta Leif.

—No, sólo... lo traje del ferry. Su mamá... bueno, ya sabes...

Leif asiente con una expresión sombría.

—Siéntate y come algo —le dice Agnete a Iver en un tono cálido—. Debes estar muerto de hambre.

Lo está, pero al mismo tiempo su estómago se siente muy apretado. Probablemente por la tensa atmósfera en la habitación. Se sienta en el único plato sin usar y se sirve pan y una rebanada de queso.

—Ya que el resto de nosotros ya hemos sido presentados —dice Chris—, sólo te daré un resumen sobre Iver aquí. Nunca ha usado un arma antes, pero dice que está dispuesto a aprender. Tiene debilidad por el bebé, como ya habrán notado. Oh, y es gay.

Iver deja de untar su pan para mirar a Chris, sintiendo el calor subir a sus mejillas. Esa última información obviamente estaba dirigida a Linda.

—¿Era realmente información esencial?— pregunta Iver, manteniendo la voz tranquila.

—¿Por qué? —responde Chris con una sonrisa burlona—. ¿Te avergüenzas de lo que eres?

Iver niega con la cabeza y sigue untando la mantequilla, murmurando: —Al menos no soy un idiota.

—Bien —sigue Chris, fingiendo no escuchar—. Hablemos de estrategia, amigos. Ahora estamos juntos, nos guste o no. Quiero decir, todos son libres de irse en cualquier momento, por supuesto, pero no creo que nadie esté interesado en eso. Especialmente porque significa abrirse camino entre nuestras hordas de fanáticos ahí fuera, que se mueren por un autógrafo. Así que, tenemos que hacerlo funcionar. Necesitamos algunas reglas básicas. Necesitamos asignar trabajos y rangos.

—¿Mencionaste algo sobre servir en el ejército? —pregunta Linda, enviando a Leif una sonrisa irónica—. Porque sueñas como un sargento instructor ahora mismo.

—Lo hice —dice Chris—. Y eso es exactamente lo que necesitamos aquí: alguien que ponga las cosas en un sistema. Si no estamos organizados, entonces básicamente estamos tirando los dados para que no pase nada malo. Y algo malo pasará, créeme.

Linda cruza los brazos. —No confío en la gente que acabo de conocer —Chris está a punto de decir algo cuando ella lo interrumpe—. Pero estoy de acuerdo contigo. Necesitamos tener un plan para lo que haremos cuando las cosas se pongan feas.

—Exactamente —dice Chris, enviándole a Linda una sonrisa que por primera vez parece genuina.

Ella no la devuelve, pero mira a los demás —Somos seis en total. ¿Quién hará qué?

—Necesitamos aprovechar nuestras fortalezas —interviene Chris, antes de que alguien más tenga la oportunidad—. Tú, por ejemplo —Señala a Leif—. Eres fuerte como un demonio. Definitivamente te usaremos para reorganizar las habitaciones y colocar sacos de arena.

—¿Sacos de arena? —dice Agnete—. ¿Dónde?

—Enfrente de las puertas, por supuesto —dice Chris—. La delantera y la trasera y la del salón. Creará barricadas mucho más fuertes. El número de idiotas muertos ahí fuera ya está creciendo, y no confío en que las cerraduras soporten la presión para siempre.

—¿Pero de dónde sacaremos sacos de arena? —pregunta Leif, mirando a Agnete—. No supongo que tengas algunos por ahí.

—Ciertamente no los tengo —responde Agnete.

—Tienes varios rollos de bolsas de plástico en el sótano —dice Chris—. Y también tienes un piso de concreto muy viejo allí abajo. Necesitaremos romperlo y cavar suficiente arena para llenar al menos diez bolsas —Vuelve a mirar a Leif—. Esta será otra tarea para ti, y...

—Espera— lo interrumpe Agnete—. ¿Estás diciendo que quieres romper el piso?

—Así es —sigue Chris con calma—. Nos dará más de una ventaja. Por ejemplo, nos proporcionará un montón de fragmentos de concreto que podemos usar como armas defensivas —Cuando los demás alrededor de la mesa lo miran cuestionando, agrega—: Estoy hablando de lanzar cosas a las cabezas de los zombies.

—¿Y cuáles son las otras ventajas de destruir mi casa? —pregunta Agnete en un tono cruzado.

Chris le envía a Linda otra mirada rápida, luego dice de manera despreocupada—: Hablaremos de eso más tarde. Si se vuelve relevante.

Iver mira a Linda justo a tiempo para captar el casi imperceptible asentimiento que le envía de vuelta a Chris. Iver frunce el ceño. Es como si algo implícito acabara de pasar entre los dos.

«¿Qué diablos está pasando? Hace un minuto se estaban arrancando la cabeza, y ahora están hablando de algo que no quieren que los demás sepamos».

Iver mira a Charlotte y la ve mirando a Linda. Su expresión es de un desprecio mal disimulado, lo que sólo hace que Iver se sienta más confundido, como si se hubiera perdido algo.

«¿Pasó algo antes de que bajara?»

Mientras Chris continúa, Iver hace una nota mental de preguntarle a Charlotte sobre esto más tarde.

—Creo que tu papel también es obvio —dice Chris, señalando a Agnete—. Te encargarás del niño —Se vuelve hacia Iver—. Lo siento, pero te necesitamos para otras cosas.

—Seguro —dice Iver en un tono reservado, tomando un bocado de su pan y tratando de actuar casual—. ¿Como qué?

—Eres rápido. Te vi correr ayer. Muy ligero. Casi gracioso. Estás obviamente en excelente forma. Estoy seguro de que puedes superar a cualquiera en cualquier momento. Especialmente a los muertos.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres que salga a correr?

—Más o menos, sí. Serás nuestro mensajero. En algún momento, necesitaremos enviar a alguien a buscar algo. Provisiones, armas, comida, información, un vehículo, lo que sea. Y definitivamente eres nuestra mejor opción cuando llegue ese momento.

Iver mira hacia las ventanas de la cocina. No puede ver a los zombies afuera, excepto cuando uno de ellos pasa por las grietas entre las tablas, pero los puede escuchar claramente. Sus gemidos, voces guturales. Sus uñas rascando el vidrio.

La idea de salir de nuevo, incluso a plena luz del día, es suficiente para hacer que su sangre se enfríe. Sin embargo, no dice nada.

Chris no le da tiempo para responder de todos modos, sino que sigue directamente hacia Charlotte—. Tú —dice—. ¿Cuáles son tus fortalezas?

Charlotte parece como si alguien la hubiera sacado de un sueño. Parpadea y se endereza, aclarando su garganta—. Uhm, bueno... tengo... soy buena para... mantener la calma en... situaciones estresantes.

A Iver nunca le gustó particularmente Charlotte, pero aun así se siente mal por ella. Esa respuesta fue probablemente la peor que podría haber dado, considerando cómo reaccionó durante la situación con la ventana ayer. Y puede darse cuenta de que ella lo realiza incluso mientras las palabras salen de su boca, porque la mirada que le envía a Chris es muy culpable.

—Sí, puedo darme cuenta —gruñe Linda.

Charlotte gira la cabeza y la mira con odio —¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, sólo dar una respuesta para esa pregunta ya te puso nerviosa.

—Vete al diablo. No me conoces.

—Woah —dice Chris—. Tratemos de mantener las cosas civiles.

—¿Civiles? —estalla Charlotte, señalando a Leif y Linda—. ¿Como cuando ellos amenazaron para entrar aquí? ¿Qué tan civilizado es eso?

—Bueno, ahora están aquí —dice Chris en un tono diplomático—. Así que tenemos que hacer que funcione.

Charlotte niega con la cabeza y mira a Iver —¿Estás de acuerdo con esto? ¿Con que estén aquí?

Iver se encoge de hombros. —¿Qué quieres que diga, Charlotte?

—Cobarde —se burla, volviéndose hacia Agnete—. ¡Y tú! ¡Esta es tu casa!

Adam empieza a llorar, proporcionando a Agnete la excusa perfecta para no responder. Lo levanta de la silla y va a la sala para consolarlo.

Charlotte se levanta y mira con odio a Linda.

—Parece que estás en minoría —dice Linda con calma.

—Siéntate, Charlotte —dice Chris—. Terminemos el...

Charlotte lo interrumpe—: Sólo porque quieres acostarte con ella no significa que tenga que sentarme aquí a escuchar sus tonterías.

Luego gira sobre sus talones, casi volcando su silla mientras sale de la habitación.

—Así que ahí está el meollo del asunto— dice Linda, mirando a Chris con una sonrisa astuta—. Tiene un crush contigo.

Iver se siente estúpido por no haberlo notado antes. Ahora que lo piensa, la forma en que Charlotte le habla a Chris, la forma en que lo mira cuando habla, ha sido obvio desde que dejaron el ferry.

—Bueno, ese es su problema —dice Chris—. Sólo le asignaremos servicio de cocina. Estará a cargo de racionar y cocinar la comida. Creo que puede manejar eso.

—¿Crees que se irá?

Chris sacude la cabeza —Ni de broma. Es demasiado cobarde para salir ahí fuera sola.

—Entonces, ¿será un problema?

—Nah, sólo necesita calmarse. Ajustarse a la nueva situación, supongo.

Linda asiente, aparentemente aceptando la respuesta. Un momento de silencio atraviesa la cocina. Desde el interior de la sala, Agnete está cantando para Adam, y él ya no está llorando.

Iver se da cuenta de un nudo creciente en su estómago. Esta reunión no está yendo en absoluto como esperaba. Es obvio que algún tipo de lucha de poder está ocurriendo, y sorprendentemente, Chris parece estar del lado de Linda. Considerando cómo ha estado actuando Chris hasta ahora, esto es muy extraño para Iver.

¿Es algún tipo de movimiento manipulador? ¿Está Chris haciéndole creer a Linda que tiene el control al unirse contra todos los demás?

No, Iver no lo cree. Chris parece lo suficientemente honesto. Parece que realmente está formando una alianza con Linda.

Y una vez que esa palabra aparece en la cabeza de Iver, también lo hace la respuesta.

Es una alianza. El macho alfa y la hembra alfa. Justo como en la secundaria. No se sienten amenazados por el poder del otro; se sienten atraídos por él.

Esto tiene mucho sentido y hace que todo encaje en un segundo. Por qué Charlotte actuó como lo hizo; obviamente lo notó mucho antes que Iver. Por qué Chris no actúa como si Linda fuera una rival. Y por qué Linda, que fue extremadamente sospechosa con Iver ayer, parece ya haber comenzado a confiar en Chris.

Iver mira a Leif, que parece que apenas está prestando atención a la reunión, pero está más interesado en su café. Tan grande y fuerte como es, obviamente tiene un ego pequeño y se mantiene alejado de cualquier lucha de poder. Lo que explica perfectamente por qué Linda era la jefa de él cuando sólo estaban los dos.

—Eso sólo nos deja a ti y a mí —dice Chris a Linda, mirándola como si fueran los únicos en la mesa y confirmando la teoría de Iver—. Quedan dos roles por llenar. ¿Dónde te ves en esto?

Linda no responde inmediatamente, pero despliega los brazos, recoge su tenedor y comienza a girarlo lentamente entre sus dedos. Iver nota que sus uñas son largas y no están rotas.

—Soy buena estando a cargo —dice sin rodeos—. Solía trabajar en gestión.

—Puedo darme cuenta —dice Chris—. Entonces, ¿quieres ser la capitana?

Linda sigue mirando su tenedor mientras se encoge de hombros —Creo que me iría mejor como jefa de personal. No soy buena siendo la figura principal, eso nunca fue una de mis responsabilidades en la vida corporativa.

—¿Cuáles eran tus responsabilidades, entonces?

—Manejar asuntos internos, principalmente.

Chris levanta una ceja —¿Te refieres a despedir gente?

—Entre otras cosas, sí. Siempre tenía voz en las decisiones importantes. Simplemente nunca fui la que realmente apretó el gatillo, por así decirlo.

—¿Entonces asesora principal del capitán?

Linda piensa por un momento, luego asiente —Creo que eso funcionará.

—Bien —dice Chris, recostándose—. Bueno, por eliminación, sólo nos queda un asiento, lo que significa que tendré que ser el capitán.

Leif parece finalmente captar la conversación y le envía a Chris un rápido asentimiento como forma de admisión.

—¿Cuál es tu primera orden, Capitán? —pregunta Linda, dejando el tenedor y finalmente mirando a Chris.

Chris la mira por un momento, luego toma su taza y la extiende a través de la mesa —Que mi jefa de personal me sirva una segunda taza de café.

Linda mira de la taza a la cafetera justo a su lado. Luego le sonríe a Chris, toma la cafetera y dice:— Tú eres el jefe.

DIECIOCHO

Resulta que William tenía razón: conducir por el sendero de excursionistas es más fácil de lo que uno podría pensar.

Åsaa es una conductora cuidadosa, y evita los peores baches y agujeros. El coche también es muy bueno para conducir en este tipo de terreno, haciendo sólo ligeros movimientos de balanceo, casi como meciendo a Dan para que pueda dormir, mientras avanzan por el paisaje montañoso y el día se va convirtiendo en tarde.

Está sosteniendo el teléfono en la mano, todavía esperando que William llame.

La radio está encendida, tocando música suave. A Dan le sorprende que algunas estaciones sigan funcionando.

Subir a Åsaa al coche fue sorprendentemente fácil; Dan sólo tuvo que acercar el coche al que ella estaba encima y hacer que saltara. Luego abrió el techo solar y ella bajó.

Si solo llegar a William hubiera sido tan fácil como eso.

Dan está a punto de quedarse dormido cuando Åsaa dice: —Ahí. Lo veo.

Dan se endereza y mira hacia adelante. Encajado entre dos colinas está Bergen. La ciudad se ve bastante extraña en la luz del atardecer. Tal vez sea porque no hay luces de calle encendidas.

—Parece que se fue la luz —murmura Åsaa, confirmando los pensamientos de Dan—. Realmente espero que no encontremos una ciudad fantasma.

—¿Cuándo debían salir los barcos? —pregunta Dan—. Los que te dijeron que te llevarían.

—Esta mañana —dice Åsaa, apretando el volante—. Temo que los últimos ya se hayan ido.

Dan se muerde el labio. —Sólo nos queda esperar y ver.

En veinte minutos, llegan al límite de la ciudad. Las colinas se convierten en campos abiertos con fábricas que forman una zona industrial. Finalmente, pueden volver a una carretera mientras se dirigen hacia Bergen.

La ciudad está inquietantemente tranquila, y las calles están sorprendentemente despejadas de vehículos. Es casi como si las hordas de personas que intentaban llegar a Bergen nunca lo hubieran hecho, quedando atrapadas en las afueras de la ciudad. Sin embargo, hay muchas otras cosas inquietantes que abarrotan las calles, como ropa, bolsas, incluso muebles y toneladas de vidrios rotos de ventanas destrozadas. Dan también nota varios signos de tiroteos; casquillos brillantes están esparcidos por el suelo y de vez en cuando ve coches o fachadas de edificios cubiertos de pequeños agujeros de bala, haciéndolos parecer gigantescas casas para insectos.

También está la señal más obvia: cuerpos yacen en cada esquina. Son personas de todas las edades, todas con heridas más o menos visibles. A juzgar por su piel gris, la mayoría ya estaban muertos cuando fueron asesinados.

Dan intenta no mirar demasiado de cerca sus rostros mientras avanzan por las calles.

—Parece que este lugar fue invadido antes de lo esperado —dice Dan con gravedad.

—¿Crees que eso significa que los barcos aún no han salido? —pregunta Åsaa, con evidente esperanza en su voz, mientras esquiva un carrito de compras volcado.

—O eso, o se fueron aún más pronto —dice Dan.

Cuanto más se adentran en la ciudad, más zombies aparecen también. No es nada como la horda que encontraron en la autopista, más bien son vagabundos y pequeñas pandillas. Parecen estar barriendo las calles sin rumbo o reuniéndose alrededor de ciertos edificios.

—Supongo que alguien sigue vivo aquí —comenta Åsaa, señalando hacia un edificio. Desde el tercer piso, una sábana blanca cuelga de una ventana. Alguien escribió en ella con pintura roja: AYUDA.

Dan ya ha notado varios lugares donde rostros pálidos miran desde las ventanas, y supone que varios miles de personas podrían estar aún escondidas en Bergen, habiendo logrado atrincherarse en sus hogares.

Cruzan una intersección donde dos coches han chocado y están abandonados. Un tipo cuelga de la puerta abierta de uno de ellos, con la cabeza destrozada.

—¿Es ese el puerto? —pregunta Dan, señalando hacia adelante, donde una franja azul se ha vuelto visible entre los edificios.

—Creo que sí.

A medida que avanzan, la calle se vuelve cada vez más concurrida. Varios coches están abandonados en la carretera, y en más de un lugar, Åsaa tiene que conducir sobre la acera para poder pasar.

Se escucha un disparo en algún lugar. Luego, vuelve el silencio.

Una furgoneta ha chocado contra un poste de luz y una treintena de zombies se ha reunido a su alrededor, empujándose para ponerse al frente, como fans entusiastas esperando ver a una celebridad.

—¿Deberíamos parar e intentar ayudar? —pregunta Åsaa débilmente, su voz está traicionando lo que espera que sea la respuesta.

—No —dice Dan, respirando por la nariz mientras pasan junto al grupo de zombies; un par de los más cercanos se dan la vuelta brevemente para agarrar el BMW antes de volver a la furgoneta—. Si no pudimos ayudar a William, tampoco podremos ayudar a quien esté en ese coche.

—Probablemente tengas razón —suspira Åsaa.

Dan percibe el sonido de un motor que se acerca rápidamente, y mira en el espejo, esperando ver un coche acercándose por detrás, pero no hay nada.

En su lugar, un caza aparece de la nada y pasa por encima. Incluso dentro del coche, el sonido es ensordecedor durante un par de segundos antes de desaparecer finalmente.

Åsaa y Dan se intercambian una larga mirada.

—¿Crees... crees que van a bombardear la ciudad? —pregunta Åsaa.

—No lo sé —dice Dan—. Espero que no. No mientras haya sobrevivientes.

Pero la verdad es que dejó de prestar atención a las noticias hace varios días. Por lo que él sabe, el mundo podría estar colapsando y los gobiernos podrían estar en una guerra total contra los zombies.

—Oye, tal vez estén diciendo algo en la estación local —dice Åsaa y enciende la radio en otro canal, encontrando estática al principio, luego una voz masculina está hablando en noruego en un tono grave.

—... mensaje urgente a los ciudadanos de Bergen: permanezcan en el interior en todo momento. Eviten el contacto con otros a toda costa. Esto incluye a familiares cercanos si ellos mismos han estado en contacto con una persona infectada. No hay razón para entrar en pánico. La ayuda está en camino. El ejército está combatiendo la enfermedad y ganaremos. Repito este mensaje urgente a los ciudadanos de Bergen...

Antes de que el mensaje pueda repetirse, Dan se adelanta y baja el volumen. —Está mintiendo — dice con voz ronca.

—Tal vez sólo esté tratando de dar esperanza a la gente— sugiere Åsaa.

—Eso sigue siendo una mentira.

Guardan silencio por un momento.

—Vi ese clip con el presidente estadounidense —continúa Åsaa—. ¿Lo viste?

—¿No?

—Fue ayer, creo, o tal vez el día anterior. Dijo que... si esto no se controla pronto, usarían... “gran fuerza”... creo que así lo expresó.

Dan recuerda vagamente que William mencionó algo al respecto. —Se refiere a armas nucleares, ¿verdad?

Åsaa traga grueso de forma audible, luego asiente. —Erik estaba seguro de que esto llevaría a la Tercera Guerra Mundial. Dijo que América comenzaría a bombardear Europa para matar a los infectados antes de que pudieran llegar a los Estados Unidos. Pero dijo que el resto de la ONU respondería si eso sucediera, y eso involucraría a Rusia, China e India en el conflicto. —Sacude la cabeza mientras sus ojos se vuelven distantes—. Probablemente nos mataremos entre nosotros antes de que la infección pueda hacerlo.

DIECINUEVE

—¿Estás bien ahí atrás, abuelo?

—Estoy bien.

—No lo pareces.

—¡Sólo mira la carretera, maldita sea!

Liv se desvía para evitar una caravana abandonada en medio de la carretera.

—¡Cristo, idiota! —grita el abuelo desde el asiento trasero—. ¡Te dije que tuvieras cuidado! ¡Perderás esa maldita cosa si no tienes cuidado, y todo habrá sido en vano!

Liv mira por el espejo y ve la moto acuática amarrada al remolque. Se balancea de un lado a otro, amenazando con volcarse, antes de estabilizarse de nuevo.

Subir la moto acuática al remolque fue una pesadilla; Liv todavía no puede creer que lo lograron sólo entre los dos. Es una de las más livianas por supuesto, pesando casi doscientos kilos, pero aun así, fue toda una tarea para una adolescente y su abuelo. Les tomó casi media hora. Liv definitivamente estará adolorida mañana.

Obtener la moto acuática les costó más que sólo un dolor de espalda.

Los ojos de Liv vuelven al espejo, y estudia al abuelo. El viejo le recuerda a Clint Eastwood mientras se sienta allí, agarrando su mano ensangrentada, mirando por la ventana los edificios que pasan, respirando con severidad por la nariz, negándose a mostrar cualquier dolor.

—Nunca debimos haber ido en primer lugar —dice Liv, sacudiendo la cabeza.

—Claro que sí —resopla el abuelo—. No teníamos otra opción. ¿Quieres salir de aquí de una vez por todas, no?

—Sí, pero...

—Entonces esa cosa en el remolque es tu mejor opción, créeme.

—Nuestra mejor opción —lo corrige Liv.

—¿Qué?

—Dije, es nuestra mejor opción. Nos llevará a los dos, ¿verdad?

El abuelo ya le aseguró antes de que fueran a buscar la moto acuática que ambos cabrían en ella. Pero ahora, cuando levanta la vista hacia Liv, el abuelo de repente parece vacilante—. Lo veremos —murmura.

—¿Qué significa eso? —se escucha una alarma inmediata en la voz de Liv.

—Significa que lo veremos —repite el abuelo, como si la conversación hubiera terminado.

—Pero vamos los dos, ¿verdad? ¿Verdad, abue?

El abuelo sacude la cabeza y vuelve a mirar por la ventana. —Nah, no voy contigo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Por esto —Levanta la mano destrozada y sangrante, y Liv retrocede al verla —Estoy infectado. Estaré muerto pronto.

—¡No! —grita Liv.

—Sí. ¡Y mira por dónde vas! No te lo diré otra vez.

Liv fuerza sus ojos de vuelta a la carretera. Apenas puede pensar. Primero mamá y papá, y ahora el abuelo.

Liv conduce por las calles de Bergen, apenas notando nada. Su mente está de repente en blanco.

—Probablemente sea lo mejor —continúa el abuelo en un tono más suave. Liv puede escuchar que ahora respira más pesadamente—. Te habría retrasado de todos modos. Sin mí, irás a un poco más de cien kilómetros por hora. Llegarás a un lugar seguro antes de que anochezca. Es mejor así. No querrás estar navegando en aguas abiertas en medio de la noche—. Liv está a punto de decir algo cuando el abuelo continúa—: Tienes la comida, ¿verdad?

Liv sólo asiente.

—¿Y el traje? ¿Empacaste el traje como te dije?

—Lo hice —susurra Liv—. Ambos trajes.

El abuelo resopla, luego murmura:— Bueno, yo no necesitaré el mío. Guárdalo para Solveig.

Liv estalla en llanto.

—Deja eso —dice el abuelo con dureza—. Vas a chocar el maldito coche.

Pero Liv no puede evitarlo; el miedo y el dolor son demasiado. Lloro mientras sigue conduciendo, limpiándose los ojos repetidamente con la manga.

El abuelo no dice nada. Liv nunca lloró delante de él antes, y se siente aún peor por hacerlo ahora.

—Está bien —dice en voz baja, casi demasiado baja para que Liv lo escuche—. Todo estará bien.

Liv lo mira de nuevo, mientras él se inclina hacia adelante para colocar su mano sana sobre su hombro y lo aprieta en un gesto de consuelo completamente inusual en él.

—Lo lograrás, Liv. Irás a buscar a Solveig, y las dos estarán bien.

—Pero... pero no sé... no sé a dónde ir...

—Dirígete al norte. Esa es tu mejor opción. Tus padres tenían una cabaña en algún lugar allá arriba, ¿no? En una de las pequeñas islas frente a la costa.

—Sí, pero... no tengo idea de cómo encontrarla.

—Lo descubrirás. Sólo sigue la costa, y usa tu intuición. Eres una chica inteligente, lo descubrirás.

Escuchar al abuelo hablar de esta manera, en un tono tan cálido y poco característico, es lo más desgarrador de todo. Y, para sorpresa de Liv, también le da un pequeño sentimiento de valor. De esperanza. Esperanza de que quizás lo logre. Si el abuelo cree en ella, es posible.

—¿De acuerdo? —pregunta, apretando su hombro nuevamente.

Liv asiente —De acuerdo, abue.

—Bien —suspira, recostándose y cerrando los ojos—. Pronto me iré.

Liv lo mira. Puede ver grandes gotas de sudor formándose en su frente —Ya casi llegamos al puerto, abuelo. Aguanta.

Él sacude la cabeza sin abrir los ojos —No lo lograré. Puedo sentir esto... está en todas partes de mi cuerpo...

Un escalofrío recorre la columna de Liv —Tú... necesitas luchar contra esto, abuelo. Te necesito... sólo un poco más...

Él sacude la cabeza nuevamente — Lo siento, hija.

Las palabras suenan extrañamente como una despedida.

Luego, antes de que Liv pueda decir o hacer algo más, el abuelo extiende la mano, abre la puerta, se inclina hacia afuera y desaparece de su vista.

Por medio segundo, Liv tiene la impresión de que se sintió mal y necesitaba vomitar. Luego, mientras aparece en el espejo lateral, cayendo y rodando por la carretera como un muñeco de trapo, la realidad de lo que acaba de suceder la golpea, y comienza a gritar.

VEINTE

Al cruzar otra manzana, finalmente llegan al puerto.

Es mucho más grande de lo que Dan imaginaba, más grande que cualquier puerto que haya visto en Dinamarca. Es muy obvio que Bergen está centrado (o mejor dicho se centraba antes de colpasar), en el transporte marítimo.

Pero hablando de barcos, no hay ninguno.

Dan imagina que normalmente, un puerto como este estaría lleno de todo, desde ferris hasta lanchas motoras, pero lo único que queda en el agua son toneladas de objetos caídos como ropa y bolsas flotando. Y más cuerpos, por supuesto.

El muelle en sí está lleno de vehículos, algunos de ellos militares, pero la mayoría civiles, estacionados de manera desordenada, parachoques contra parachoques.

—Todos se fueron —dice Åsaa, deteniendo el coche y recostándose en el asiento—. Llegamos tarde.

—No perdamos la esperanza —dice Dan—. Puede que quede alguno. ¿Puedes avanzar más por ese lado? —Señala—. Parece que hay algunos muelles más pequeños. Tal vez podamos encontrar un barco.

Åsaa pone el coche en marcha de nuevo y avanza lentamente por el laberinto de vehículos.

De repente, otro coche se cruza frente a ellos, y Åsaa tiene que frenar fuerte para evitar una colisión.

—¡Dios mío! —exclama Åsaa.

El conductor del otro coche parece no notar nada. Lleva un remolque con lo que parece ser una moto acuática amarrada.

Åsaa y Dan se miran el uno al otro, luego vuelven a mirar el coche con el remolque mientras se dirige hacia los muelles.

—Creo que deberíamos seguirlos —dice Dan.

Åsaa asiente, luego sigue al coche con el remolque. Se detiene junto al muelle más cercano, y Åsaa también se detiene, mirando a Dan. —¿Crees que...?

—Esperemos un minuto —dice Dan, sin quitar los ojos del otro coche—. No apagues el motor.

—¿Viste quiénes eran? No pude ver al conductor.

—Yo tampoco. Esperemos a ver quién sale.

Durante medio minuto aproximadamente, nadie lo hace. El coche con el remolque simplemente está parado allí, con el motor en marcha.

—Deben habernos visto —murmura Åsaa.

—O tal vez sólo se están asegurando de que la costa esté despejada —sugiere Dan.

Åsaa revisa los espejos. —Tal vez deberíamos irnos de aquí.

—¿Por qué? ¿Ves a alguien infectado?

—No, pero estoy segura de que es sólo cuestión de tiempo.

—Tienen una moto acuática— señala Dan.

Åsaa lo mira.— ¿Planeas robársela?

Dan sacude la cabeza —Podrían saber dónde encontrar otra.

—Oh. Cierto.

Pasan otros treinta segundos. Todavía no sucede nada. Dan siente a Åsaa ponerse más tensa. Él mismo comienza a sentirse nervioso.

—Tal vez estén muertos —sugiere Åsaa.

—Estaban conduciendo hace un minuto —le recuerda Dan, aunque sabe bien que eso no es garantía de que quien esté detrás del volante siga vivo.

—Solo que... —comienza Åsaa, luego se detiene y señala—. ¡Mira! Están saliendo.

Dan ve la puerta del conductor abrirse. No se abre del todo, sino sólo lo suficiente para que alguien se deslice y se agache fuera de la vista. Dan vislumbra un cabello rubio. Parece una chica, pero no está seguro por lo rápido que salió.

—Están tratando de esconderse de nosotros —dice Åsaa con un tono de alarma—. Tienen malas intenciones. Voy a irme de aquí.

—¡No, espera! —le insta Dan—. Tal vez sólo tengan miedo.

—¡O quieren matarnos! No voy a arriesgarme —Pone el coche en reversa, y Dan se da cuenta de que no hay manera de convencerla—. Toma una decisión rápida, se desabrocha y abre la puerta.

—¡No! —grita Åsaa, tratando de agarrar su brazo mientras él sale del auto—. ¿Qué estás haciendo? ¡Vuelve aquí!

Dan la ignora y levanta el brazo —¡Hola! ¡Sólo queremos hablar!

VEINTIUNO

Liv se agacha y mira debajo del coche. Puede ver al chico desde allí; está de pie junto a la puerta abierta, como si estuviera listo para volver a entrar en cualquier momento. No puede culparlo por eso; sospecha que alguien infectado aparecerá en cualquier momento. Al menos no está armado. —¿Hola? —grita él, levantando un brazo en un gesto amistoso— ¡Sólo queremos hablar! También es danés, nota Liv, mordiéndose el labio. «¿Debería confiar en él? ¿Qué habría hecho el abuelo?» El pensamiento del abuelo le provoca una punzada en el corazón. La pérdida tiene menos de media hora, y Liv ni siquiera ha tenido la oportunidad de procesarla. El chico tiene más o menos la misma edad que Liv, y parece lo suficientemente honesto con su cabello rubio y sus grandes ojos azules. A través del parabrisas, Liv puede distinguir el rostro de una mujer que tal vez tenga quince años más. Demasiado joven para ser la madre del chico, demasiado mayor para ser su novia. Probablemente sea su hermana, aunque no se parecen en absoluto. —¡Está bien! —llama el chico, avanzando unos pasos— En serio, sólo queremos encontrar una manera de salir de aquí. Liv mira el remolque, y de repente, recuerda lo que el abuelo le dijo justo después de cargar la moto acuática: —Tenemos que ser muy cuidadosos. Esta cosa vale más que el oro ahora. No le había prestado mucha atención cuando lo dijo, pero ahora el significado de sus palabras es dolorosamente claro para ella. —Escucha, voy a acercarme —continúa el chico, acercándose más al remolque mientras extiende las manos— ¡Puedes ver que no estoy armado! Liv siente una punzada de pánico — ¡Detente ahí! —grita— ¡No te acerques más. Y-Yo tengo un arma! Tartamudea en el momento exacto incorrecto, y la mentira es demasiado obvia. Se da cuenta de que el chico también lo nota, porque sólo duda por un momento antes de dar otro paso. —Está bien, lo prometo, sólo quiero hablar. Estoy seguro de que podemos ayudarnos mutuamente. Liv se da cuenta de que no hay nada que pueda decir para mantener al chico alejado, así que se levanta y lo enfrenta desde entre el coche y el remolque.

Una vez que él la ve claramente, en realidad se detiene y sonríe.—Hablas danés —dice él.Liv no está segura de si es una pregunta. —Ajá.Él señala la moto acuática. —¿Dónde conseguiste eso? —Es mía. No la robé.—No dije que lo hicieras. Sólo pregunté dónde la conseguiste. Por cierto, me llamo Dan. ¿Cómo te llamas?Liv mira hacia el coche y ve a la mujer detrás del volante, que los observa fijamente. Luego mira a su alrededor para asegurarse de que nadie más se esté acercando sigilosamente.—Mira, no creo que debamos estar aquí afuera —le dice ella— No es seguro. Me voy ahora. Deberías hacer lo mismo.Empieza a desenganchar el remolque, esperando que el chico capte la indirecta y se vaya.Pero no lo hace. En su lugar, dice: —Necesitarás ayuda con eso.Liv se da cuenta de que tiene razón, por supuesto. No hay manera de que pueda empujar el remolque hasta la rampa por su cuenta, y mucho menos bajar la moto acuática al agua. El abuelo se suponía que estaría allí para ayudarla, pero...—Está bien —le dice al chico, conteniendo las lágrimas mientras tira del manillar del remolque— Lo lograré. Sólo vete.El chico se acerca más, y Liv retrocede.—Está bien —le dice él, con una expresión sincera—. No estoy infectado —Destaba la abrazadera de seguridad, justo como Liv vio hacer a su abuelo antes—. Ahí. Ahora podemos desacoplarlo —Le sonríe—. ¿Vas a ayudarme?Liv respira hondo para calmarse, sin moverse. —¿Por qué haces esto?—Quiero ayudar —responde Dan.—Quieres la moto acuática.—Me encantaría saber dónde la conseguiste —Mira de nuevo al coche con la mujer—. Sólo intentamos salir de aquí. Trabajemos juntos, ¿de acuerdo? Necesitas nuestra ayuda y nosotros necesitamos la tuya.Liv sacude la cabeza. —No puedo ayudarte —dice ella—. Incluso si quisiera. Esta es la moto acuática de mi abuelo. Se suponía que iba a venir conmigo, pero él... él... —Su garganta se cierra, y no puede terminar la frase.El chico parece entenderlo. —Yo también perdí a mis padres. Y a mi hermana. Soy el único que queda, en realidad.El dolor en su voz ya es bastante claro, pero la manera en que lo dice, casi de manera casual, es lo que realmente la conmueve.Su labio inferior comienza a temblar— Mis padres —susurra—. También murieron...—Lo siento mucho —le dice el chico—. Sé cuánto duele.

Liv muerde con fuerza y parpadea rápidamente para no llorar.

—Conseguí la moto acuática en la casa de mi abuelo, y no tengo idea de dónde encontrar más. Lo siento, pero sólo está diseñada para una persona.El chico levanta las cejas. —¿De verdad?— Sí.—¿No acabas de decir que tu abuelo se suponía que vendría contigo?Liv se siente tonta por haber revelado eso. —Está bien, puede llevar a dos personas. Pero irá más despacio. Y definitivamente no puede llevar a los tres. Además, voy a Dinamarca.El chico levanta las cejas sorprendido. —¿Vas a Dinamarca? ¿Por qué?—Eso realmente no es asunto tuyo.El chico asiente y mira de ella a la moto acuática. —¿Dónde la consiguió tu abuelo?—No lo sé. La compró hace

muchos años. Ha estado en su garaje todo este tiempo. Nunca...Liv deja de hablar al darse cuenta de que el chico ha dejado de escuchar. En su lugar, está mirando más allá de ella.—¿Qué? —dice Liv, girando y mirando hacia la jungla de coches— ¿Qué pasa?—Pensé que vi algo —dice el chico—. Pero tal vez sólo fue...—¡Cuidado!Liv se da vuelta al escuchar el grito de la mujer. Mira hacia el coche, donde la puerta está ahora abierta y la mujer asoma la cabeza, señalando frenéticamente.Liv se gira nuevamente para mirar en esa dirección, y...Y entonces lo ve.

VEINTIDÓS

La chica sigue lanzando miradas hacia la dirección de donde vino. Lo hace como un reflejo cada pocos segundos, y Dan no está completamente seguro de que ella misma sea consciente de ello. Pero es obvio que algo, o alguien, está allá atrás, oculto entre los coches. Así que, cuando Dan ve aparecer al anciano a menos de diez metros de distancia, conecta los puntos al instante; ni siquiera necesita leer la respuesta en la cara de la chica. Ese es su abuelo... A juzgar por el aspecto del hombre, ha sido golpeado bastante mal o ha sufrido una buena caída. Su ropa está rasgada en varios lugares, revelando desagradables raspaduras en la piel debajo, su muñeca izquierda parece estar rota, y una rodilla parece no poder enderezarse del todo, dándole una cojera incómoda. Nada de eso lo detiene mientras se dirige directamente hacia la chica, con sus ojos sin pupilas fijos en ella. Ella está paralizada por unos segundos, luego comienza a gritar.—¡Sal de ahí! —grita Dan, formando un embudo alrededor de su boca. Aunque la mujer está justo al otro lado del remolque, parece no escucharlo. Dan está a punto de rodear el remolque para sacar a la chica del camino cuando otro grito corta el aire detrás de él. Se da vuelta para ver a Åsaa luchando con otra mujer de su misma edad. Åsaa está atrapada, incapaz de entrar por completo y cerrar la puerta, ya que la atacante bloquea la puerta e intenta alcanzar las piernas de Åsaa que están pateando.—¡Ayuda! —grita Åsaa, retorciéndose y lanzando su puño hacia la cara de la mujer, quien sólo chasquea los dientes, tratando de atrapar la mano de Åsaa en el aire. Dan ya ha dado tres pasos en dirección al coche, con la intención de ayudar a Åsaa, cuando ella resbala y se derrumba de rodillas, desapareciendo casi por completo de su vista. La mujer muerta no pierde tiempo, se inclina de inmediato, y Åsaa vuelve a gritar, esta vez de dolor. La mujer muerta echa la cabeza hacia atrás en un movimiento depredador de desgarro, y Dan ve el trozo de piel entre sus dientes y la sangre que mancha su boca, la sangre de Åsaa.

Dan se detiene en seco.

Åsaa sigue gritando mientras la mujer se inclina para dar otro mordisco.

Desde la derecha aparece otra figura: un hombre con barba rubia manchada de sangre seca. Desde detrás del coche, otro zombie más aparece y se une a la escena.

El grito de Åsaa ya se está debilitando. Su mano se eleva, buscando algo a lo que agarrarse, pero no encuentra nada. Dos de sus dedos ya faltan.

Dan siente esa sensación de hundimiento demasiado familiar en su estómago mientras se da la vuelta, pensando para sí mismo con una voz sorprendentemente calma: «No puedo hacer nada por ella ahora».

Es duro, pero es verdad.

Lo que también es verdad es que, en unos veinte segundos, los zombies perderán el interés en Åsaa.

Dan necesita actuar, y actuar rápido.

Se gira hacia el remolque, esperando ver a la chica siendo devorada viva por su abuelo muerto. Para su completa sorpresa, la chica ha vuelto a la acción y ha saltado al remolque. Y no sólo está allí de pie, sino que está trabajando para desenganchar las correas que sujetan la moto acuática, ignorando a su abuelo muerto que hace todo lo posible por alcanzarla.

Dan toma impulso y salta al remolque, haciendo que la moto acuática se tambalee y que la chica se gire para mirarlo.

—¡Cuidado! —le dice ella—. Si se inclina hacia un lado, nunca la meteremos al agua.

Dan se da cuenta de que la moto acuática está sobre un carrito con ruedas, bajo pero muy firme. La chica pasa junto a él, su cabello roza la cara de Dan y él capta un aroma a limón que casi lo marea. Ella se dirige a desenganchar la última de las correas.

—¿Qué necesitas que haga? —pregunta Dan, mirando al anciano que se mueve alrededor del remolque, siguiendo a la chica mientras gruñe y trata de alcanzarla con su mano herida.

—Tendrás que alejarlo de aquí —dice la chica, asintiendo hacia su abuelo sin mirarlo—. Necesito abrir la compuerta trasera y bajar esta cosa.

—¿Puedes hacerlo sola? —pregunta Dan, mirando la moto acuática que debe pesar alrededor de lo mismo que una motocicleta.

—¡Sí! —responde la chica con un tono cortante, lanzándole una mirada de fuego— ¡Pero no a menos que lo alejes de aquí!

La última correa se suelta con un chasquido, y la moto acuática queda repentinamente libre para rodar. La chica agarra el manillar y la detiene. Y Dan salta del remolque, aterrizando a unos pasos del abuelo, quien de inmediato percibe a la presa accesible y dirige su atención hacia Dan.

Dan se aleja del remolque, viendo por el rabillo del ojo un movimiento y observando a los tres zombies que acaban de matar a Åsaa. Excepto que ahora se han duplicado en número, ya que otros tres se han unido a ellos. Y todos se están acercando.

«Esto es una mala idea», piensa Dan mientras se enfrenta al laberinto de vehículos. Alejarse del remolque podría significar perderlo de vista. También está el riesgo de encontrarse con más zombies escondidos entre los coches.

Como si el propio pensamiento lo hubiera producido, una niña sale arrastrándose de debajo del parachoques de un coche justo frente a él, y Dan hace un giro brusco a la derecha.

Sólo logra dar unos pasos más antes de que un brazo delgado salga de una ventana entreabierta y lo agarre por el hombro. Dan grita y se libera, revisando su manga para asegurarse de que las uñas no perforaron la tela. No lo hicieron; al menos no puede ver agujeros en su camisa. La anciana agarra con ansias, intentando en vano salir por la abertura que es demasiado estrecha.

Un gruñido detrás de él lo hace girar de nuevo, y ve a otros dos zombies rodeando el coche para alcanzarlo.

Dan toma una decisión rápida y salta al capó del coche, luego al techo. El coche es lo suficientemente alto como para que los muertos no puedan alcanzarlo, pero mientras observa la zona, ese hecho le trae poco consuelo.

Todo el puerto está cobrando vida. En todas partes ve a los muertos aparecer y moverse en su dirección. Es como si alguien hubiera metido un palo en un hormiguero, y Dan fuera ese palo.

«Esto es incluso peor que en la autopista... en dos minutos, seremos invadidos».

Mira hacia el remolque, y para su alivio, ve la moto acuática ya en el suelo. La chica está empujando el carro, dirigiéndose hacia la rampa. No hay muertos a su alrededor, al menos no que Dan pueda ver desde allí, pero podrían aparecer en cualquier momento.

Mira hacia abajo y ve a los zombies rodeando el coche, como fanáticos enloquecidos en un concierto de rock, todos gimiendo y tratando de alcanzar sus zapatos. Ya hay demasiados para que él pueda saltar al suelo en cualquier lugar. En su lugar, mira hacia el coche vecino. Es un salto de unos dos metros. Con un pequeño impulso, debería poder hacerlo.

Dan retrocede lo más que puede, respira hondo, y luego corre antes de que los pensamientos puedan alcanzarlo. Se lanza por encima de las cabezas de los zombies que se amontonan; ninguno de ellos reacciona lo suficientemente rápido como para atraparlo mientras está en el aire, y aterriza en el techo del otro coche, casi resbalando pero recuperando el equilibrio. No pierde tiempo y salta inmediatamente al siguiente. Desde allí, no puede alcanzar ningún otro coche, pero aún no hay muertos a su alrededor, así que salta al suelo y corre de regreso hacia el

remolque y la chica, manteniéndose cuidadosamente alejado de cualquier ventana abierta y disminuyendo la velocidad para girar en cada esquina, para no ser sorprendido.

Detrás de él, nota el coro de gemidos y gruñidos creciendo en un grito colectivo de hambre mientras los zombies forman una gran multitud y se acercan.

VEINTITRÉS

Las manos de Liv están temblando tanto que apenas puede manejar el carrito con ruedas. Por suerte, es muy sencillo, y el carrito la sigue dócilmente mientras rodea el coche del abuelo y se dirige hacia la rampa.

Todo se siente como un sueño. Las cosas están sucediendo tan rápido que apenas puede procesarlas. Sin embargo, para su sorpresa, se encuentra actuando con una inexplicable sensación de claridad. Es casi como si su cerebro hubiera activado un sistema de emergencia que no sabía que tenía, cortando todo lo no esencial y enfocando sus sentidos en lo que necesita hacer: mover las piernas, tirar del carro, llevar la moto acuática a la rampa. Nada más.

No hay pensamientos sobre el abuelo.

No hay preocupaciones por la mujer que acaba de ser devorada.

Ni siquiera le importa si el chico que la ayudó a bajar del remolque sigue vivo.

Nada de eso le sirve a Liv en este momento. Y todo está hábilmente bloqueado de su conciencia.

«Esto debe ser lo que la gente experimenta en situaciones de vida o muerte», se da cuenta Liv mientras llega a la rampa y gira el carro para que la parte trasera mire hacia el agua.

Acciona el freno de mano, luego se arrodilla y comienza a girar la manivela, bajando la pata del carrito y acercando la moto acuática al suelo.

Sólo ha bajado unos diez o doce centímetros cuando su oído izquierdo capta un ruido de raspado detrás de ella. Gira la cabeza justo a tiempo para ver a un tipo con una camiseta desgarrada lanzarse hacia ella.

Liv grita y gira su cuerpo de lado. Es el único movimiento que tiene tiempo de realizar en la fracción de segundo antes de que el zombie cierre la distancia entre ellos, y es suficiente para alejarla de su única mano que se estira para atraparla.

Todo sucede en cámara lenta.

Liv siente la mano del zombie pasar a menos de ocho centímetros de su cara. Sus dedos, son largos y huesudos, están pegajosos de sangre y se enredan en un mechón de su cabello, arrancándolo de su cuero cabelludo. Liv puede sentir cómo los mechones de cabello ceden uno por uno.

Luego, el resto del tipo pasa a su lado: su brazo, su hombro, su rostro pálido y con barba incipiente, y choca contra el carrito, golpeando su mandíbula directamente contra la barra lateral de metal.

Nuevamente, con los sentidos de Liv trabajando a toda velocidad, escucha el sonido del hueso rompiéndose con demasiada claridad, y ve de reojo un molar que sale por la comisura de la boca del tipo.

Luego, como si alguien hubiera presionado un botón en un control remoto en algún lugar, todo vuelve a la velocidad normal.

Liv se encuentra tropezando hacia atrás, alejándose del carrito mientras el tipo lucha por recuperar el equilibrio después de haberse dado un buen golpe en la cabeza. A pesar de eso, se recupera sorprendentemente rápido, poniéndose de pie y girando hacia Liv.

Su mandíbula parece estar dislocada, ya que está casi un centímetro hacia un lado, dándole una expresión de asombro.

Liv retrocede, atrayéndolo deliberadamente más cerca del agua, preparada para correr en la dirección contraria tan pronto como él haga un movimiento hacia ella.

Liv nunca llega a ejecutar ese plan, porque justo en ese momento capta un movimiento por el rabillo del ojo. Es un reflejo en la ventana lateral del coche del abuelo, que muestra una figura acercándose rápidamente por detrás.

Liv se da cuenta en un instante de que no hay tiempo para apartarse, así que en su lugar, gira rápidamente, extendiendo su mano derecha con un grito agudo. El dorso de su mano conecta con el lado de la cara de la persona que estaba a punto de atacarla.

Excepto que no es un muerto.

Y no estaba a punto de atacarla.

Liv mira con asombro mientras el chico retrocede, llevándose la mano a la mejilla, con los ojos muy abiertos de sorpresa.

—Oh —dice Liv, estúpidamente—. Lo siento. Pensé que...

El chico mira más allá de ella y grita: —¡Cuidado!

Liv salta a un lado justo cuando una figura corpulenta, con el pelo largo y rizado cubriendo la mayor parte de su rostro, se abalanza sobre ella. Liv no tiene tiempo de ver si es un hombre o una mujer, y tampoco le importa. Sólo corre hacia el carrito y comienza a girar la manivela. — ¡Manténlos alejados! —le grita al chico.

Él esquiva al zombie gordo, que resulta ser una mujer después de todo, al menos a juzgar por el sujetador visible a través de un agujero en su camisa—. ¡No hay tiempo! —le grita él de vuelta—. ¡Ya están aquí!

Liv lanza una mirada a su alrededor y siente cómo se le hunde el estómago. Los muertos vienen desde todos los ángulos. Docenas de ellos. Los más cercanos están a pocos segundos.

El chico salta y agarra el carro. —¡Mételo en el agua!

—¡No está bajado!— protesta Liv, pero se encuentra empujando de todos modos.

El carro rueda por la rampa y salpica en el agua, la moto acuática tambaleándose peligrosamente de un lado a otro antes de encontrar su equilibrio. El carro se hunde y desaparece de la vista.

—¡Vamos!— le dice el chico, agarrándola de la muñeca y tirándola fuera del camino mientras un anciano en pijama sale tambaleándose desde detrás del coche, babeando y mostrando sus encías rosadas y sin dientes.

Liv no necesita que lo diga dos veces; corre hacia la rampa y salta al agua, aterrizando junto a la moto acuática, con el chico justo detrás de ella.

Liv nunca ha estado en el agua completamente vestida, y se sorprende de lo mucho más pesada que se siente. Tiene que mover los brazos con fuerza para no hundirse. Por suerte, el agua está tibia después de haber estado al sol todo el día.

El chico nada delante de ella, se agarra a la moto acuática y trata de subirse, pero su peso hace que casi vuelque.

—¡Espera! —grita Liv, escupiendo agua— ¡Detente! ¡Tendremos que abordarla desde la popa o no funcionará!

El chico se deja caer de nuevo al agua, escupiendo: —¿Qué es la popa?

—¡La parte trasera! ¡Aquí, sígueme!

Nada hacia la parte trasera de la moto acuática. De nuevo, es mucho más difícil de lo que sería si estuviera en traje de baño y con un chaleco salvavidas, y requiere toda su fuerza para subirse. Pero lo logra.

—¡Ahora tú! —le grita.

Justo cuando mira hacia abajo, el chico desaparece de la vista, con una expresión de sorpresa en su rostro. Parece que algo lo arrastró hacia abajo, y por un terrible momento, Liv recuerda una de sus pesadillas de infancia donde criaturas gigantes del mar la arrastraban hacia las profundidades del océano para ahogarla.

Por supuesto, esta parte del puerto sólo debe tener unos cuantos metros de profundidad, y dos segundos después, el chico sale a la superficie de nuevo, jadeando y tosiendo.

—¿Qué estás haciendo? —le grita Liv.

—¡Están... bajo el agua! —escupe él, agarrándose a la moto acuática.

Liv mira hacia la rampa, y lo que ve hace que se le erice la piel. Todo el alboroto en el agua ha empujado la moto acuática un poco más lejos del muelle, lo cual es afortunado, porque los zombies están marchando directamente hacia el agua, desapareciendo uno tras otro bajo la superficie.

—Oh, mierda —murmura Liv.

Entonces decide que sólo hay una cosa que puede hacer: salir de allí lo más rápido posible. Se vuelve hacia el manillar, mete la mano en su bolsillo, saca la llave y la inserta en el encendido.

VEINTICUATRO

Dan siente la mano que palpa su tobillo de nuevo, intentando agarrar su pierna. Patea frenéticamente, chapoteando para llegar a la parte trasera de la moto de agua.

Casi lo ha logrado cuando la moto de agua cobra vida.

—¿Qué...? —empieza a preguntar, pero se interrumpe cuando la mano de repente agarra su zapato y lo arrastra hacia abajo.

Dan traga un bocado de agua salada y usa su pierna libre para patear la mano. Es difícil patear bajo el agua, y siente más manos agarrándose de su otro pie. En lugar de eso, gira su tobillo y se desliza fuera del zapato, lo que le permite alcanzar la superficie y volver a respirar aire.

—... ¡la mano! ¡Ahora! ¡Vamos! ¡Agárrala!

Dan tose y parpadea, y ve una mano agitándose salvajemente frente a su cara. La chica se está inclinando hacia abajo para ayudarlo, y Dan usa lo que le queda de fuerzas para levantar el brazo y agarrar la mano de la chica.

Ella acelera de inmediato, y la moto de agua salta hacia adelante, casi haciendo que Dan se suelte, pero la chica aprieta su mano con fuerza y lo arrastra.

A medida que empiezan a moverse por el agua y a aumentar la velocidad, Dan siente que las manos intentan agarrar sus pies algunas veces más, antes de desaparecer. Gira el cuello para mirar hacia atrás y ve a los zombies lanzándose al agua como roedores, chapoteando y gimiendo antes de hundirse.

—¡Sujétate! —grita la chica, concentrándose en dirigir la moto de agua con una mano—. Te llevaré a una distancia segura y luego te subiré.

Dan intenta decirle algo, no está completamente seguro de qué, tal vez “gracias”, pero su cabeza se hunde bajo el agua de nuevo, y ya está sin aliento, por lo que necesita ahorrarlo.

Sus pensamientos también giran, dando vueltas alrededor del hecho de que uno de los muertos acaba de tocar su tobillo, incluso le arrancó el zapato. ¿Qué encontrará cuando revise su piel allí abajo? No siente nada, pero eso no es garantía. Podría haber marcas de arañazos de las uñas del zombie...

Después de medio minuto o algo así de que Dan sostenga la mano de la chica mientras intenta mantener la cabeza por encima del agua, la moto de agua reduce la velocidad y se detiene, balanceándose en las suaves olas.

—Bien, necesitas moverte a la popa —dice la chica, señalando con la cabeza en esa dirección.

Dan sólo la mira, sin soltar su mano.

—Puedes hacerlo —le dice la chica—. Necesitas soltar y nadar.

De repente, Dan se aterroriza de aflojar su agarre. En cuanto lo haga, podría ser arrastrado hacia abajo. Y no le queda fuerza para luchar. Ni siquiera tiene fuerzas para hablar, así que simplemente mira suplicante el rostro de la chica perfilado contra el cielo, esperando comunicar su miedo sin palabras.

—Está bien —le dice la chica, aparentemente captando el mensaje—. Aquí, te ayudaré. —Gira y se inclina hacia atrás en un ángulo incómodo, sosteniendo su mano mientras lo guía hacia atrás.

Dan nada torpemente. Son sólo unos centímetros, pero el agua se siente como cemento de secado rápido a su alrededor, y apenas puede mover su cuerpo. Finalmente, llega al extremo trasero y se agarra a la barra que vio usar a la chica.

Sin embargo, no hay manera de que pueda levantarse como ella lo hizo.

La chica se suelta de su agarre, y por un momento Dan teme que le diga que simplemente suba, eso sería como pedirle escalar una montaña con un traje de sumo. Pero en su lugar, ella gira la pierna, lo que le permite girar.

Dan levanta su mano, pero la chica no la toma. En lugar de eso, sumerge sus manos en el agua y las coloca bajo sus axilas. Al hacerlo, se acerca lo suficiente como para que la cara de Dan quede enterrada en su largo cabello dorado, y él percibe ese dulce aroma a limones una vez más. Siente como si pudiera cerrar los ojos y dormir en ese olor.

Luego, ella se inclina hacia atrás y lo tira con ella, levantándolo casi hasta la cintura fuera del agua.

—¡Tendrás que hacer el resto! —gime con voz cansada.

Dan avanza torpemente, jadeando y agarrándose a lo que puede encontrar. Logra arrastrarse a bordo de la moto de agua, terminando tendido a medio camino sobre la chica. Se habría sentido incómodo si no estuviera tan exhausto.

La chica se desliza por debajo de él, maniobrando con una agilidad impresionante, mientras mantiene el equilibrio. Se agarra al manillar y mira hacia atrás a Dan.

—Siéntate derecho. Y agárrate a mí. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —murmura Dan, eructando sal y dejando escapar un eructo salado. Se inclina hacia adelante y coloca sus brazos alrededor de la cintura de la chica, apoyando su mejilla en su espalda. Sus manos se encuentran frente a ella y entrelaza los dedos.

Luego cierra los ojos.

La chica le dice algo más, pero Dan no logra captarlo; se está quedando dormido. Lo último que percibe es que la moto de agua empieza a moverse de nuevo.

VEINTICINCO

Liv mantiene su mano derecha en el manillar, acelerando el gas y dirigiendo la moto de agua sobre las suaves olas, mientras su izquierda está aferrada a las manos dobladas del chico que están presionadas contra su estómago.

Han estado viajando durante media hora, tal vez más, y los brazos de Liv están llegando a su límite.

La costa pasa a su izquierda, alternando entre pequeños puertos, playas y acantilados. El hermoso paisaje del sur de Noruega normalmente habría sido un espectáculo, pero Liv apenas lo nota.

De vez en cuando, ve figuras allá, en tierra. Algunas de ellas están saludando, probablemente gesticulando para que se detenga y los lleve con ella, pero la mayoría no está saludando, simplemente se tambalean directamente hacia el agua.

Liv se estremece al pensar cuántos infectados están caminando por el fondo marino bajo ellos. Se asegura de no disminuir la velocidad de la moto de agua.

El sol se está poniendo y la temperatura está bajando. Su ropa se ha secado en su mayor parte con el aire templado, y también su cabello. El chico durmiendo contra su espalda ayuda a mantenerla caliente. Aun así, desearía haber traído los trajes de neopreno, pero esos se perdieron para siempre en el coche del abuelo. No pensó en ellos ni un segundo durante el pánico de poner la moto de agua, en el agua.

El pensamiento del abuelo hace que el estómago de Liv se tense. Siente las lágrimas presionar detrás de sus ojos, pero parpadea para retenerlas.

«Concéntrate en Solveig. Ella es lo único que importa ahora».

El chico murmura algo, sacándola de sus pensamientos.

—¿Estás despertando? —pregunta por encima de su hombro—. Bien, porque no puedo sostenerte mucho más...

El chico no responde. Sigue recostado contra ella. Pero ahora se está inclinando hacia un lado.

—¡Oye! ¡Siéntate derecho o te caerás!

Liv reduce la velocidad del gas pero no puede soltar el manillar. Se aferra más fuerte a sus manos, pero él sigue deslizándose, murmurando en su oído:

—Déjalo, Jennie...

—¡No, tú déjalo! —le dice Liv, retorciéndose de un lado a otro, tratando de despertarlo. El movimiento no lo despierta, y ahora se está inclinando sobre el agua, amenazando con caer. Liv se inclina hacia el otro lado para contrarrestar el balanceo—. ¡Oye, tú! ¡Despierta, maldita sea!

Todavía no hay respuesta del chico. El agarre de Liv sobre él se está aflojando, así que le pellizca el dorso de la mano con las uñas.

—¡Ay! —grita él, retirando su mano y finalmente despertando. Se sienta derecho, y Liv lo mira. Él mira a su alrededor con confusión, parpadeando y claramente tratando de recordar cómo terminó en una moto de agua en medio del océano.

—¿Ya estás despierto? —pregunta Liv.

Él la mira, luego asiente.

—Sí —mira su mano—. ¿Me... pellizcaste?

—Tuve que hacerlo. Te ibas a caer.

Él mira hacia el agua, luego parece recordar de repente lo que acecha allí abajo, porque su expresión cambia.

—Santo cielo... Casi me ahogo...

—Sí —asiente Liv—. Casi lo hiciste.

—Estaban allá abajo —continúa—. En el agua. Sentí que me agarraban... —se corta con un jadeo, luego se inclina para revisar su tobillo. Después de unos segundos, se recuesta con un suspiro de alivio—. No estoy herido.

—No, ya estarías muerto si lo estuvieras.

—Puede tardar varias horas.

—Dijeron en la radio que es más cuestión de minutos.

—Bueno, he visto que puede ir rápido o lento. Depende de la herida, supongo.

Hay un momento de silencio entre ellos. La moto de agua se desliza suavemente sobre las olas.

Él la mira con seriedad.

—Espera, ¿entonces me salvaste?

Liv se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

—Gracias.

—No lo menciones.

—Perdón por desmayarme así, por cierto. No he dormido bien en días.

—Yo tampoco. Oye, ¿te importa si seguimos? No me gusta parar aquí afuera.

—Claro.

—¿Estás bien para conducir?

—Creo que preferiría esperar un poco, si está bien. Me siento bastante aturdido.

—Está bien. Puedo seguir diez minutos más. Sólo agárrate a...

Él envuelve sus brazos de nuevo alrededor de su cintura.

—... las asas a los lados —termina Liv.

—Oh, perdón —dice el chico, retirando sus brazos de nuevo.

—No, está bien. Lo que te funcione —Liv siente que sus mejillas se sonrojan y se siente tonta.

Sigue mirando hacia adelante, asegurándose de que el chico no vea su cara.

Él vuelve a envolver sus brazos alrededor de ella, y Liv acelera.

—No tenía idea de que pudieran vivir bajo el agua —dice él en su oído—. ¿Estaban, como, nadando?

—Creo que estaban caminando por el fondo. Estoy segura de que sus pulmones están llenos de agua. Si eso es cierto, entonces no podrían flotar.

—Supongo que eso tiene sentido. —Pasa un momento, luego de repente pregunta—: Espera, ¿vamos hacia el sur?

—Sí. Me dirijo a Dinamarca. Lo siento, pero eso no está en discusión. Si quieres bajarte, puedo detenerme en cualquier momento.

—¡No! —dice el chico—. ¡No, eso es perfecto! ¡Yo también voy a Dinamarca! Pensé que mentías cuando dijiste que ibas para allá.

Liv lo mira de reojo.

—¿También vas a Dinamarca? ¿Por qué?

—Esa es una historia muy larga.

—¿Jennie está allí? —La pregunta se le escapa antes de que pueda pensarlo.

El chico no responde de inmediato.

—¿Cómo conoces a Jennie?

—No la conozco. Sólo mencionaste ese nombre mientras dormías.

—Oh. Cierto. Lo recuerdo ahora. Tuve un sueño. —Su voz se desvanece.

—¿Jennie es tu novia?

El chico se ríe.

—Para nada. Es mi hermana. Era, quiero decir. —Esas últimas tres palabras están tan llenas de dolor que Liv lamenta haber preguntado.

—Lo siento.

El chico no responde.

—Estoy volviendo para encontrar a mi hermana —le dice Liv—. Ella sigue en Dinamarca. Al menos lo estaba cuando hablé con ella ayer. No he podido comunicarme con ella desde entonces. Espero... Espero que esté bien.

—Estoy seguro de que lo está —le dice el chico.

Silencio por un momento, excepto por el zumbido del motor y el sonido rítmico de las olas golpeando la moto de agua.

—Perdón, no escuché tu nombre —dice el chico.

—No te lo dije. Es Liv.

—Soy Dan.

—Cierto, eso dijiste.

—¿Cuánto tiempo nos tomará llegar a Dinamarca?

Liv mira hacia abajo.

—Vamos a cerca de cien kilómetros por hora, así que supongo que son cinco o seis horas.

—Eso es un viaje largo. ¿Tienes suficiente combustible en esta cosa?

—Hay un tanque extra en la parte trasera. Mi abuelo se aseguró de eso. Para que no tuviéramos que detenernos a buscar más gasolina.

—Genial. Entonces, llegaremos a Dinamarca alrededor de, ¿qué, medianoche?

Liv vuelve a mirar el tablero.

—Son sólo las seis en punto ahora. Deberíamos llegar a las once.

—¿Dónde exactamente está tu hermana?

—Vivíamos en Viborg.

Liv siente que Dan se sobresalta un poco.

—No puede ser, ¡yo vivía allí! Y eso está muy cerca de donde voy. Parece que podríamos ir juntos.

—Claro.

Hay otra pausa.

Dan rompe el silencio una vez más:

—¿Quieres contarme cómo terminaste en Noruega?

—Estaba visitando al abuelo cuando sucedió esto...

—Ya veo.

—¿Y tú?

—Bueno, estábamos tratando de escapar. Originalmente, íbamos a las Islas Feroe.

—¿Tú y la mujer de allá atrás?

—No, la conocí esta mañana. Estaba viajando con un grupo de personas de Dinamarca. Nos, eh, separamos.

Liv lo mira de reojo.

—¿Desacuerdos interpersonales?

Dan resopla.

—Supongo que no es una mala forma de decirlo. Yo era el que quería regresar a Dinamarca, y los otros querían seguir adelante.

—Entonces, ¿a quién vas a buscar? Pensé que habías perdido a tu familia.

—Así fue. —Dan hace una pausa—. No vuelvo por ellos. Bueno, supongo que sí, en cierto modo —Hace una pausa de nuevo—. Vuelvo para intentar detener esto.

VEINTISÉIS

Le toma casi una hora explicarle todo a Liv.

Empieza con cómo accedió a acompañar a Jennie en su ruta de periódicos y termina con cómo él y Åsaa llegaron al puerto de Bergen.

No omite ninguna parte, le cuenta todo. La muerte de Jennie, su madre y su padre. Cómo llegaron y luego perdieron la casa segura. Cómo consiguieron el helicóptero y terminaron en Noruega y cómo convenció a William de que lo acompañara de regreso a Dinamarca, y cómo eso selló el destino de William. Incluso le cuenta todo sobre el vudú y por qué cree que es la clave para detener la pandemia.

Es una historia larga y personal. Se siente incómodo contándosela a una persona que acaba de conocer. Pero la forma en que Liv simplemente escucha, y tal vez también por el hecho de que no puede ver su rostro, hace que sea sorprendentemente fácil seguir hablando. También tiene un efecto terapéutico; es como si su mente necesitara poner todo en orden, resumir esta última y horrible semana de su vida en la que todo se ha puesto patas arriba.

Una vez que finalmente deja de hablar, se siente agotado y aliviado.

—Bueno, tenías razón —dice Liv—. Fue una historia larga.

—Lo sé, lo siento por eso.

—¿Sabes conducir una moto acuática? Mis manos están congeladas.

Dan parpadea.

—Oh, lo siento, me olvidé completamente de que se suponía que íbamos a cambiar.

—No te preocupes. ¿Puedes manejarla?

—Nunca lo he intentado antes. Pero supongo que puedo intentarlo.

Liv desacelera la moto acuática y se inclina hacia un lado, mostrándole el tablero.

—Déjame darte un curso intensivo. Es realmente muy sencillo. Sólo necesitas mantenerla a todo gas y concentrarte en el manejo. Si giras demasiado bruscamente, nos tirarás a los dos. Pero hay un mecanismo de seguridad que probablemente no te permitirá hacerlo. ¿Ves esa cosa allí? Eso es una brújula digital. Sólo sigue la línea de la costa hasta que apunte hacia el oeste, luego avísame y yo tomaré el control nuevamente.

—De acuerdo. ¿Cómo cambiamos?

—No va a ser fácil sin que uno de nosotros caiga al agua. Pero intentémoslo. Mi hermana y yo lo hicimos una vez. Avanza lo más que puedas.

Liv se desliza hacia los manillares y Dan la sigue.

—Bien, ahora acuéstate de espaldas.

—¿Qué?

—Solo confía en mí.

Dan se inclina hacia atrás y se recuesta en el asiento. Levanta la cabeza para ver a Liv mirarlo por encima del hombro.

—Ahora, trata de estar quieto. No te inclines hacia ninguno de los lados, o ambos caeremos al agua.

—Uhm, de acuerdo —dice Dan, sintiéndose tanto incómodo como expuesto mientras yace allí sin idea de lo que va a suceder o cómo esto los ayudará a cambiar de asiento.

Luego, Liv se levanta y se mueve hacia atrás, trepando sobre él. Sus nalgas pasan justo frente a la cara de Dan, y Dan está tan desprevenido que no tiene idea de cómo reaccionar, así que simplemente cierra los ojos con fuerza.

Siente que Liv se inclina sobre él cuando dice:

—Bien, aquí viene la parte difícil. Ahora siéntate.

Abre los ojos y se prepara, sintiendo que Liv lo agarra por los hombros para apoyarse. Se tambalean por un segundo pero logran recuperar el equilibrio. Dan agarra los manillares para apoyarse y Liv se sienta detrás de él.

—Así —dice ella con la respiración entrecortada—. Lo logramos.

Dan está demasiado desconcertado para decir algo, así que simplemente carraspea y se concentra en el tablero.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Sí, claro. Sólo necesito girar el manillar así, ¿no?

Gira el acelerador con cuidado. El motor ruge más fuerte y la moto acuática comienza a moverse hacia adelante.

—Lo tienes —dice Liv, acercándose más y rodeando su cintura con los brazos—. Si me duermo, recuerda avisarme cuando la brújula apunte hacia el oeste.

—Lo haré.

Siente cómo ella apoya su mejilla contra su espalda. Ella tiembla ligeramente por todo el cuerpo.

—¿Tienes frío? —pregunta él.

Puede sentir que ella asiente.

—Mis manos están congeladas.

Sentado al frente, entiende por qué; aunque la pantalla de viento bloquea la mayor parte del aire que viene en su dirección, aún es mucho más fresco que sentarse detrás del conductor. Especialmente sus manos están recibiendo lo peor.

—Puedes meterlas en mis bolsillos, si quieres.

La sugerencia se le escapa antes de que pueda pensar en ella.

Siente cómo Liv se incorpora un poco más.

—¿Seguro?

—Sí, no hay problema.

Ella duda, y Dan la mira hacia atrás.

—¿Qué?

—No tienen agujeros, ¿verdad?

—¿Agujeros en qué?

—En tus bolsillos.

—No. ¿Por qué habría de haber...? —Dan se corta, luego mira a Liv—. ¿Pensaste que quería que tú...? ¡Dios, no!

—Bien —dice ella con sinceridad—. Solo quería asegurarme.

—Bueno, no te preocupes.

Liv desliza sus manos en los bolsillos de Dan, cerrándolas en puños. Incluso a través de sus pantalones, puede sentir lo frías que están contra sus muslos.

Dan no puede evitar soltar una risita. La situación es simplemente demasiado rara e incómoda.

—¿Qué? —pregunta Liv en un tono defensivo.

—Es sólo que... no puedo creer que tú... perdón, olvídalo.

—Bueno, te sorprenderías —dice ella—. Algunos chicos no pierden la oportunidad.

—¡Acabo de decirte que perdí a toda mi familia! —exclama, y no puede evitar reír un poco más—. Créeme, lo último en lo que pienso es en recibir una...

—Bien —dice Liv, y aunque su voz suena tensa, él puede decir que es porque está a punto de reír también—. Mis manos están tan frías en este momento que probablemente se convertiría en un pedazo de hielo si lo tocara de todos modos.

Pasa un momento de silencio tenso entre ellos. Dan tiene que esforzarse mucho para no reír. Se siente casi eufórico. Y eso hace que se pregunte si ha perdido la cabeza. Esa imagen de su pene todo azul y helado sigue apareciendo en su mente.

Luego, Liv comienza a reírse, y es todo el detonante que Dan necesita para estallar en una carcajada aguda. Ella se le une, y se ríen como locos durante casi un minuto. Los ojos de Dan se llenan de lágrimas y tiene que reducir la velocidad de la moto acuática.

Finalmente, la risa se apaga.

—Bueno —dice él, tosiendo—. Me alegra haber aclarado eso.

—Sí, yo también —le dice ella, todavía como con hipo de la risa.

Mientras continúan su camino, Dan siente una extraña sensación palpitando en su pecho. Es algo que no ha sentido en días. Casi le recuerda a lo que es estar despreocupado, a cómo es no tener preocupaciones aplastándolo, no sentir una gran pérdida pesando en su corazón.

Aunque sea sólo por unos momentos.

VEINTISIETE

Iver pasa la mayor parte del día en su habitación, tratando de llamar a sus padres o ayudando a Agnete a cuidar a Adam.

Hasta ahora, no ha podido contactar ni a su madre ni a su padre, y sospecha lo peor. Ayer, sin embargo, recibió un mensaje breve de su madre, lo que le da una ligera esperanza de que puedan estar bien.

Intenté llamarte muchas veces, no hay servicio. ¡Escuché sobre el ferry! ¡Espero que estés bien, cariño! Por favor, por favor, llama cuando puedas. Papá y yo estamos yendo a Oulu en Finlandia. El ejército envió autobuses para evacuar la ciudad. Se está acabando la batería pronto. Llamaré de nuevo lo antes posible. Te quiero mucho. Mamá.

La imagen de sus padres siendo escoltados a un lugar seguro por el ejército es reconfortante, pero aún así no se hace ilusiones sobre lo desenfrenado que está esto, y que incluso la protección militar podría no ser una garantía de seguridad.

Otra cosa que lo preocupa es RuPaul. Pensar en su mejor amigo solo en el apartamento le duele en el corazón. Sin embargo, afortunadamente, el gato está acostumbrado a que Iver se ausente por una semana o así. Tiene acceso a mucha comida y agua, por lo que en teoría podría sobrevivir meses sin que alguien viniera a revisar cómo está..

Excepto que estaría enfadado con Iver por uno o dos días; siempre lo está cuando Iver regresa después de una semana de trabajo.

Pero lo que más le preocupa es su propia situación. Sorprendentemente, no son tanto las personas muertas afuera. Chris ya ha comenzado a organizar el refuerzo de las puertas, lo que significa que envió a Leif al sótano con un mazo para romper el piso, y todavía tienen mucha comida y agua para al menos algunos días.

No, lo que realmente le preocupa es lo que está sucediendo entre las personas vivas dentro de la casa.

Todo el día ha estado esperando la oportunidad de hablar con Charlotte, pero ella se ha quedado en la habitación de invitados abajo y no ha respondido cuando Iver ha llamado a la puerta. Tampoco salió para el almuerzo o la cena.

—¿No tiene hambre? —preguntó Linda mientras el resto de ellos se reunían alrededor de la comida que Agnete les había preparado.

—Sólo necesita un poco más de tiempo, estoy seguro —dijo Chris y comenzó a comer con un apetito saludable.

—Espero que esté bien ahí dentro —comentó Agnete.

—Claro, ¿por qué no lo estaría? —dijo Chris, y luego cambió de tema.

Iver escuchó música proveniente del interior de la habitación de Charlotte cuando pasó más temprano, lo que significa que al menos todavía está viva ahí dentro.

Charlotte finalmente sale una hora después de la cena. Va directamente a la cocina y abre el refrigerador.

Iver pasa por casualidad por la cocina justo en ese momento.

—Hola. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dice Charlotte, sin darse la vuelta.

—¿Quieres hablar?

—No.

Pasa junto a él, llevando algunas sobras de la cena.

—Oye, espera. Hay algo de lo que necesito hablar contigo.

Charlotte no responde ni se detiene.

Iver la alcanza y la detiene justo frente a la habitación de invitados agarrándole el brazo.

—Suéltame —rezonga ella.

—Escucha —dice él en voz baja, mirando hacia la sala de estar. Puede oír la televisión encendida allí.

—Necesitamos hablar. A mi Linda tampoco me gusta. Y creo que podríamos estar en problemas.

Charlotte lo mira brevemente, luego se encoge de hombros.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

—Creo que ella lo está manipulando de alguna manera.

Charlotte le da una sonrisa desagradable.

—Por supuesto que lo está manipulando. Ella manda ahora.

—Conoces a Chris mucho mejor que yo. ¿Por qué se deja manipular de esta manera?

Charlotte se burla.

—¿No es bastante obvio?

—Está bien, pero... ¿no hay alguna manera de hablar con él? ¿Hacerle ver lo que ella está haciendo?

Charlotte toma una respiración profunda.

—No espero que lo entiendas, Iver. Pero Chris es un tipo típico. Tan fuerte como es, ella tiene la varita mágica que lo hará hacer lo que ella quiera. Confía en mí. Si no se lo ha tirado ya, lo hará pronto.

Con esas palabras, Charlotte entra en la habitación y cierra la puerta antes de que Iver pueda preguntar algo más.

Él se queda allí un par de minutos, mordiéndose el labio. Risas falsas provenientes de la sala de estar. Están viendo una comedia allí.

Iver se da cuenta del sonido de golpes que viene del sótano. Es un sonido bajo y rítmico, y ha estado sucediendo todo el día. Pensó que Leif había terminado por hoy, pero aparentemente está trabajando hasta tarde.

Iver va y mira en la sala de estar. La televisión está mostrando un episodio de Friends. Es el episodio en el que Rachel renuncia. A Iver le encanta ese programa, y por un momento, se pierde en la historia.

Luego se da cuenta de que sólo hay una persona sentada allí. Y es Leif.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Iver, acercándose.

Leif gira la cabeza.

—Oh, lo siento, ¿está demasiado alto? Puedo bajarlo.

—No, está bien. ¿Has visto a los demás?

—Agnete dijo buenas noches hace media hora y subió.

—¿Qué hay de Chris y Linda?

Leif se encoge de hombros.

—Linda salió al garaje a fumar un cigarrillo. Chris, no lo sé.

—Debe estar en el sótano —murmura Iver.

Leif lo mira.

—¿Por qué crees eso?

—Acabo de escuchar a alguien trabajando allí abajo. Pensé que eras tú.

Leif sonríe y levanta las manos, mostrando sus palmas con un par de grandes ampollas rojas.

—Nah, ya terminé por hoy.

—Vaya —dice Iver—. ¿No deberías ponerte vendas en eso?

Leif sacude su gran cabeza.

—Agnete ya me dio un poco de pomada. Buena mujer, esa Agnete. Me recuerda a mi propia madre. Murió el año pasado. Cáncer.

—Lo siento —dice Iver.

—Bueno, yo no —dice Leif, asintiendo hacia la ventana tapiada—. En realidad, agradezco que no tenga que presenciar esto.

—Sí, lo entiendo —dice Iver—. ¿Te queda alguna otra familia?

—Sólo Linda.

Iver levanta las cejas.

—¿Ustedes están relacionados?

Leif asiente.

—Es mi sobrina.

Su sonrisa se desvanece.

—Vino a mí toda rota y llorando. Pobre chica. Perdió a todos, ¿sabes? Su esposo. Su hijastra.

—Lo siento por ella —dice Iver.

—Sí, yo también. Pero es una luchadora. Estaba decidida a sobrevivir. Fue su idea venir aquí, ¿sabes? No se me había pasado por la cabeza irme en mi bote. Esto ni siquiera parecía tan malo cuando ella vino a mí; es como si supiera que las cosas iban a ponerse realmente mal. Es inteligente, mi Linda.

Iver asiente.

—Lo puedo notar. Bueno, supongo que también me iré a la cama.

—Suenas como una buena idea —dice Leif, bostezando—. Apagaré esto en un minuto, también me iré a dormir. Mañana será otro día duro.

—Probablemente deberías dejar que alguien más termine el resto del piso allí abajo.

—Oh, el piso ya está terminado. No se necesita más martilleo.

—Bueno, eso es bueno.

Iver nota la manta y se da cuenta de que Leif va a dormir en el sofá. En el otro sofá hay otra almohada y manta, que deben ser para Linda.

El pensamiento hace que Iver se mueva inquieto en el lugar. Algo lo está molestando, pero no puede identificar qué es.

—Bueno, buenas noches —le dice a Leif y sale de la sala de estar. Leif no responde, ya está perdido en Friends de nuevo.

Caminando hacia las escaleras, Iver nota los golpes del sótano de nuevo. Y de repente se da cuenta de lo que lo está molestando: Leif acaba de decirle que ya terminó de romper el piso de concreto allí abajo.

Iver se agacha en medio de la cocina y acerca la oreja al suelo. El sonido es un poco más fuerte ahora. Y más rápido.

¿Qué está haciendo allí abajo?

Iver decide investigar. Pasa por el pasillo hasta la parte trasera de la casa, donde Agnete tiene un cuarto de lavado que también es donde están las escaleras para el sótano.

Abre la puerta y da tres pasos en la habitación antes de ver a Chris. Está medio escondido detrás de un tendedero con ropa colgando para secar.

Chris está de frente a la lavadora. Iver sólo puede ver la parte superior de su cuerpo y la parte inferior de sus piernas, que, para sorpresa inmensa de Iver, están desnudas, sus jeans formando una pila alrededor de sus tobillos. Otro par de piernas, más delgadas y sin pelo y aún con calcetines, están envueltas alrededor de la cintura de Chris, que va y viene, produciendo un golpeteo bajo con cada embestida, mientras la lavadora golpea la pared.

Iver está tan atónito que no puede hacer otra cosa que quedarse mirando.

Chris suelta un gemido ronco, y alguien más gime también. Iver logra dar un paso tambaleante hacia atrás, con la esperanza de salir de la habitación sin ser visto. Pero choca contra la puerta, haciendo ruido.

Chris gira la cabeza, lo mira y deja de embestir. Su rostro está todo rojo y sudoroso, sus ojos son soñadores.

—¿Qué miras, maricón de mierda? —gruñe con voz jadeante.

Iver está demasiado aturdido para responder. Sólo se queda boquiabierto y sacude la cabeza. Entonces la cabeza de Linda aparece cuando se inclina hacia adelante.

Ella mira a Iver brevemente, luego se recuesta de nuevo y suspira:

—¿No cerraste la puta puerta?

—Pensé que sí —le dice Chris.

—Pues sácalo de aquí.

—¡Fuera! —ruge Chris.

Iver sale corriendo de la habitación y cierra la puerta de un golpe. Sube corriendo las escaleras y va a su habitación. Se sienta en la cama, luego se levanta de nuevo. Se sienta otra vez, luego se

levanta por segunda vez y comienza a pasear por la habitación.

Tantos sentimientos están arremolinándose dentro de él que apenas puede identificarlos. Vergüenza, disgusto, miedo y shock.

Cuando finalmente puede sentarse y mantenerse sentado, un pensamiento claro atraviesa su mente: «Bueno, supongo que Charlotte tenía razón...»

VEINTIOCHO

El sol se ha deslizado hasta el horizonte y acaba de desaparecer detrás de él. Han estado turnándose para conducir la moto acuática, cambiando de lugar cada media hora más o menos. Aunque el calor del día ha desaparecido, la ropa de Dan ya se ha secado y no está congelado, excepto por sus manos. Llegaron a las costas danesas hace una hora y han estado avanzando tierra adentro desde entonces. En la mayoría de los lugares, el canal es lo suficientemente estrecho como para que Dan pueda ver tierra a ambos lados. De vez en cuando, una casa solitaria o tal vez un pequeño pueblo pasa a su lado. Aún no ha visto a ninguna persona, ni viva ni muerta, lo cual toma como una buena señal.—Estaba segura de que estaría lleno de ellos aquí —dice Liv en su oído, como si le hubiera leído la mente—. Quiero decir, básicamente nos dirigimos directamente a la zona cero.—Lo sé —murmura Dan—. Yo también lo pensaba. Pero pensándolo bien, ¿no tendría más sentido que se fueran? Es decir, ¿realmente se quedarían aquí si todos los vivos ya se hubieran ido o se hubieran convertido en zombies? Liv piensa por un momento.—No, supongo que tienes razón. Parece que siempre se mueven hacia la presa más cercana.—Exactamente. Hay un momento de silencio.—Ya casi llegamos —dice Liv, señalando hacia adelante—. En un par de minutos, aparecerán unos bancos de arena a nuestra derecha. Creo que ese es un buen lugar para desembarcar.—Bien. ¿Cuánto falta para llegar a Viborg desde allí?—Unos 30 kilómetros, tal vez un poco menos.—¿De verdad? —pregunta Dan, mirando hacia atrás—. Pensé que era mucho más lejos.—Confía en mí, he conducido por aquí varias veces cuando practicaba con la moto acuática con mi hermana. Conozco esta bahía y el área que la rodea. Dan no puede creer su suerte, no sólo al encontrar un transporte a Dinamarca, sino también a alguien que sabe cómo llegar a donde él va y conoce el camino tan bien que puede mantener su teléfono móvil apagado, ahorrando esos últimos porcentajes preciosos de batería para llamar a Dennis una vez que llegue a la casa de Holger. Lo cual le recuerda.—Entonces, una vez que lleguemos a la costa —dice,

mirando hacia adelante—, ¿nos separaremos?Unos segundos antes que termine la frase, le responde Liv:—Supongo que depende de a dónde te dirijas exactamente.—La casa está a unas millas fuera de Viborg. Está en Mill Road, si eso te dice algo.—¿La que está al norte de la ciudad?—Creo que sí.—Eso no está ni un poco cerca a donde yo voy.Dan siente una punzada inesperada de pesar.—Oh, está bien —responde Dan.Se da cuenta de cuánto estaba esperando la compañía de Liv. Bueno, realmente la compañía de cualquiera habría sido suficiente. La idea de recorrer esa última distancia solo es lo que le asusta.«Es como en El Señor de los Anillos», escucha un pensamiento en su mente. Suena inquietantemente como William. «Al final, Frodo tuvo que hacer la parte más difícil solo».—Pero podemos ir a Viborg juntos —dice Liv—. Si encontramos un coche, te dejo en Mill Road y luego voy a buscar a Solveig.—Eso sería genial —dice Dan. Luego, se da cuenta de algo—. ¿Sabes conducir un coche?—Claro. ¿Y tú?—No soy lo suficientemente mayor para tener licencia de conducir.Liv se burla.—Yo tampoco. No significa que no sepa conducir un coche. Entonces, ¿me estás diciendo que nunca lo has intentado?—Bueno, lo intenté una vez hoy, más temprano. Pero sólo fueron unos minutos.—¿Por qué no lo has intentado antes?Dan se encoge de hombros.—No lo sé, simplemente... no me interesa ese tipo de cosas.—¿No te interesa conducir? Pensé que a todos los chicos les encantaba todo lo que tiene motor.—A mí no.—Entonces, ¿qué te interesa?El calor comienza a subir a sus mejillas, ya que Dan de repente siente que está siendo investigado y necesita defenderse.—No lo sé. Leer y esas cosas.—¿Como libros?—¿Qué tienen de malo los libros?—Nada —dice Liv, y Dan puede oír que está sonriendo—. No eres realmente un tipo duro, ¿verdad?—Nunca dije que lo fuera.—Simplemente supuse que tenías que serlo, ya que lograste sobrevivir hasta ahora.—Bueno, supongo que eso cuenta para algo, ¿no?—Eh, podría haber sido suerte.Obviamente, ahora lo está molestando. Dan sacude la cabeza.—Es una lástima que no hayas conocido a William. Te habría encantado.—¡Es aquí! —dice Liv, acercándose—. Detente.Dan gira en la dirección que ella señala y reduce la velocidad de la moto acuática mientras se acercan a los bancos.—¡Oye, hay un coche! —exclama Dan, mientras una furgoneta azul oscuro aparece detrás de una fila de árboles que bordean los bancos—. Tal vez si las llaves están en él, podamos usarlo.Pasa un momento antes de que Liv responda.—Oh, no —susurra.—¿Qué? —dice Dan alarmado, escaneando los bancos, listo para girar la moto acuática y acelerar—. ¿Ves algo?—Esa... esa es la furgoneta de mi papá.—Oh —dice Dan.Liv ya le había contado cómo murieron sus padres cuando un muerto irrumpió en su sala de estar, mientras su hermana apenas escapó trepando por la ventana. Después, su hermana llamó a Liv para darle la mala noticia por teléfono. Esa fue la última vez que hablaron.—Lamento que tengas que ver la furgoneta de tu padre —

dice Dan—. Estoy seguro de que no es agradable que te recuerden lo que le pasó a...—No lo entiendes —lo interrumpe Liv, su voz delgada—. Mi papá no la condujo hasta aquí...—No, claro. Entonces, ¿tal vez alguien la robó?—¿Por qué vendrían a este lugar exacto? Aquí es donde solíamos venir siempre. Dan detiene la moto acuática por completo, dejándola balancearse suavemente en las olas bajas a seis metros de la orilla.—Entonces, ¿crees que tu hermana la condujo hasta aquí? —pregunta, girándose para mirarla.—Eso me temo —dice Liv, mordiéndose el labio.—¿Por qué haría eso?—Para escapar, por supuesto. Sólo usamos la furgoneta cuando necesitamos transportar la moto acuática.—Oh —dice Dan nuevamente, finalmente entendiendo—. Entonces se fue del país. Supongo que eso es algo bueno. Significa que está viva.—También significa que no podré encontrarla. Vamos. Llévala hasta la orilla. Con cuidado, se detendrá una vez que toque fondo. Dan hace lo que le han indicado. La moto acuática encuentra la arena, se detiene bruscamente y se inclina suavemente hacia un lado, permitiéndoles bajarse y caminar hacia la tierra mojándose sólo los pies. Dan solo lleva un zapato y se hace una nota mental para encontrar un nuevo par lo antes posible. Liv se dirige directamente hacia la furgoneta. Está estacionada frente al agua, por lo que hasta ahora Dan no puede ver la parte trasera, y se da cuenta de que las puertas traseras están abiertas.—Ten cuidado, ¿vale? —le grita.—Lo haré —le responde ella. Dan se da la vuelta lentamente y revisa los alrededores en la luz moribunda del día, un hábito que ha desarrollado en los últimos días sin pensarlo mucho. Entonces Liv grita. Dan se gira, esperando lo peor. Pero ella solo está parada allí, mirando al interior de la furgoneta, con ambas manos cubriendo su boca.—¿Qué pasa? —grita Dan, acercándose. No puede oír nada desde el interior de la furgoneta, lo que significa que probablemente no es un zombie. Se detiene junto a Liv, que aún no se ha movido, y mira dentro. La parte trasera de la furgoneta está vacía, excepto por una persona acostada de lado, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Se parece exactamente a Liv, con la única diferencia de su ropa: lleva lo que Dan cree que es un traje de neopreno. Está acostada en un charco de sangre oscura y seca.

VEINTINUEVE

El shock de ver a Solveig muerta es mucho peor que ver al abuelo, a pesar de que Solveig realmente está muerta y no se ha convertido en un monstruo come carne. La forma en que simplemente yace allí, pareciendo que está dormida, esperando que alguien venga a despertarla, hace que una corriente de recuerdos de la infancia pase volando en un instante: ella y Solveig despertándose juntas en una soleada mañana de sábado, las dos en la playa, Solveig destruyendo el castillo de arena de Liv, ese día en que ambas aprendieron a andar en bicicleta, chocando los cinco, y de repente todo es demasiado para Liv, no puede soportarlo todo de una vez. Se da la vuelta y se desploma en el suelo, sintiendo que Dan se apresura desde un lado para atraparla torpemente. Él la ayuda a bajar al suelo con suavidad, y Liv se acurruca y comienza a llorar. Llorar durante mucho tiempo. Liv nunca suele llorar, y odia hacerlo frente a Dan, a quien apenas conoce. Pero no tiene mucha elección en el asunto; puede llorar o el dolor la desgarrará por completo. Finalmente, parece que lo peor ha pasado, al menos por ahora, y es capaz de sentarse. Dan está de guardia junto a la furgoneta.—¿Qué... qué le pasó? —Liv se oye a sí misma croar mientras se limpia las mejillas húmedas. Dan la mira, y sus ojos están llenos de empatía. Parece que por un momento considera mentir para ahorrarle la dura verdad, pero luego simplemente la dice claramente:—Alguien la mató con un cuchillo. Creo que lo hicieron para quedarse con la moto acuática. Liv asiente y solloza.—Eso tendría sentido. Solveig nunca la habría entregado voluntariamente.—Lo siento mucho —dice Dan—. Sé cómo te sientes. Sé que nada de lo que diga hará que sea más fácil. Liv se pone de pie. Se siente tan difícil como escalar una montaña. Sin embargo, logra hacerlo, y se sacude la tierra de los pantalones. Luego mira a Solveig, y es casi suficiente para que las lágrimas comiencen a fluir de nuevo. Respira profundamente para mantenerlas contenidas. Dan no dice nada; simplemente se queda allí, dándole tiempo para hacer o decir lo que quiera.—Sabes —murmura Liv—. Esa cosa que

dicen... sobre los gemelos que tienen esta conexión especial. Dan la mira.—¿Ajá? Liv sacude la cabeza.—Es una tontería... No sentí nada cuando ella murió... No tenía idea... Dan asiente y aparta la mirada. Se quedan allí unos minutos más.—¿Quieres enterrarla? —pregunta Dan suavemente. Liv ni siquiera lo había considerado. Pero ahora que lo hace, la respuesta parece obvia. Mira hacia la bahía. El sol ya se ha puesto, y la noche de verano está casi oscura, su color púrpura profundo se refleja en el agua. Parece inmensamente pacífico. Sin fondo.—Amaba el agua —dice Liv—. Ambas lo hacíamos. Creo que si pudiera elegir, preferiría ir allí, no en la tierra.—De acuerdo —él duda—. ¿Quieres que lo haga yo?—No —dice Liv con firmeza—. Lo haré yo. Ella sube a la furgoneta. Inclinandose sobre Solveig, su mano se detiene en el aire. En lugar de agarrar a su hermana y levantarla, Liv se encuentra acariciando su cabello. Es suave y seco. Los ojos de Liv se llenan de lágrimas.—Maldita sea —murmura, dándose la vuelta, sin querer mostrarle a Dan que está llorando de nuevo, pero su voz la traiciona cuando croa:—Hazlo tú. Ella sale de la furgoneta y se queda allí, abrazándose a sí misma y observando mientras Dan levanta a Solveig y la saca de la furgoneta tan suavemente como puede. La pone junto a la orilla, se mete en el agua y la arrastra. Mientras la empuja suavemente hacia la corriente, Solveig se da la vuelta y su cabello se extiende como un girasol gigante. Entonces, justo cuando la corriente comienza a llevarla hacia el mar abierto, se desliza bajo la superficie y desaparece. Liv sigue mirando el lugar donde el agua se la tragó, con lágrimas frescas y cálidas corriendo por su rostro. Dan se acerca. Se para junto a ella, sin mirarla.—¿Algo más que quieras decir? —sugiere en voz baja.—Estoy hambrienta —dice Liv—. No he comido desde el desayuno. Dan la mira con leve sorpresa.—Yo tampoco. Hay comida en la furgoneta. Ella trajo una bolsa entera. Liv sólo asiente. La idea de comer la comida que Solveig había planeado para el viaje es extraña. Como si su hermana le estuviera haciendo un último acto de bondad.—Bueno, eso es todo —dice Liv, girándose para enfrentar a Dan con una determinación repentina—. Soy la única que queda ahora. Igual que tú. La sonrisa en el rostro de Dan refleja el dolor subyacente que Liv también está sintiendo.—Supongo que nos acostumbraremos.—Probablemente.—Entonces, ¿a dónde quieres ir? Liv respira profundamente.—No tengo a dónde ir. Ya no. Dan no dice nada, pero Liv puede sentir que la está observando. Ella lo mira y pregunta:—¿Quieres que vaya contigo? Él se encoge de hombros, fingiendo que no le importa, tanto, como obviamente sí.—Si quieres. Lo único es que le prometí al tipo ir solo, así que no puede saber que estás allí. Si decides venir, claro. Liv asiente lentamente.—¿De verdad crees que vas a detener esto? La pregunta sale mucho más dura de lo que pretendía. Dan no parece molestarse, sin embargo.—Voy a intentarlo, de

todos modos —dice con sinceridad.—Bueno, supongo que no tengo nada mejor que hacer —dice, encogiéndose de hombros—. Vamos a salvar el mundo entonces.

TREINTA

Desde el episodio en la lavandería, Iver ha estado acostado en la cama de la habitación de arriba, pensando.

El impacto de ver a Linda y Chris en acción se ha desvanecido, y ha hecho un esfuerzo por sacudirse la mayor parte de la incomodidad que lo acompañaba. Sin embargo, lo que queda en su estómago es la misma sensación de antes, esa punzada de algo que no puede identificar, excepto que ahora es aún más fuerte.

Mientras yace allí en la oscuridad, sintiendo su pulso latir detrás de los ojos y escuchando el tenue coro de gemidos que proviene de afuera, el sueño parece muy lejano.

Finalmente, cuando el reloj marca las 11:00, decide levantarse y hacer algo. No está seguro de qué, pero simplemente quedarse ahí preocupado por algo que no puede identificar, es enloquecedor.

Así que se viste y sale sigilosamente de la habitación. Revisa a Adam. El niño está durmiendo profundamente en su cuna, abrazando un oso de peluche.

Iver también abre la puerta de Agnete, asomándose y viendo a la anciana durmiendo bajo la manta.

Al menos ellos están bien, piensa, deslizándose hacia abajo.

No es que sospechara que algo andaba mal con Adam o Agnete. Simplemente no está seguro de qué está mal, excepto que algo está mal; cada minuto que pasa está más seguro de ello.

Se detiene en la cocina vacía y oscura y escucha. Desde la sala de estar puede oír a Leif roncando. Da un paso más cerca y se asoma. El sofá de Linda está vacío. La manta ha sido movida, lo que Iver interpreta como que ella estuvo allí antes.

¿Estaba esperando a que Leif se durmiera? ¿Y una vez que lo hizo, se levantó? ¿Se levantó para hacer qué? Tal vez sólo salió a fumar otro cigarrillo.

O tal vez ella y Chris están en ello de nuevo.

O tal vez Linda está tramando algo más, algo mucho más siniestro.

Iver se dirige hacia el pasillo que lleva a la lavandería. Siente un repentino escalofrío recorrerle la nuca.

¿Dónde está Chris, de todos modos?

Se suponía que él tomaría el primer turno, quedándose despierto y vigilando en la cocina. Pero no está en ningún lado.

Iver nota que la puerta del refrigerador está entreabierta y va a cerrarla, cuando ve los estantes vacíos adentro.

Frunce el ceño. ¿Alguien se dio un atracón? No, el refrigerador estaba lleno de comida; nadie podría comerse todo eso de una sola vez.

Pero entonces, ¿a dónde se ha ido?

Iver está realmente nervioso ahora. Se dirige al pasillo, caminando con ligereza, conteniendo la respiración mientras se acerca a la puerta de la lavandería. Se detiene frente a ella y escucha. Nada.

Entonces se escucha un ruido desde la puerta opuesta, la que conduce al garaje. Iver la mira fijamente. Está entreabierta, y una débil luz proviene de allí.

Extiende una mano y abre la puerta lo suficiente para mirar hacia el garaje.

El coche de Leif está aparcado allí, el motor apagado pero las luces delanteras encendidas, apuntando a la puerta cerrada del garaje. Al otro lado, Iver puede escuchar a los muertos rasguñando con entusiasmo.

Linda está de pie junto a la puerta del pasajero, fumando un cigarrillo. Lleva un suéter que parece pertenecer a Agnete.

Chris está ocupado cargando cosas en el asiento trasero. Lleva su chaqueta negra y botas.

El maletero del coche está abierto, y desde donde está Iver, puede ver bolsas de plástico llenas de cosas, las cosas del refrigerador. Ambas armas también están allí, junto con las cajas de municiones, montones de ropa, zapatos de repuesto y otras cosas.

—¿Terminas pronto? —pregunta Linda en voz baja, tirando el cigarrillo y aplastándolo con el pie—. Pensé que dijiste que necesitábamos movernos rápido.

—Sí —dice Chris, dirigiéndose a los estantes y tomando diferentes herramientas—. Sólo necesito unas pocas cosas más, y nos vamos de aquí.

Cuando el panorama completo finalmente se revela ante Iver, se encuentra entrando al garaje sin realmente pensarlo y sin hacer ningún intento por esconderse; está simplemente demasiado

indignado.

—¿A dónde van? —pregunta.

Linda salta y Chris se gira rápidamente, dejando caer un martillo, que cae con un ruido terriblemente fuerte en el suelo de concreto.

—¡Dios santo, me diste un susto! —dice Chris.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —susurra Linda a Chris—. Es la segunda maldita vez que nos sorprende...

—¿A dónde van? —pregunta Iver de nuevo. Su corazón late tan fuerte que su visión comienza a nublarse—. ¿Se están escapando en medio de la noche? ¿Con toda la comida y todas las armas? ¿Realmente van a hacer eso?

Mira de Linda a Chris. Linda simplemente se queda allí, mirándolo fijamente, lamiéndose los dientes con su lengua rosada.

Chris extiende su mano, la que no sostiene herramientas, y trata de esbozar una sonrisa casual. —No es lo que parece.

—¿En serio? Porque parece que están a punto de jodernos a todos —Iver se sorprende al escuchar su propia voz temblar de rabia. Rara vez maldice, pero está tan enojado que no puede evitarlo—. ¿Cómo metieron el coche de Leif aquí? ¿Él lo sabe siquiera?

—¿Podrías bajar la voz? —pregunta Chris—. No necesitamos despertar a todos los demás...

—No, eso arruinaría su plan, ¿no es así? —dice Iver, todavía hablando lo suficientemente alto como para que alguien lo escuche. La sala de estar está un poco lejos para que Leif se despierte, pero tal vez Charlotte pueda oírlo, ya que su habitación está más cerca.

—¿Podrías encargarte de él? —Le pregunta Linda a Chris.

Chris no aparta los ojos de Iver. —Escucha, amigo, déjame explicarte esto, ¿de acuerdo? Tendrá sentido. —Mientras habla, da un paso más cerca del coche.

Iver se da cuenta de lo que Chris está haciendo y actúa antes de tener tiempo de pensarlo. Iver se acerca al maletero del coche; está más cerca que Chris, así que tiene tiempo para agarrar el rifle y apuntar a Chris.

Chris, que obviamente planeaba hacer exactamente lo mismo, se detiene en seco y levanta las manos de nuevo. —¡Hey, amigo! ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo? —exclama Linda a Chris—. ¡Sólo quítaselo! No está cargado.

—Sí lo está —dice Chris—. Me aseguré de eso.

—¿Qué? ¿Por qué llevarías un rifle cargado?

—Porque podríamos necesitarlo rápidamente. No quería perder tiempo manejando las balas mientras un maldito muerto me estaba mordiendo.

Linda suspira. —¡Idiota!

Chris le lanza una mirada. —¿Qué me llamaste?

—Pueden irse si quieren —dice Iver, dirigiéndose a ambos—. Lleven su enfermo romance tan lejos de aquí como deseen. Pero no se llevarán toda la comida. Sáquenla del maletero. —Agita el rifle hacia Chris, pero Chris no se mueve.

—Está bien, escucha. Nos atrapaste. ¿De acuerdo? No hay necesidad de hacer nada loco ahora. Hablemos.

—No hay nada de qué hablar —dice Iver, esforzándose por mantener el arma firme. Está temblando por completo. Su dedo está curvado alrededor del gatillo. Apenas unos segundos antes, estaba lo suficientemente furioso como para disparar si fuera necesario. Ahora, al sostener el arma, se siente mucho menos seguro de poder hacerlo.

—Quiero explicarte lo que estamos haciendo aquí —continúa Chris—, y por qué deberías unirte a nosotros.

—¿Qué? —exclama Linda—. ¡De ninguna manera vamos a llevar a ese marica!

Iver siente una repentina urgencia de girar el rifle y apuntar a Linda en su lugar. Pero eso sería un error. Primero, porque Linda está protegida por la puerta abierta del coche. Y en segundo lugar, Chris está a sólo cuatro o cinco pasos y podría verse tentado a cerrar la distancia y arrebatarse el rifle a Iver si ve la oportunidad.

—Quítale el maldito rifle ya —continúa Linda—. No lo va a usar. Míralo. Está prácticamente meándose encima.

—¿Podrías callarte un momento? —dice Chris entre dientes.

Linda le lanza una mirada fulminante, pero no dice nada.

Chris mira a Iver. —Esto es lo que vamos a hacer. Nos vamos a ir. Los tres subimos a ese coche, abrimos la puerta del garaje y atravesamos a esos muertos de afuera. ¿De acuerdo?

—¿Y luego qué? —pregunta Iver, sintiendo sudor correr por su espalda. Se da cuenta de que está haciendo lo mismo que Chris ahora: demorando. Todavía espera que Charlotte o alguien más venga—. Estamos en una isla, ¿sabes? No puedes conducir a ningún otro lugar.

—Contacté a un tipo en la costa este por radio. Tiene un bote. Nos llevará a cambio de un arma. Por eso necesitamos llevar ambas. —Chris asiente hacia el rifle en las manos de Iver.

—¿Y a dónde piensan navegar? Hay muertos por toda Europa.

—Nos vamos a San Petersburgo.

Iver frunce el ceño. —¿A Rusia?

Chris asiente. —Estuve estacionado allí. Conozco a algunos tipos, tipos realmente duros. Tienen complejos militares allá que no creerías. Búnkeres que están diseñados para soportar décadas de guerra nuclear.

—¿Por qué le estás diciendo todo esto? —grita Linda—. Ya te dije, ¡él no viene!

Chris finge no escuchar. —Si mantienes la calma, puedes venir con nosotros. No tienes que ir hasta San Petersburgo si no quieres. Pero necesitas salir de esta isla. Sabes eso, ¿verdad? —Chris levanta las cejas—. Es una trampa mortal aquí. Esperaba que los muertos no pudieran cruzar el agua, pero pueden. Lo que significa que vendrán más y más, hasta que todo este lugar esté lleno de ellos y no puedas poner un pie afuera. ¿Qué harás entonces, cuando se acaben tus provisiones de comida? ¿Cultivarás un campo de trigo en la sala de estar? —Sacude la cabeza—. Tenemos que largarnos mientras podamos.

Iver se da cuenta de que el rifle ha bajado unos centímetros, y lo levanta de nuevo. —¿Y qué pasa con los demás?

—No podemos llevarnos a toda la isla.

—No, pero estoy hablando de Agnete, Charlotte y Leif. Y Adam. —Esas dos últimas palabras hacen que su voz tiemble—. ¿Los van a dejar morir?

Chris sacude la cabeza lentamente. —Lo siento. Realmente lo siento. Pero están muertos de todos modos.

—No si los llevamos con nosotros.

—No hay espacio. Mira el coche, ya está lleno. Además, una anciana, una cobarde y ese grandulón que está ahí... son sólo una carga. —Chris da un paso más cerca y baja la voz—. Ven con nosotros, Iver. En serio.

Es la primera vez que Iver escucha a Chris usar su nombre. Probablemente tenía la intención de infundir confianza, pero Iver se siente aún más repelido. Retrocede. —No voy a dejarlos.

—Escucha, esto ya no se trata de hacer lo correcto. Es demasiado tarde para jugar al héroe. Eso es para cuando el mundo todavía se puede salvar.

—No estoy tratando de jugar al héroe. Simplemente no puedo dejarlos morir.

—Entonces morirás tú también. ¿Y para qué? Sólo serás otro cadáver. Otro maldito zombie con el que el resto de nosotros tendrá que lidiar. Serás parte del problema, hombre. No lo hagas.

Iver respira temblorosamente varias veces. Luego mira a Linda, quien ha seguido la conversación con atención. —¿Y tú qué? ¿Estás bien con dejar a tu tío así? ¿Sin decirle una palabra?

Ella no responde, solamente sigue mirándolo con esos penetrantes ojos azules.

—Jesús —dice Iver—. Realmente se merecen el uno al otro.

—Está bien, escucha —dice Chris—. Puedes llevarte al bebé contigo. Si eso calma tu conciencia.

—¿Qué? —pregunta Linda—. ¿Estás loco?

—Estoy negociando —dice Chris, mirando fijamente a Iver—. Ve arriba y tráelo ahora. Prepararemos el coche.

Iver lo considera por un momento. Realmente lo hace. Se odia a sí mismo por ello. Sabe que no puede confiar en Chris. Pero también sabe que probablemente tenga razón sobre el panorama de quedarse en la isla.

Aún así, la idea de dejar atrás a los otros tres es demasiado para él. Además...

—Se largarán mientras estoy arriba —dice Iver, su voz sonando débil ahora.

—No nos iremos sin ese rifle —dice Chris—. Es nuestro boleto para salir de aquí.

Iver niega con la cabeza. —No lo haré.

La expresión de Chris cambia ligeramente. Se vuelve más oscura. —Entonces entiendes que no me dejas otra opción, ¿verdad? Si no podemos llegar a un acuerdo, tendré que quitarte el rifle. — Da un paso más cerca.

—¡Quédate atrás! —dice Iver, con la voz quebrada. Su espalda choca contra la pared junto a la puerta.

Chris no se queda atrás. De hecho, está a punto de lanzarse sobre Iver.

Entonces una figura grande y corpulenta entra por la puerta. —¿Qué está pasando aquí? — pregunta Leif con voz somnolienta, mirando a su alrededor con los ojos entrecerrados—. ¿De qué es todo este alboroto? Oye, ¿cómo metieron mi coche aquí? —Leif ve el rifle en las manos de Iver—. ¿Y qué demonios estás haciendo, Iver?

Chris duda.

Iver también.

Ninguno de los dos sabe qué hacer o decir.

Linda sí. —Oh, por el amor de Dios —dice y se acerca a la pared y presiona un botón.

Un sonido metálico cuando la puerta del garaje comienza a levantarse.

—¡No, no! —grita Chris—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Ustedes arreglen las cosas —dice Linda mientras se desliza al volante—. Yo ya terminé de hablar.

Cierra la puerta y el motor ruge a la vida. La puerta del garaje ya está a medio abrir, revelando un bosque de piernas, los zombies más ansiosos ya agachándose para pasar por debajo.

Linda acelera el motor y pisa el acelerador, el coche se lanza hacia adelante, los neumáticos chirrían mientras atraviesa las filas de muertos, los cuerpos rebotan hacia los lados, el techo del coche raspando contra la puerta del garaje.

—¡Maldita perra! —grita Chris tras el coche mientras deja un rastro de zombies destrozados detrás. Los que no fueron golpeados están entrando en el garaje, estirando las manos ansiosamente hacia los tres que están ahí parados.

Iver no puede moverse. Está atónito de horror. Todo lo que puede hacer es mirar mientras la muerte se tambalea directamente hacia él...

TREINTA Y UNO

Dennis observa cómo se oculta el sol, acaricia el gris-gris y trata de imaginar que está de vuelta en casa y que todo es normal.

Sentado en la habitación de arriba de la casa de Holger, casi puede engañarse a sí mismo. No hay muertos visibles desde aquí. Nadie apuntándose con armas entre sí.

Sin embargo, apenas recuerda cómo se siente lo “normal”. Durante la última semana, nada en el mundo ha sido normal. Y Dennis duda que alguna vez lo vuelva a ser. Todo ha sido contaminado por algo nuevo y loco.

Como el gris-gris. Sólo tocarlo le recuerda cómo arriesgó su vida para recuperarlo.

O esta misma habitación en la que está sentado. Fue la habitación a la que él y mamá llevaron el cuerpo de Holger, para que Dennis pudiera empujarlo por la ventana.

Mira hacia el alféizar. Junto a la pistola ve la mancha marrón. La sangre de Holger.

Vuelve la mirada hacia afuera y ve la camioneta de Silas y Jonas. Sigue allí, a unas pocas millas en la carretera, volcada sobre su techo, abandonada. Apenas puede distinguirla en el crepúsculo.

Dennis respira profundamente y vuelve a mirar hacia el horizonte, hacia el lugar donde se ocultó el sol. Es extraño cómo el sol sigue haciendo su trabajo, saliendo y poniéndose exactamente como siempre lo ha hecho. Ahora que lo piensa, probablemente sea lo único que sigue actuando con normalidad, y es por eso que Dennis ha estado sentado aquí durante la última hora, sólo viendo cómo el sol se hunde lentamente en el cielo. Se siente reconfortado al mirarlo.

Se escuchan pasos desde las escaleras. La puerta chirría al abrirse detrás de él.

—¿Dennis?

Gira la cabeza para mirar a mamá, que está de pie en el umbral. Lleva su camisón, y el cabello recogido en un moño.

—Es tarde. Deberíamos ir a la cama.

—Lo sé, mamá. Sólo... quiero quedarme aquí un poco más. ¿Está bien?

Hace la pregunta sin pensarlo realmente; es un viejo hábito, realmente, pedir permiso a mamá para incluso las cosas más pequeñas.

Sin embargo, algo en la voz de Dennis revela que no está realmente pidiendo. Mamá también lo nota; Dennis puede verlo en su rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos? —pregunta.

—Sólo... —Dennis se encoge de hombros, luego se da cuenta de que mamá está mirando el gris-gris—. Rezando —termina.

Mamá levanta las cejas. —Oh. ¿Cuándo empezaste a hacer eso?

—Cuando todo cambió, supongo.

Mamá asiente lentamente. —Bien. Me alegra. —Respira profundamente—. Bueno, trata de no quedarte despierto demasiado tarde. Tenemos trabajo que hacer mañana. Te necesito bien descansado.

—Claro, mamá —dice Dennis, pensando para sí mismo que mamá no tiene idea, qué tipo de trabajo podrían estar haciendo mañana—. Bajaré tan pronto como termine de rezar.

Esta vez, cuando usa la palabra, suena mucho más a una mentira. Como si le estuviera diciendo a mamá algo que ella quiere escuchar para evitar decir la verdad.

Dennis nunca se ha interesado por las creencias de mamá. Obviamente, es muy importante para ella, pero por alguna razón nunca ha tratado de imponérselas a Dennis. Dennis siempre asumió que quería que él encontrara el interés por sí mismo cuando estuviera listo, pero al mismo tiempo, a menudo tiene la sensación de que mamá es de alguna manera reservada al respecto. No es que le esté ocultando nada, ni escondiendo los rituales o las oraciones, pero de una manera sutil, pareciera que no quiere compartirlo con él, casi como si lo estuviera protegiendo de algo. Como si fuera un mal hábito que no quiere que él adquiera.

—¿Mamá? —dice Dennis, justo cuando ella está a punto de cerrar la puerta.

Ella lo mira. —¿Sí, Dennis?

—Ya no necesitas cuidarme. Ahora puedo cuidar de mí mismo. De hecho, puedo cuidar de ambos.

Mamá lo observa por un momento, luego mira el arma en la ventana, y luego de vuelta a Dennis. —Está bien —dice simplemente. No hay nada bueno ni malo en su tono. Ni preocupación, ni aliento.

Luego cierra la puerta y deja a Dennis solo.

Dennis mira su bolsa. El teléfono satelital está allí. Lo ha tenido con él todo el día, esperando que suene. Mamá probablemente no ha notado que falta en el búnker.

Sin embargo, no ha sonado.

Y ahora es casi medianoche.

El tipo, Dan, le dijo a Dennis que estarían aquí hoy. Tal vez mintió. Tal vez todo fue una gran broma.

Pero Dennis no lo cree así. Dan sonaba muy honesto.

—Necesitas confiar en mí —dijo, y algo en su voz hizo que Dennis le creyera.

Pero tal vez estaba equivocado. Tal vez el tipo era un muy buen actor. Dennis no es ajeno a ser víctima de bromas y acoso. Es muy consciente de lo crueles que pueden ser las personas.

Dennis mira su reloj. Son las once cuarenta y cinco ahora. Sólo quedan quince minutos del día. Quince minutos para que el tipo cumpla su promesa.

Y entonces lo ve. A unos metros en la carretera, cerca de donde está la camioneta volcada. Otro coche viene en esta dirección.

Podría ser cualquiera, por supuesto, pero es el primer coche que Dennis ha visto en toda la noche.

Se detiene junto a la camioneta volcada. Dennis entrecierra los ojos. Puede ver a alguien bajándose. La persona simplemente se queda allí, junto al coche.

Entonces suena un timbre desde la bolsa.

Dennis salta y la agarra, sacando torpemente el teléfono satelital. Mira la pantalla, reconociendo el número de ayer.

Contesta la llamada, con el corazón en la garganta, apenas capaz de murmurar: —¿Hola?

—¿Dennis?

Puede oír la voz de Dan.

Dennis asiente. —Sí. Soy yo.

—Bien. Me alegra que sigas despierto. Estoy casi en la casa de Holger.

«Lo sé», piensa Dennis. «Puedo verte».

Pero por alguna razón no quiere que Dan lo sepa. —Está bien —dice en un tono neutral.

—¿Seguimos teniendo un acuerdo? —pregunta Dan—. Vendré desarmado y tú me dejarás entrar por la entrada subterránea.

—Seguro —dice Dennis.

—¿Y tu mamá?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Le dijiste que vengo?

Dennis está a punto de responder, cuando la puerta del lado del pasajero del coche se abre de repente, y una persona sale. Es una chica, cabello rubio y camisa azul. Dennis simplemente la mira durante varios segundos.

—¿Dennis? ¿Sigues ahí?

Dennis parpadea. Luego asiente. Luego dice: —Sí.

—¿Le dijiste a tu mamá sobre mí?

—No.

—Bien. Entonces, ¿todo está listo para que venga?

—Supongo que sí.

—Bien. Estaré allí en cinco minutos.

—Está bien. Oh, una última cosa.

—¿Ajá?

—Vienes solo, ¿verdad? —Dennis mira fijamente a la chica mientras hace la pregunta—. ¿Sólo serás tú? ¿Nadie más?

Dan duda por medio segundo. Dennis puede verlo mirando hacia la chica. Luego dice: —Claro. Sólo soy yo.

Dennis siente que el estómago se le cae. Logra murmurar un “Está bien”.

—Nos vemos en un rato, Dennis.

Dan cuelga.

Dennis no baja el teléfono. Sólo observa a la chica y al chico, hablando brevemente antes de volver al coche.

¿Quién más está en ese coche? ¿Cuántas personas está trayendo Dan? ¿Por qué estaba mintiendo? ¿Cuál es su plan?

Esa última pregunta parece la más fácil de responder.

Dan quiere recuperar la casa segura. Ese ha sido su plan todo el tiempo. Todo eso de curar a los muertos, eso debe haber sido sólo palabras.

Cuando el coche vuelve a moverse, Dennis finalmente baja el teléfono.

En su lugar, agarra la pistola. La voltea lentamente en sus manos, mirándola, admirando los pequeños detalles.

Dennis respira profundamente, sintiéndose sorprendentemente tranquilo.

Ha disparado la pistola antes, pero nunca a alguien vivo.

Tiene una fuerte sensación de que eso está a punto de cambiar.

TREINTA Y DOS

Es cerca de la medianoche. El reloj de su teléfono se lo dice. Sus palmas están adoloridas de tanto golpear el volante.

Cuando era niño, deseaba con todas sus fuerzas ser baterista en una banda de heavy metal, como Lars Ulrich de *Metallica*. Si un día podía triunfar en Estados Unidos, ¿por qué no dos?

Pasó muchas horas practicando e incluso formó una banda que duró unos meses. Tuvieron un par de conciertos en pequeños lugares antes de que comenzaran a discutir constantemente sobre sus diferencias creativas y finalmente se separaron.

Fue entonces cuando William decidió que necesitaba volar, y ser independiente. Y ser un baterista de rock no era la forma en que lograría el éxito; en su lugar, se haría famoso como tatuador en Los Ángeles.

Vio todos los episodios de *Ink Masters* una y otra vez, estudió el oficio y practicó dibujo siempre que tenía un momento libre.

Pero nunca llegó a América.

Necesitaba más dinero antes de poder hacerlo realidad. Y después del nueve-once, las Green Cards no eran precisamente fáciles de conseguir.

William parpadea y vuelve en sí. Deja de golpear el volante y mira sus manos. Están rojas e hinchadas.

Nada de eso importa ya.

No va a ser baterista ni tatuador.

Su destino está sellado.

Desde el asiento trasero, Ozzy respira y gime de vez en cuando. El tipo muerto con el tatuaje en el cuello, sigue colgando de la ventana rota de la puerta del pasajero, sirviendo efectivamente

como un tope para el resto de los muertos vivientes, que aún intentan incansablemente aplastarse para pasar, pero hasta ahora, sin suerte.

Es cuestión de tiempo, sin embargo.

Tarde o temprano, el tipo muerto en la ventana se inclinará hacia atrás o será empujado del todo, y será temporada abierta para el resto de ellos.

—¿Quién hubiera pensado que acabaríamos así? —pregunta William, apenas consciente de que está hablando en voz alta.

En el espejo retrovisor, ve al pastor alemán levantar las orejas y mirarlo.

Desde que vio su primera película de zombies, William ha jugado con la idea de que los muertos se levantan y toman el control del mundo. Incluso ha ideado planes específicos para cómo lidiaría con eso si sucediera.

Y sucedió.

Su primer movimiento fue contactar a Holger e ir a su refugio seguro.

Holger está muerto ahora, y William pronto lo seguirá.

Así que, tanto por ese plan.

Sin embargo, William siempre se había imaginado que sería uno de los que llegaría al final. Que sobreviviría al apocalipsis. Era inteligente, joven y saludable. Tomaría la situación en serio y no caería en ninguno de los clichés: confiar en alguien en quien no se puede confiar, intentar salvar a alguien que ya está infectado, entrar en situaciones que son trampas mortales obvias.

Y ahora, al pensar en la última semana, se da cuenta de que ha cometido todos esos errores y algunos más.

Dejó el refugio seguro. Se dejó convencer para confiar en Eli. Y el más reciente: se apresuró a conseguir el coche sin tomar las precauciones adecuadas.

Este último resultó ser el que selló su destino.

Y ahora sólo puede esperar a morir.

Extiende una mano hacia atrás para acariciar a Ozzy, y el perro le lame la palma en respuesta. —Lo siento, amigo, por meternos en este lío. Soy un fracaso total.

El área debajo del volante es un caos de cables colgando. William pasó casi veinte minutos abriéndolo y aún más tiempo manipulando los cables hasta que finalmente se rindió.

Poner en marcha un motor de coche a lo ochentero no es tan fácil como lo hacen parecer las películas de acción.

William no tenía idea de lo que estaba haciendo, y su teléfono no tenía conexión a internet, así que no pudo buscarlo en Google. Además, quería ahorrar ese último nueve por ciento de la

batería.

Pasando su lengua por los dientes, puede sentir demasiado bien cuánto tiempo ha pasado desde que se encontraron por última vez con un cepillo de dientes. El dulce sabor de las Oreos que encontró en la guantera aún persiste en su boca, y ahora se arrepiente de haberlas comido. No sólo por el nauseabundo regusto, sino también porque le dieron suficientes calorías para durar otro día.

Con toda el agua que trajo la mujer, es obvio que no planeaba volver en mucho tiempo; William encontró al menos seis botellas grandes de agua del grifo en el maletero, junto a una maleta llena de ropa de mujer.

La revisó con la esperanza de encontrar las llaves del coche, la revisó minuciosamente.

Nada.

Al volver al asiento delantero, se aseguró de no mirar hacia abajo, hacia la mujer o su cráneo abierto. El hedor ya era lo suficientemente malo; no necesitaba verla también.

Se quedó dormido antes, cuando el sol se puso y la temperatura también comenzó a bajar. Pero sólo durmió durante veinte minutos a la vez, despertando una y otra vez al sonido de los zombies, plagado de medio sueños en los que la mujer en la parte trasera resultaba no estar realmente muerta, sino aún capaz de levantarse y atacarlo.

—Va a ser una larga noche —le dice William a Ozzy—. Y otro largo día mañana.

Compartiendo el agua con Ozzy, tendrán suficiente para durar varios días.

Sin embargo, William no quiere quedarse tanto tiempo. Y su subconsciente ya ha comenzado a jugar con pensamientos oscuros. Pensamientos de finales alternativos. Todavía tiene otras opciones además de morir lentamente de sed, atrapado en un coche rodeado de zombies.

Podría simplemente abrir la puerta.

Sería doloroso, pero rápido.

Sin embargo, no podría hacerle eso a Ozzy. Dejar que el perro lo viera siendo devorado vivo.

También estaba la opción más ofensiva... salir luchando. Podría llevar el rifle y comenzar a disparar. Probablemente podría llevarse al menos a un puñado de ellos antes de que lo atraparan. Sin embargo el resultado final sería el mismo que en el primer escenario.

Luego estaba la última opción.

La que se le ocurrió mientras revisaba la maleta de la mujer antes. Ella había empacado un cartón lleno de cigarrillos. La mujer obviamente era una fumadora empedernida; si empacar tus esenciales para irte para siempre incluía cigarrillos, obviamente tenías un hábito.

Esto también significaba que la mujer debía tener un encendedor en alguna parte. William no lo encontró en la maleta, lo cual probablemente fue una decisión inteligente por parte de la mujer, no poner algo que pudiera producir fuego con tus últimas pertenencias.

En su lugar, probablemente lo guardó en su bolsillo.

William podría conseguirlo. Todo lo que necesita hacer es estirar la mano hacia atrás y buscarlo a tientas.

Pero realmente no quiere tocarla. La idea le asusta muchísimo. Es como si tocarla significara correr el riesgo de que se despertara. Es absurdo, por supuesto. Pero su cerebro ya está volviéndose paranoico.

Si consiguiera el encendedor, sin embargo, podría terminar las cosas rápidamente y sin dolor. Podría encender un fuego dentro del coche, asfixiándose a sí mismo y a Ozzy en minutos, y darle una muerte gentil a ambos.

O podría intentar alcanzar el tanque de gasolina. Si pudiera llegar a él y encender el fuego allí, todo terminaría en un abrir y cerrar de ojos. Además, con la ventaja adicional de llevarse una docena o más de los muertos con él.

Esa podría ser su opción favorita.

Mira su teléfono en el asiento a su lado.

Siete por ciento de batería ahora.

Lo suficiente para una última llamada.

Ha estado a punto de llamar a su madre varias veces, pero lo que lo detiene es que no tiene idea de qué decir.

¿Debería fingir que todo está bien? ¿Debería simplemente decirle que llamó para ver cómo estaba? ¿O debería ser honesto y darle las malas noticias?

No podría hacerlo. No podría escuchar la voz de su madre sin romper a llorar. No quería que esa fuera la última vez que ella lo escuchara hablar.

Así que decidió enviar un mensaje de texto. Cursi, tal vez, pero también mucho más fácil. Además, sorprendentemente fácil de escribir. Lo escribió antes, en dos oraciones cortas.

Te quiero, mamá. Cuídate.

Está en su teléfono ahora mismo, como un borrador, esperando a que lo envíe. Lo hará justo antes del final. Asegurándose de que no tenga tiempo de llamarlo una vez que lea el mensaje.

William respira hondo. —Entonces, amigo, ¿qué dices? ¿Quieres esperar hasta mañana? ¿O lo hacemos ahora? Terminar con esto mientras todavía tenemos las agallas para hacerlo?

Ozzy lo observa intensamente en el espejo, tratando de entender las palabras.

Es una locura, por supuesto, que Ozzy tenga que irse con él. El perro no está en ningún tipo de peligro real; podría dejar el coche y caminar por el bosque de muertos sin que ellos le presten la menor atención. Podría irse, encontrar comida, refugio y un nuevo mejor amigo que lo cuidara.

Pero William sabe que no lo hará, incluso si él intentara obligarlo. Ozzy preferiría morir antes que dejar su lado. Literalmente.

—No estoy seguro de querer pasar la noche aquí —murmura William, mirando las caras muertas afuera—. De todas formas, no podré dormir.

Además, el tipo en la ventana se ha movido un poco ahora, y William no puede alcanzarlo sin correr el riesgo de ser arañado por los demás. La idea de que el cadáver sea empujado a un lado mientras duerme sería suficiente para no dejarlo dormir.

Quizás sea mejor terminar con esto más temprano que tarde. Mientras todavía se siente relativamente bien. Mientras todavía tenga la fuerza de voluntad.

Podría conseguir el encendedor al menos.

El pensamiento le hace que el estómago se le encoja. Lo que sólo le demuestra que no será más fácil más adelante. Así que extiende su mano hacia abajo, encuentra a la mujer y tantea hacia su bolsillo.

Sus dedos sienten la tela de su abrigo. Luego encuentran algo frío y viscoso, como una papilla de avena que alguien dejó caer en el suelo.

Retrocede por un momento, luego cierra los ojos y aprieta los dientes, obligándose a continuar. Después de medio minuto de búsqueda, su mano encuentra el bolsillo del pantalón y se desliza hacia dentro. No puede evitar sentir lo fría que está su piel.

Entonces, sus dedos encuentran el encendedor. Lo saca y se da cuenta de que ha estado conteniendo la respiración. Dejando caer el encendedor en el asiento a su lado, respira profundamente y se limpia la mano en el costado del asiento.

Se queda sentado por un minuto o algo así, con los ojos cerrados, recuperando el aliento, sintiendo su corazón latir con fuerza en su garganta.

«Tienes que hacerlo», —se dice a sí mismo—. «Antes de que no puedas. Si conseguir el maldito encendedor fue tan difícil, imagina cómo será encender el fuego si esperas mucho más».

William empieza a llorar. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hizo, y ha olvidado cómo se siente cuando las lágrimas se derraman y corren por tus mejillas.

—Está bien, amigo —dice, sorbiendo y respirando más rápido—. Hagámoslo. ¿Estás listo?

Sin mirar, toma el teléfono y envía el mensaje, sintiéndose de repente decidido, mientras al mismo tiempo tiene la extraña sensación de moverse en una espesa neblina.

«Está hecho», piensa mientras el mensaje vuela hacia el éter. He dicho mi adiós. Ahora no hay vuelta atrás.

Toma el encendedor y ...

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 8 en **nick-clausen.com/dia8**

O, si aún no lo has hecho, puedes obtener la precuela gratuita, *Día 0*.

Te contaremos todo sobre cómo empezó todo esto.

Sólo disponible en **nick-clausen.com/dia0**